



Apuntes de Intervención en lo Social

**Lo histórico,
lo teórico y
lo metodológico**

Alfredo Juan Manuel Carballada

margen
ediciones

Apuntes de Intervención en lo Social

Lo histórico, lo teórico y lo metodológico

Alfredo Juan Manuel Carballeda



2018

Carballeda, Alfredo Juan Manuel

Apuntes de intervención en lo social : lo histórico, lo teórico y lo metodológico / Alfredo Juan Manuel Carballeda. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial Margen, 2018.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-46719-2-9

1. Ciencia y Sociedad. I. Título.
CDD 301

Diagramación: José Luis Parra

Fotografía de tapa: Alfredo Carballeda

Ediciones Margen (Cooperativa de Trabajo Margen Ltda.)

Miller 2036 PB "A" / Ciudad Autónoma de Buenos Aires C1431GDF / Argentina

+54 01 452 28113

correo@margen.org

www.margen.org



Esta obra se edita bajo una Licencia Creative Commons Atribución – Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

ÍNDICE

Introducción	<i>página 5</i>
--------------------	-----------------

Lo Histórico

Capítulo 1. Sarmiento, obediencia y razón	<i>página 7</i>
Capítulo 2. Génesis del discurso de la Acción Social y Medicalización	<i>página 16</i>
Capítulo 3. El Naturalismo como forma de explicación de los fenómenos sociales	<i>página 22</i>
Capítulo 4. La Fundación Eva Perón. Política Social, Subjetividad y Poder	<i>página 32</i>

Lo Teórico

Capítulo 5. La Intervención y el dilema entre la coerción y la libertad	<i>página 42</i>
Capítulo 6. Las formas actuales del colonialismo. Una mirada desde nuestra América	<i>página 48</i>
Capítulo 7. El Enfoque de Derechos. Un diálogo posible con la Intervención Social	<i>página 53</i>
Capítulo 8. La Intervención Social en los escenarios actuales. Una mirada al Contexto y el Lazo Social	<i>página 57</i>
Capítulo 9. La intervención desde una perspectiva Americana: Algunos aportes de Enrique Dussel y Rodolfo Kusch	<i>página 63</i>
Capítulo 10. Política Social y Cuestión Social. La problemática de la integración como característica fundacional de la emergencia de los problemas sociales en nuestra América	<i>página 70</i>

Lo Metodológico

Capítulo 11. La Palabra, la mirada y la escucha. La entrevista como espacio de encuentro	<i>página 77</i>
Capítulo 12. Intervención Territorial y Padecimiento Subjetivo	<i>página 81</i>
Capítulo 13. Institución, y sentido. La aparición de un sujeto inesperado en el lugar de la demanda	<i>página 87</i>
Capítulo 14. Cartografías Sociales, lenguaje y territorio	<i>página 90</i>

Introducción

“Lo histórico, lo teórico y lo metodológico” es una organización de escritos, ponencias y artículos que trabajé en los últimos años. Pude realizar un trabajo de revisión de los textos y en algunos de ellos también de actualización, tanto desde lo conceptual como en el estilo de escritura.

El título marca ejes que en mi opinión resultan claves para revisar, interpelar y repensar la Intervención en lo Social en un diálogo permanente entre ésta, el contexto y la historia. Una de las características más apasionantes que posee, se presenta justamente en la posibilidad de entender lo macro social desde lo micro, permitiendo un lugar de diálogo con la cultura, la historia y los diferentes escenarios de intervención.

En clave de hacer, la lectura de lo social es inevitablemente móvil, dinámica, cambiante, compleja, dando un panorama de la sociedad que la muestra como algo en permanente construcción y deconstrucción.

Es decir, permite leerla más allá y, creo más profundamente, que un simple entrecruzamiento de indicadores y variables socioeconómicas.

En el presente texto, el arranque de las prácticas desde la historia intenta hacer dialogar acerca de la construcción de éstas en diferentes escenarios y condiciones, pero especialmente intenta reflexionar acerca de las marcas del pasado en el presente.

De ese modo repasamos algunas claves históricas que van desde el conflicto entre Civilización y Barbarie, sus influencias en la construcción de subjetividad, las prácticas y las instituciones. Es un camino que se construye a partir de desear reconocer los aspectos fundacionales y sus contradicciones en las prácticas actuales.

En lo personal, creo que mi orientación hacia los estudios relacionados con el higienismo y la medicalización son necesarios para poder comprender desde las lógicas constitutivas hasta las características actuales en la práctica cotidiana.

También resulta necesario el estudio de las prácticas de la Fundación Eva Perón, como un fenómeno de ruptura y posibilidad que nos atraviesa hasta el presente y marca un punto de arranque que implica -desde nuestro punto de vista- un aporte global a la intervención de las Políticas Sociales y el Trabajo Social.

Lo teórico intenta dar cuenta de algunos puntos de interés a seguir trabajando, que construyen de a poco una introducción a lo que podría denominarse “epistemología de la intervención social”.

La preocupación acerca del lazo social, sus características, la mirada hacia el propio hacer interventivo desde la contradicción entre coerción y libertad, la necesaria mirada hacia la situación colonial para acceder a más elementos de comprensión y explicación, tanto del hacer como de las características singulares de los problemas sociales americanos y la perspectiva de derechos como una posibilidad instrumental concreta, dan cuenta de la necesidad de más y nuevas discusiones teóricas en la construcción posible de una teoría de la intervención en lo social con las características propias de nuestro continente.

Estos textos incluyen algunas cuestiones metodológicas que vengo desarrollando en diferentes escritos y que intenté se plasmaran en su oportunidad en el libro “El lugar, la palabra, la mirada y la escucha: Entrevista e intervención social”, publicado por Espacio Editorial.

Con este libro seguimos ampliando la propuesta editorial de MARGEN, tanto en formato digital como en papel.

Alfredo J. M. Carballada
Buenos Aires, abril de 2018

Capítulo 1

Sarmiento: Obediencia y Razón

“La América española se distingue por la superficie desmesurada que ocupan sus ciudades apenas pobladas; y el hábito de ver diseminarse los edificios de un solo piso en las llanuras nos predispone a hallar estrecho el espacio...”

Domingo Faustino Sarmiento, “Argirópolis”.

Domingo Faustino Sarmiento habla en sus textos de una preocupación recurrente: la relación entre lo que consideraba la barbarie y la inmensidad de la Pampa.

Esta vastedad, para él sin límites, pareciera generarle una sensación de vacío, ajenez y temor. El desierto se le presenta a veces como una extensión agobiante, como un vacío salpicado de pequeños e inutilizados guijarros de civilización.

El refugio de la civilización sarmientina es la ciudad. Pero no cualquier ciudad, sólo aquella que emula a las de las metrópolis europeas o estadounidenses. Las demás también serán sinónimo de barbarie. Tal vez por eso es que se espantaba de las palmeras plantadas en la Plaza de Mayo en Buenos Aires, dado que no podía haberlas en Londres, Nueva York o París.

El esfuerzo de Sarmiento -y de toda una tradición intelectual argentina- se podría resumir en la búsqueda de explicaciones que sirvieran para aferrarse, justificar y construir, casi desesperadamente, un tipo de pensamiento donde lo foráneo siempre será superior, sencillamente por su condición de tal. A esa forma de actuar se la podría denominar como la de un “pensar desde afuera”, introduciendo categorías, formas de comprensión y conocimiento ajenos, lejanos, pero sumamente valederos por su condición. Ese proyecto no logró imponerse en su totalidad, sólo lo hizo desde lo formal o lo represivo, generando una tenaz resistencia con eterno retorno cada vez que se la consideraba derrotada.

La consternación que estas circunstancias marcaban sobre las previsiones de Sarmiento es tal, que atraviesa su obra y produce contradictoriamente una narrativa que, en la medida que avanza, se enamora de lo bárbaro a pesar de quien está escribiendo. El Facundo puede ser un ejemplo de esa contradicción.

Para Sarmiento no hay racionalidad en la pampa. Ese territorio atravesado por lo salvaje del paisaje y su herencia originaria debe ser ocupado o atacado desde la metrópoli que emula a Europa. Así, la coerción cumple con un doble propósito. Por un lado libera tanto al sujeto como a quienes habitan la metrópoli. Por otro, transforma a la muerte en tanto exterminio de los otros, en una causa justa que promete libertad y progreso. El exterminio de gauchos e indios es una forma de expiación cuasi religiosa de la tierra que se purifica

paradojalmente con su sangre. Quienes sobrevivan, serán obligados a obedecer desde la razón, construyéndose de este modo una forma recurrente de revolución, donde el único cambio posible es el que sigue las reglas de la civilización.

La pampa será una ausencia tenebrosa, poblada de lo inimaginable y siniestro, donde se asientan unos focos de resistencia desconocidos e impensados.

La pampa en su extensión enorme e indefinida albergará innumerables formas de resistencia al opresor, extranjero o nativo. Éstas serán interpretadas y analizadas desde las tradiciones de pensamiento centradas en el afuera como resistencia a la civilización. No habrá lugar, durante décadas, para mirarlas desde otra perspectiva. Esto ocurrirá solamente cuando las tradiciones de pensamiento europeas “descubran” que hay algo más que ausencias y barbarie en América.

La civilización buscará, desde la mirada de Sarmiento y a través de infinidad de formas, la ruptura de los lazos sociales de un enemigo extraño, irreconocible, que sólo podrá ser estudiado cuando se lo capture e introduzca a sus hijos en una serie de dispositivos de observación y corrección que llamará *escuelas*. La guerra entonces será interna, se ejercerá contra los mismos habitantes del territorio. Lo que cambiará es su ubicación. La Guerra se trasladará a la periferia, a los bordes de la ciudad, construyéndose de ese modo una extraña paradoja en la que la barbarie será interna y la civilización externa, produciendo una extraña inversión de papeles y lugares que corroborarán la ajenidad intelectual, política y cultural frente a los propios. Así, desde los fenómenos naturales hasta los económicos serán comprendidos y explicados como categorías ajenas, lejanas, propias para Europa o los EE.UU., produciendo muchas veces una especie de nostalgia de algo que nunca se tuvo. Esa lejanía intelectual servirá para justificar las operaciones militares de franceses e ingleses en el Río de la Plata como una empresa de liberación, un avance de la civilización sobre la barbarie.

La noción de guerra en Sarmiento

El conflicto entre unitarios y federales marca la historia y tal vez muestre algunas cuestiones del presente de nuestra realidad política. En Sarmiento, unitarios y federales son leídos como contendientes dentro de una guerra, como participantes de una puja entre dos vertientes diametralmente opuestas.

La relación entre guerra y política que plantea Sarmiento será similar a la de Clausewitz. En ambos, la guerra es un instrumento de la política. Pero Sarmiento a su vez profundizará la idea de que una u otra modalidad de hacer la guerra hablan de las características de los contendientes. En este aspecto, el enfrentamiento no es sólo entre dos fuerzas. Unitarios y federales son mostrados como dos mundos, además de dos formas de entender el momento político de la Argentina.

El uso de la artillería y la infantería son, para Sarmiento, sinónimo de civilización, en oposición a la caballería que representa a la barbarie:

“En La Tablada de Córdoba, se midieron las fuerzas de la campaña y de la ciudad, bajo sus más altas inspiraciones, Facundo y Paz, dignas personificaciones de las dos tendencias que van a disputarse el dominio de la República.

Facundo, ignorante, bárbaro, que ha llevado por largos años una vida errante que sólo alumbra, de vez en cuando, los reflejos del puñal que gira en torno suyo, valiente hasta la temeridad, dotado de fuerzas hercúleas, gaucho de a caballo no tiene fe sino en el caballo, todo lo espera del valor, de la lanza, del empuje terrible de sus cargas de caballería” (Sarmiento, D.F. 1991:198).

El uso de la caballería como modalidad prominente en la guerra será sinónimo de barbarie, de una Argentina atada al pasado, a sus orígenes, tanto españoles como indios; una Argentina que no había sabido interpretar las luces de Rivadavia, que amenazaba y ocupaba Buenos Aires, la futura metrópolis europea enclavada en América del Sur.

En el Facundo de Sarmiento ya se vislumbraba que el proyecto político de los federales no podía ser solamente derrotado en el campo de batalla. No bastaba con el triunfo en la guerra. Se necesitaban nuevos dispositivos, tecnologías, formas, estrategias, aprendizajes, que podían ser percibidos aún en el medio de la contienda. Esos gauchos, aún en la paz, serán "civilizados" y el proyecto educativo de Sarmiento será una de las formas instrumentales para ese objetivo.

Tanto en el Facundo como en Educación Popular, Civilización y Barbarie no son solamente sinónimos de proyectos y voluntades políticas opuestas sino que también están claramente territorializados, en lo que este autor denomina la puja entre el campo y la ciudad. Dos territorios, dos mundos que se enfrentan:

"¿Pudo prever Dorrego y su partido que las provincias vendrían un día a castigar a Buenos Aires, por haberles negado su influencia civilizadora; y que a fuerza de despreciar su atraso y su barbarie, ese atraso y esa barbarie habían de penetrar en las calles de Buenos Aires, establecerse allí y sentar sus reales en el fuerte?". (Sarmiento, D.F. 1991:191).

De ahí que el triunfo de la civilización no se lograría sólo en el campo de batalla sino en una nueva territorialización y en una necesaria imposición de una voluntad política: la de los vencedores. La visión de la guerra en Sarmiento empezaba a anunciar que, luego de su finalización en el terreno de lo formal, comenzaría a correrse hacia la periferia y delinear su continuidad en la paz.

Al igual que Clausewitz, Sarmiento verá en la guerra un instrumento de violencia para alcanzar una finalidad política: la guerra será un acto de fuerza para imponer la voluntad al adversario. Es decir, gana quien dismantela al enemigo, quien le quita toda voluntad política. Pero este juego con la voluntad, que Clausewitz expresa cuando comienza a definir a la guerra equiparándola con el duelo, retornaría en Sarmiento luego de la victoria en el campo de batalla y se expresaría en el disciplinamiento. Así, éste sería como una nueva arma, un nuevo medio que se proyecta en la guerra. Un medio que servirá en el momento que se llegue a la paz.

Sarmiento equipara a la violencia con Rosas, con los federales, con el dismantelamiento de los cuerpos, con la guerra sin tácticas modernas, con la simbiosis entre el gaucho y el caballo. Rosas es para Sarmiento una continuación de la violencia aún en la paz, una forma de gobierno que se mantiene a través de la fuerza, sin disciplina.

En este aspecto, Sarmiento ve en Rosas la encarnación de un poder sin el orden de la modernidad, sin los mecanismos de control de la civilización; la puesta en marcha de un proyecto político que sólo se sostenía por la violencia.

En la noción de guerra que diferenciaba a unitarios y federales, el conocimiento técnico, el manejo de lo táctico, los movimientos ordenados de la tropa -según Sarmiento- caracterizarán a unos, siendo casi lo exactamente opuesto en los otros. Pero esa idea del manejo y funcionamiento de la guerra en el bando de los unitarios adelanta también el sentido de las formas disciplinares. Éstas aparecen como en una especie de laboratorio que muestra su eficacia en la guerra, pero también en la preparación de ésta:

“el ejército será la primera institución en donde se capitalizará la superabundancia vital del gaucho, en donde su violencia antisocial se transformará en un poder de Estado y fuerza productiva” (Scavino, D. 1993:73).

Tiempo después, la conquista del desierto bajo el mando de Roca y la creación de un ejército nacional se muestran como esos primeros esbozos de la búsqueda de disciplina en la tropa, disciplina que se proyectará a todo el cuerpo social.

Para Sarmiento, uno de los obstáculos para el progreso se encuentra en la propia gente que habita el desierto, la pampa. Lo enuncia como incapacidad para el trabajo, para lo sistemático.

Las formas disciplinares mostraban así que también podrían servir en la paz:

“La fuerza cambia aquí de naturaleza: la violencia era una fuerza que procuraba descomponer los cuerpos, fragmentarlos y limitar o neutralizar, con ello, la fuerza del enemigo; la disciplina será la fuerza que busque combinar o componer los cuerpos de manera que aumente su poder de obrar”. (Scavino, D. 1993:21).

Terminada la contienda, ese cuerpo de tropa vencedor será casi una metáfora y un anuncio de cómo deberán ser disciplinados los cuerpos de los vencidos y de toda la sociedad. De ahí que la ley dará un marco: las conocidas leyes para **"vagos y mal entretenidos"** -que comenzaron a aplicarse a partir de 1854- y la instrucción, se mostrarán como instrumentos para alcanzar la nueva finalidad política. Pero todo este proceso posterior será planteado luego de la Batalla de Caseros, dentro de una concepción de la sociedad en un plano enunciado por Sarmiento como "transitoriamente" no igualitario, *"...Cuando decimos pueblo entendemos a los notables, activos, inteligentes, clase gobernante de 1810 a 1831 y de 1851 hasta ahora"* (Sarmiento, D.1953:334). Sólo a *"una minoría ilustrada poseedora de la propiedad"* le correspondía gobernar. (Sarmiento, D. 1953:27).

La idea de desigualdad "necesaria" en la visión de Sarmiento es justificada en relación con los resabios de barbarie que quedan aún después de la victoria política y militar de la civilización. Así se postula en Educación Popular.

Según Sarmiento, para civilizar no alcanzaba la igualdad ante la ley. Ésta llegaría después, cuando los efectos de la maquinaria civilizatoria mostrasen que la barbarie había sido derrotada realmente, es decir también en el terreno de la paz:

“Una Constitución pública no es una regla de conducta para todos los hombres. La constitución de las masas populares son las leyes ordinarias, los jueces que las aplican y la policía de seguridad. Son las clases educadas las que necesitan una Constitución que

asegure las libertades de acción y de pensamiento; la prensa, la tribuna, la propiedad" (Tamagno. R. 1963:146).

La guerra en Sarmiento separa el objetivo político del militar. El objetivo político es la civilización, la revitalización de las ciudades tomadas y destruidas por la barbarie; es decir, la búsqueda de reimposición de un orden en el territorio tomado por el enemigo. un orden cuyo origen o semilla Sarmiento ubica en el gobierno de Rivadavia y sus reformas.

La guerra en Sarmiento será un instrumento de la violencia para alcanzar una finalidad política. Pero la guerra no se agotará en la contienda, la victoria final de la civilización vendrá después, cuando se imponga al enemigo la voluntad política. Y finalmente, cuando éste sea nuevamente derrotado podrá hablarse de igualdad ante la ley, cuando el enemigo reconozca el sinsentido de su lucha y acepte a la civilización, la incorpore, la internalice, en definitiva, la aprenda.

Según Sarmiento, las fuerzas en la guerra son los medios para lograr un objetivo político: la civilización, la derrota del desierto, la vuelta del orden de las luces a las ciudades y la proyección hacia el futuro en una nueva sociedad donde el origen indiano y español fuese sólo un antecedente, una etapa, un estadio superado.

Triunfo militar y voluntad política

"... para Sarmiento, el propósito de la intervención armada no era la liquidación lisa y llana del enemigo sino su desarme" (Scavino, D. 1993:33).

Sarmiento no dio por concluida la tarea de la "civilización" luego de la derrota de Rosas. Su concepción del Estado y la sociedad planteaba objetivos que iban más allá de finalizada la contienda. De ahí en más, el disciplinamiento será la estrategia que dará sentido a la construcción de una sociedad moderna y civilizada:

"El poder y la fuerza de una nación dependen de la capacidad industrial, moral e intelectual de los individuos que la componen, y la educación pública no debe tener otro fin que el aumentar esas fuerzas de producción, de acción, de dirección, aumentando cada vez más el número de individuos que la posean" (Sarmiento, D 1915:256).

La finalidad de la instrucción pública se enuncia como objetivo político. El orden propuesto: capacidad industrial, moral e intelectual, también marca un sentido y una dirección. La instrucción pública se relaciona directamente con la actividad industrial abarcando a todas las edades de la vida:

"Así serán fáciles y hacederas las cunas públicas que reciben al hombre en el umbral de su vida; las salas de Asilo que domestican su índole, disciplinan sus hábitos, preparan su espíritu para pasar a la Escuela primaria que pone a su disposición los instrumentos del saber, para entregarlo a la Escuela Superior que lo inicia en los conocimientos indispensables de la vida civilizada" (Sarmiento, D. 1915:456).

Luego de Caseros, para Sarmiento la guerra continuaba en la paz con otros procedimientos, a veces, alejados de los movimientos de la batalla; otras, recomendando la utilización de la violencia en la búsqueda de homogenización del modelo de país que surgía después de la caída de Rosas, luego de las batallas de Cepeda y Pavón. Sarmiento no vacilará en

recomendar el uso de la violencia real para frenar las últimas revueltas populares de Felipe Varela o Vicente Peñaloza.

Pero éstos serían episodios "secundarios", periféricos si se quiere. El modelo de la guerra en la paz era algo que se estaba construyendo dentro de las instituciones y a través de ellas. Así comenzó a sobresalir la escuela: acomodar cuerpos, tiempos, lenguajes, actitudes, valores, que a partir de esa institución debían construirse y transformarse. La escuela será el lugar donde comenzarán a internalizarse las normas y los reglamentos, las formas de la vida moderna, la manera de pensar el futuro y de interpretar el pasado.

Pero las instituciones deberán inscribirse en los cuerpos, en los que a su vez se incorporará una noción moderna, disciplinada, del espacio y del tiempo:

"Entrada en clase... Cuando los niños están bien colocados sobre dos filas, en el momento que sigue al segundo campanillazo que precede a las diez, el maestro dirige sus filas hacia cada puerta. Cuando las puertas están abiertas y los niños formados, el maestro, con una castañeta en forma de libro, marca la medida del paso que debe llevarse, y los niños marcan el paso en su puesto, sin moverse hasta que la medida sea uniforme. En el instante en que va a comenzar a indicar el paso, toca el pitillo, y aprovechando el silencio que esta indicación produce, dice en alta voz: marcad el paso. Si el paso no es dado a tiempo por los niños, dice: a tiempo, hasta que el paso sea regular". (Sarmiento, D. 1915:292/293)

De esta forma se conformarían las bases para un modelo de país que poco tiempo después fue consolidado por la generación del ochenta. Sarmiento, ferviente admirador de Rivadavia, pareciera tomar de éste parte de las formas de las instituciones del Estado moderno en cuanto a educación y disciplina. El modelo educativo de la civilización se mostrará con todo vigor sobre el final del siglo XIX y sobrevivirá hasta nuestros días prácticamente puro. La voluntad política de la civilización se impondrá lentamente y su victoria estará ligada al surgimiento del Estado moderno en nuestro país.

El enemigo desarmado será civilizado, incorporado a un nuevo orden, a una nueva lógica. Desarmados los bárbaros, podrían aprender la civilización. Era necesario construir un país en el desierto; extender la civilización, expandirla. Sarmiento ve en la extensión del país, en lo enorme del "desierto", un obstáculo para la civilización.

Para D. Scavino, la resolución del problema de la extensión en Sarmiento es más una cuestión de tiempo que de espacio. Es decir que el movimiento y la velocidad potencian las posibilidades de la civilización, tornándose en un elemento clave, no sólo en la guerra sino también en la paz. La extensión y el desierto, entonces, dificultan la expansión del modelo de la civilización; el disciplinamiento, lo "moderno" y la tecnología, lo resuelven.

El disciplinamiento en Sarmiento comienza a funcionar como una maquinaria que moldea cuerpos, gestos y conductas. Maquinaria que debe funcionar a cualquier precio y que debe luchar contra un enemigo poderoso, arraigado en las costumbres, la historia, la vida cotidiana. Más aún, cuando todas las pautas sean aprendidas, el disciplinamiento funcionará sólo a partir de su propia inercia institucional, será enunciado como una forma moderna de aprendizaje que sustituirá a la anterior, entendida como bárbara:

"No es posible decir cómo se transmite de padres a hijos la aptitud intelectual, la moralidad y la capacidad industrial, aún en aquellos hombres que carecen de una

instrucción ordenadamente adquirida; pero es un hecho fatal que los hijos sigan las tradiciones de sus padres y que el cambio de civilización de instintos y de ideas no se haga sino por cambio de razas. ¿Qué porvenir aguarda a México, el Perú, Bolivia y otros estados sudamericanos que tienen aún vivas en sus entrañas como no digerido alimento, las razas salvajes bárbaras indígenas que absorbió la colonización y que conservan obstinadamente sus tradiciones de los bosques, su odio a la civilización, sus idiomas primitivos y sus hábitos de indolencia y de repugnancia desdeñosa contra el vestido, el asco, las comodidades y los usos de la vida civilizada?. Cuántos años, sino siglos, para levantar aquellos espíritus degradados a la altura de los hombres cultos y dotados del sentimiento de su propia dignidad?". (Sarmiento, D., 1915:23).

El modelo de la guerra en Sarmiento continuaría luego en la paz. Cambiaban los procedimientos, no los ejes significativos. El enemigo desarmado debía perder su voluntad política e integrarse al modelo de país que se estaba gestando. En caso contrario, quedaba el camino de la exclusión, de la periferia.

La Educación y la nueva sociedad

Desde la mirada de Michel Foucault podría plantearse que las relaciones de poder construidas en la guerra entre unitarios y federales generaron nuevos sujetos. El poder, ejercido a partir de la victoria de unos sobre otros, construyó nuevos sujetos, nuevos sentidos, sentando bases para una maquinaria institucional que abarcaría a toda la sociedad. En los textos de Sarmiento podemos ver cómo esos sujetos que se van construyendo, nacen en el fragor de la batalla, en plena contienda. El "Facundo" es un texto eminentemente político:

"Cuando le escribe a Paz, a raíz de la publicación de Facundo, Sarmiento dice claramente cuál es su finalidad: "Facundo no tiene otro objetivo que ayudar a destruir un gobierno absurdo y preparar el camino a otro nuevo". (Scavino, D.1993:25).

"Educación Popular" es presentado como un programa de gobierno relacionado con la educación. Es decir que esa idea de educación que se genera no es neutra, no es la única posible, sólo es aquella que triunfó en la contienda:

"Se trata de establecer un derecho marcado por la asimetría, y que funcione como privilegio a mantener o reestablecer; se trataba de hacer una verdad que funcione como un arma. Para el sujeto que sostiene semejante discurso, la verdad universal o el derecho general son ilusiones o trampas". (Foucault, M:193).

El disciplinamiento posterior a la victoria es, en Sarmiento, la continuación de la guerra, pero por otros medios. Siguiendo a Foucault:

"...podría formularse una segunda hipótesis el poder es la guerra, la guerra continuada con otros medios; se invertiría así la afirmación de Clausewitz, diciendo que la política es la guerra continuada con otros medios". (Foucault, M.1980:135).

Podríamos decir que la educación y el disciplinamiento son la continuación de la contienda, por otros medios.

Desde esta perspectiva, la relación de poder que se construyó a través de la escuela se fundó en medio de un conflicto y a partir de una victoria. Por otro lado, el poder político

buscó reinscribir el sentido de la contienda, haciendo eterna esa relación de fuerza que generó la victoria de la civilización, *"...inscribirla en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje, en los cuerpos"*.

Conclusiones

Años más tarde, con la llegada de los inmigrantes, el crecimiento demográfico de Buenos Aires y la aparición del conventillo, nuevos territorios -espacios de una "nueva barbarie"- serán disciplinados, pero esta vez con la maquinaria de la escuela en funcionamiento. Las prácticas de la higiene pública, la eugenesia y la recientemente creada puericultura, harán que el discurso del control también se medicalice, pero aparecerán a su vez las formas del discurso de la guerra asociadas a la lucha contra las enfermedades infecciosas, dando un sentido militar a las acciones, reproduciendo discursos, formas y ordenamientos.

Estos antecedentes muestran tal vez las primeras formas institucionales de la construcción de una realidad. La misma se vincula con una forma de mirada, en definitiva la de los vencedores de una contienda, la misma que signó el pacto fundacional de nuestra nación. De ahí que las instituciones y las prácticas que se construyeron desde ellas fueron en definitiva dispositivos que construyeron "realidad", constituyendo sujetos de conocimiento sobre los cuales luego intervendrían.

En definitiva, la noción de "realidad" que se construyó desde el positivismo -y en sus antecedentes "experimentales"- fue dando forma a la construcción de la nación. Una construcción que, dado el momento histórico y las circunstancias, problematizó y trató de dar respuesta especialmente a la relación *Estado - masas*. Desde su particular mirada de los hechos, estas modalidades discursivas necesitarían construir materialidades para luego dominarlas.

En la actualidad, muchos retazos discursivos de esas cuestiones atraviesan la vida cotidiana y están impregnadas en las prácticas que intervienen en lo social. Sólo con analizar las formas discursivas que rodean a la drogadicción, el SIDA, la violencia urbana y a las apelaciones al derecho penal para una resolución de conflictos, nos develará la presencia de estos rasgos fundacionales.

En síntesis, el discurso es parte de la Historia, no porque sea su crónica o descripción, sino fundamentalmente porque es un gestor e intensificador de las relaciones de poder. Así, se activan los sentidos de las intervenciones en lo social mediante la producción de discursos de verdad, que en definitiva son constructores de realidad. Pensar la construcción de la realidad en términos de relaciones de fuerza, en la perspectiva de que ésta es el producto de una contienda y que los resultados de este juego atraviesan las disciplinas que intervienen en lo social, nos permitiría tal vez incorporar una forma de mirada que en el proceso de intervención intente "hacer ver", más que imponer, una forma de construcción de la verdad.

Bibliografía

Foucault, Michel. *Microfísica del Poder*. Edit. La Piqueta. Madrid 1980

Foucault, Michel. *Genealogía del Racismo*. Editorial Altamira. Bs. As. 1994

Scavino, D. Barcos sobre la Pampa. Las formas de la guerra en Sarmiento. Bs. As. Ed. El cielo por asalto.1993.

Sarmiento,D. Educación Popular. Librería de la Facultad. Bs.As. 1915

Sarmiento,D. Facundo. Bs. As.Ed. Losada.1963.

Tamagno, R. Sarmiento. Los liberales y el imperialismo. Edit. Peña Lillo. Bs. As. 1963.

Capítulo 2

Génesis del discurso de la Acción Social y medicalización

"...el interés del individuo, de la familia, de la prole, de la raza, y del mismo futuro de la nacionalidad, compete a la medicina y por lo tanto a la clase médica, el deber de indicar el verdadero y legítimo camino a seguir. Esto constituye una cruzada de incalculables beneficios..."

Avances de la Eugenia en América del Sur. La Semana Médica.
2do. Semestre de 1918.

La Higiene en la Argentina del centenario

La Argentina del centenario significó, entre otras cosas, la conformación de un nuevo orden que se caracterizó por la intención de introducirse en la vida cotidiana. Este orden se construía enmarcado en una nueva moral y pudo ser consolidado y estructurado, en parte, desde una lenta pero eficiente medicalización de la sociedad. De allí que se le dio sentido y forma a las instituciones del Estado moderno conformado pocos años antes. Las bases de esa nueva construcción podemos hallarlas en el Positivismo como corriente de pensamiento. Esa nueva moral se apoyaba casi exclusivamente en la ciencia, en las obras de Malthus, Darwin, Spencer. Así, la concepción de la "lucha por la vida", la de "purificación" de la raza y el temor a las masas conformaban de alguna manera el piso de esas ideas. Éstas se iban vinculando paulatinamente con la "acción social". De esta manera se introducía, lenta y sutilmente, un orden nuevo en la vida cotidiana, en especial dentro de los sectores más desposeídos de la sociedad.

Ese orden estaba centrado en una razón científica, ligada a las ideas de higiene, profilaxis, etc. El importante crecimiento de la medicina, en especial dentro del campo de las enfermedades infecciosas, la higiene o la epidemiología, sirvió para caracterizar este proceso como inevitable y vincularlo al ideal civilizatorio y a la sociedad europea que aparecía como modelo. Podemos analizar el sentido de esa construcción discursiva desde tres elementos que le daban forma: las ideas de Templanza, Eugenesia y Plasmogenia.

La templanza como sustituyente de la moral "antigua", atravesando las campañas y las acciones en la lucha contra las enfermedades venéreas, el alcoholismo y la tuberculosis. Las ligas de Templanza se multiplicaron en el país y en el mundo. Desde ellas se trataba de que la sociedad modelara su carácter, haciéndose hincapié en los efectos nocivos de la vida ociosa o poco productiva, en los "excesos" en cuanto a las diversiones y el tiempo libre, así como en la necesidad de llevar una vida "sana" más vinculada a los procesos económicos del modelo de producción europeo que a otras modalidades de trabajo o formas de vida.

El trabajo era planteado como fin y la vida debía estructurarse en torno a él. La templanza era una especie de "actitud frente a la vida", que los sectores "vulnerables" debían aprender e internalizar en nombre del "bien común" y la lucha contra las enfermedades. Una "policía" sanitaria debía enseñarla y vigilar su cumplimiento.

La Eugenesia se presentaba como una nueva rama de la ciencia, cuya finalidad era la depuración de la raza, ahora no por métodos violentos **-1-** y explícitos, sino en el aprendizaje, desde la primera infancia, de normas higiénicas y en la transmisión de éstas a través del médico, el filántropo o el pedagogo, pautándose además las diferentes normas necesarias para una modalidad racista, eurocéntrica y hegemónica de la noción de procreación responsable. A su vez la Eugenesia estudiaba las influencias del medio en la herencia, ratificando el déficit moral de los sectores menos favorecidos, moldeando y explicando su "peligrosidad".

Por otro lado, la Plasmogenia, más relacionada con la física o a la química, trataba de demostrar que era posible la creación de la vida desde determinadas condiciones artificiales y en forma experimental dentro del laboratorio. Las ciencias naturales, vinculándose con otras, no sólo podían describir fenómenos sino que -al mejor estilo de los dioses- lograban crearlos. De esta forma, la medicina se apropiaba de lo cotidiano y comenzaba a dar una forma más "moderna" a las nuevas instituciones y a las prácticas, conformando nuevas cuadrículas sociales, proponiendo nuevos y más especializados espacios de disciplinamiento. En este momento histórico, la peligrosidad recaía sobre los inmigrantes y los criollos asentados en las orillas o en los conventillos de Buenos Aires. La higiene también ordenaría los cementerios desde criterios sanitarios.

Eugenesia, Templanza y Plasmogenia pertenecían al mundo de la razón científica, que ocupaba el lugar abandonado poco tiempo antes por los dioses. Eran origen, linealidad y destino, desde una concepción de armonía que prescindía de toda posibilidad de conflicto social. Es más, consideraba al conflicto social, o malestar, como "patológico" y contradictorio con los ideales de progreso y modernidad. La base de la sociedad estaba centrada en la idea de "igualdad de oportunidades" y la higiene médica y social era presentada como una manera de obtenerlas. De todas formas, la Argentina del centenario, desde una fachada de supuesto orden y progreso, ocultaba al país real, ése que lentamente se iba construyendo al margen de los ideales en crisis de la generación del ochenta y que había sido declarado muerto después de las Batallas de Caseros y Pavón.

En 1906, la economía mostraba síntomas de una crisis que repercutiría en los sectores más desposeídos:

*"Se produce un alza en el costo de vida al punto que los productos alimenticios de los que el país era exportador principal empiezan a faltar del mercado o suben de precio. Financieramente el gobierno de Figueroa Alcorta toma medidas que los argentinos habríamos de conocer repetidamente más adelante: declara cesantes a supernumerarios **-2-**, reduce gastos en el presupuesto, anula subvenciones a obras públicas provinciales, comunales y particulares... Las huelgas son más frecuentes, aumentan las quiebras y en 1914 el Banco de la Nación presenta por primera vez un balance negativo"* (Rosa, José María. 1974)

Crisis de la Sociedad de Beneficencia y Discurso Médico

Dentro de todo este proceso se da una fuerte disputa entre los médicos higienistas y la Sociedad de Beneficencia. Esta última intentaba mantener bajo su órbita a la "acción social" a través de la administración de instituciones paraestatales.

La Sociedad de Beneficencia, fundada por Bernardino Rivadavia en 1823, hegemonizaba las acciones de "filantropía". A lo largo de su historia organizó la "caridad" durante casi 80 años, a excepción del período de gobierno de Juan Manuel de Rosas (cuando fue desmantelada). Administraba hospitales, asilos y escuelas, recibiendo importante apoyo financiero del Estado (sin éste no podía funcionar) como una especie de laboratorio del control social que probablemente ya había cumplido su función desde que el orden vigente ahora requería mecanismos más "científicos". Desde el discurso médico, la Sociedad de Beneficencia era probablemente vista como una "etapa previa" a la conformación del Estado moderno. Sus actividades eran criticadas por acientíficas en cuanto a organización y utilización de recursos, se planteaba que poseía criterios empíricos para organizar la disciplina y el orden de la población. Por otro lado, el manejo de los fondos no era muy claro. Sus acciones explícitamente asociadas a la caridad y a la filantropía la ratificaban en su carácter premoderno. Además, Francia, Inglaterra, Alemania y los EE.UU. eran presentados como modelos de avanzada para la organización de la acción social. Es de destacar que en estos países se estaba conformando, si se quiere en forma embrionaria y en cuanto a instituciones, un nuevo modelo de Estado que años más tarde tendrá características de "benefactor".

En síntesis, el discurso médico posterior al centenario va mostrando la necesidad de reorganizar la acción social, ahora desde el Estado, pero estructurándola en términos higiénicos. De ahí que, ya en 1902, muchos trabajos dentro del campo de la higiene planteaban esa necesidad. No se trataba de plantear las acciones en este campo en términos de derechos sociales o de recuperación de la dignidad, sino simplemente una búsqueda, digamos más sistemática, de organizar la disciplina y de mejorar la calidad de los habitantes como agentes económicos, paradójicamente en una realidad en la que escaseaban las fuentes de trabajo y no existía prácticamente la industria. Más allá de esto, nos encontramos también con que desde el gobierno se tomaban más medidas, o se invertían más recursos, en el cuidado de las vacas y las ovejas que de las personas.

La producción ganadera, uno de los símbolos de la Argentina de la edad de oro, era fuente principal de preocupación de las clases dirigentes:

"Pero, si muy poco se ha preocupado de la tuberculosis humana, ha invertido cuantiosas sumas en la bovina, sin duda porque a su juicio, la última afecta más directamente la potencia económica del país..." (Coni, Emilio.1915)

De todas maneras, los años subsiguientes van a mostrar un paulatino avance del discurso médico y un consecuente retroceso de la Sociedad de Beneficencia. En definitiva, este proceso, estas disputas, nos muestran un debate dentro de un sector de la sociedad que trata de afianzar sus mecanismos de control, discutiendo cuál es más eficiente o más avanzado, en lugares en los que el pueblo no tenía ningún tipo de acceso. Éste, mientras tanto, construía su propia acción social a través de las luchas obreras, los sindicatos y las primeras mutuales.

El nacimiento de la "Acción Social" moderna

Es en este momento cuando la acción comienza a ser patrimonio del Estado, pero en forma totalmente subsidiaria y secundarizada. De esta manera, el discurso de la Eugenesia se aplicará más específicamente a la niñez y el de la Templanza a los adultos. La primera formará parte de los tratados y trabajos de pedagogía, se introducirá en la escuela, atravesará el discurso docente, perfeccionándose de esta forma las ideas de Sarmiento, tal vez más

cercanas a las de la Sociedad de Beneficencia. La escuela modelará cuerpos y conductas, ahora con más eficiencia y se tratará de que esos nuevos aprendizajes se trasladen a los domicilios de los marginados a través de los niños. Así, la higiene escolar será un pilar de la enseñanza.

Si en el modelo sarmientino lo importante era la moral y la virtud, en esta continuación se hará más hincapié en la disciplina. Surgirá la escuela especial y los reformatorios incorporarán como precepto fundamental la idea de regeneración.

"Las escuelas de prevención, los institutos de reforma, las escuelas profesionales, constituyen instrumentos de reeducación, aparatos de regeneración y de reincorporación de esa cohorte de infelices que sometidos a la asistencia por la educación y el trabajo, incorporándose redimidos y reconstituidos en lo moral y en el carácter de patrimonio social sano, como elementos fecundos de labor y producción..." (Sarmiento, Domingo. 2011)

Dentro del modelo educativo construido en la generación del ochenta, con la creación de las escuelas normales, se fundó el magisterio argentino y una clara división de clases con respecto a quiénes debían acceder a los estudios primarios, secundarios y universitarios:

"...lo urgente, lo vital porque tenemos que educar a los ignorantes bajo la pena de la vida, es robustecer la acción que ha de obrar sobre la ignominia que nos invade... antes que la masa bruta predomine y se haga ingobernable..." (Rosa, José María. 1974)

Eran necesarios colegios secundarios que "formaran una minoría enérgica e ilustrada" que:

"sostenga con armas mejor templadas las posiciones desde las cuales se gobierna a los pueblos" y que "la inteligencia gobierne, que el pueblo se eduque para gobernarse mejor, para que la razón pública sea la imagen y semejanza de la inteligencia.... para que la barbarie no nos venza" (Rosa, José María. 1974)

La razón médica servirá para darle sentido a todos estos procesos, para fundamentar las desigualdades sociales a través de la biología. Y prometerá un futuro promisorio para quienes se sumen a ella. Los "preceptos higiénicos" debían salirse de las instituciones a través de campañas de "esclarecimiento" y ordenar la vida cotidiana de los marginados. *"Un empleado especial los visita en su domicilio y al mismo tiempo que les explica en detalle las medidas profilácticas, vigila su cumplimiento y contralora el empleo de los socorros..."* (Foucault, Michel. 1984)

Las instituciones que no habían aún incorporado el discurso médico conocían ese tipo de prácticas, tal vez más vinculadas con las formas de la Sociedad de Beneficencia:

"Liga Social Argentina: su objeto es sustentar la organización cristiana de la sociedad, combatir todo error o tendencia subversiva en el terreno social, e instruir al pueblo sobre los problemas que surgen del desarrollo moderno... La institución no se contenta con refutar las malas doctrinas... Combate el liberalismo, el socialismo, el anarquismo y hace conocer las verdaderas bases de la sociedad y la civilización." (Coni, Emilio. 1916)

Pero más allá de las campañas, estas instituciones de la "acción social" también llegaban a los domicilios de los sectores empobrecidos:

"Sociedad Conferencia de Señoras de San Vicente de Paul. Ninguna obra de caridad se considera ajena a la Institución, si bien la preferida es la visita a los domicilios de los pobres. Por tanto, promueve toda suerte de obras encaminadas a remediar las necesidades materiales y morales del prójimo, proponiendo de un modo particular a la formación de hogares morales y honestos que cifren su dicha en el trabajo y la honradez". (Coni, Emilio. 1916)

El discurso médico se introducirá en lo que se consideraba la acción social, incorporando nuevas categorías, sentidos y clasificaciones y apoyándose en una práctica que no era tan nueva y que se vincula en forma más cercana a la Sociedad de Beneficencia y a las instituciones de caridad con prácticas anteriores en nuestro país. La idea de "hogar moral y honesto" no cambiará en su sentido ideológico, pero lo "moral" y lo "honesto" estará cada vez más cerca de la templanza en cuanto al carácter, y a la medicina en relación a los preceptos higiénicos.

La prevención del alcoholismo, las enfermedades venéreas y la tuberculosis, serán las nuevas bases que darán forma a la cotidianidad. La sociedad toda comienza a asumir, ya a principios de la década del '20, esas ideas que aparecían desde principios de siglo. En este aspecto, encontramos un ejemplo en la ordenanza municipal de 1902 para la profilaxis de la tuberculosis:

"Art. 1°. Todo propietario, inquilino u ocupante de una casa o parte de ella, tendrá a los efectos de evitar la propagación de la enfermedad, el deber de comunicar a la administración Sanitaria Municipal, dentro de las veinticuatro horas siguientes al reconocimiento facultativo, todo caso de tuberculosis pulmonar. La declaración se hará verbalmente o por escrito, siendo extensiva a los casos de fallecimiento o traslación del enfermo..." (Recalde, Héctor. 1994)

Se trataba además de prevenir las enfermedades infecciosas desde una nueva concepción habitacional, atravesada por la medicina, que en poco tiempo se incorporará a la cotidianidad:

Art. 23°. "Los propietarios de hoteles que instalen en sus respectivos establecimientos las piezas higiénicas, tendrán un 50 por ciento de rebaja sobre el impuesto general. Se considerarán piezas higiénicas aquellas cuyos muros en vez de empapelados estén blanqueados o pintados al aceite; tengan camas de hierro con elástico metálico; ausencia de alfombras, cortinas y cortinados, pisos de tablas o de mosaicos, cemento. etc.; mueblaje sencillo según modelo que dará la Administración Sanitaria, fácilmente desinfectable, baños y waterclosets en perfecto estado, etc." (Recalde, Héctor. 1994)

El discurso médico y la vida cotidiana

Una nueva verdad debía ordenar la vida cotidiana, apoyándose en la razón, en las viejas concepciones utilitarias heredadas de la reforma de Rivadavia, en las ciencias biológicas y en el discurso médico-higienista. Por encima de valores culturales, históricos, sociales o estéticos, la razón médica se introdujo en la vida cotidiana, situación que perdura hasta hoy en las revistas de interés general o en los programas de televisión que nos aconsejan modalidades de vida "sana", de comportamiento, de relación con los otros. La medicina diría cómo debían construirse las casas, qué tipo de mobiliario era conveniente, hablaría de ropas higiénicas, se pautarían las formas de relacionarse y cómo llevar adelante la vida cotidiana, el cuidado de

los niños, la forma de trabajar, la enseñanza, el uso del tiempo libre, la sexualidad. Desde la utilización de los mostradores de estaño en los bares (primero recomendados y luego exigidos por razones higiénicas), hasta la búsqueda de proscripción del tango considerado una música "endemoniada" que puede llevar a la degeneración, el discurso médico higienista logrará incorporarse a la vida cotidiana y será internalizado por toda la población. Sus primeros experimentos se llevaron adelante en el terreno de una incierta y recientemente conformada "acción social", basada en un supuesto bienestar general al cual se iba a acceder cuando los preceptos higiénicos fueran cumplidos por toda la sociedad.

El discurso moderno de la acción social se funda en nuestro país durante este momento histórico. Logra perfeccionarse y trascender al propio espacio de la salud, llega a la escuela, a la fábrica, a los hogares, al parlamento, a la política, en una sociedad cada vez más convulsionada cuya élite trata de poner todos sus esfuerzos en el ocultamiento del país real. Éste no tardará en aparecer, marcando otras pautas, otros sentidos y significaciones. Su expresión tal vez más importante se vinculará más tarde con la lucha por los derechos sociales y la dignidad, expresándose a través de la acción social de los planes quinquenales y la Fundación Eva Perón.

Notas

-1- En poco tiempo el nazismo y las demás formas de fascismo autoritario comenzaron a desarrollar acciones cuyo objetivo era proponer un pueblo uniforme, de rasgos definidos y "pura sangre".

-2- Empleados estatales que eran considerados innecesarios.

Bibliografía

Coni, Emilio. "La semana Médica", abril de 1915

Coni, Emilio. Buenos Aires Caricativo y Previsor. En "La Semana Médica", abril de 1916

Foucault, Michel. Vigilar y Castigar . Editorial Siglo XXI 1984

Recalde, Héctor. En "Vida Popular y Salud en Buenos Aires (1900-1930) Tomo 1". Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1994

Rosa, José María. "Historia Argentina". Editorial Oriente, Buenos Aires, Argentina, 1974

Sarmiento, Domingo F. "Educación Popular". Editorial Universitaria, Bs. As., 2011

Capítulo 3

El Naturalismo como forma de explicación de los fenómenos sociales

“Esto es lo que constituye la novela experimental: poseer el mecanismo de los fenómenos en el hombre, demostrar los resortes de las manifestaciones intelectuales y sensuales como nos los explicará la fisiología, bajo las influencias de la herencia y de las circunstancias ambientales, después de mostrar al hombre vivo en el medio social que él mismo ha producido, que modifica cada día y en el seno del cual manifiesta, a su vez, una transformación continua. Así pues, nos apoyamos en la fisiología, tomamos al hombre aislado de las manos del fisiólogo para continuar la solución del problema y resolver científicamente la cuestión de saber cómo se comportan los hombres desde que viven en sociedad”.

Emile Zola, “La novela experimental”
en El Naturalismo, Península, Barcelona, 1976

La relación entre realismo, naturalismo y Ciencias Sociales

Desde mediados del siglo XIX, dos corrientes literarias intentarán construir una extraña amalgama entre protesta social, fatalismo y la elaboración tácita de una propuesta de reforma social que abarcará individuos, conductas y poblaciones. El naturalismo y el realismo, como formas de expresión cercanas al positivismo, lograron construir lentamente una visión de los problemas sociales que aún hoy se mantiene vigente.

Esta visión, al apoyarse especialmente en la denuncia de la pobreza, se tiñó desde sus inicios de una pátina reformista que se reprodujo luego en la mayoría de las explicaciones y metáforas referidas a los problemas sociales y especialmente a la pobreza. En la Argentina, desde diferentes posiciones, estas corrientes estético literarias presentan un propósito de crítica social y política, curiosamente tanto desde los sectores conservadores como de los progresistas. El discurso acerca de lo social y político que surge en ese contexto tiene una serie de rasgos que lo relacionan en forma penetrante con la literatura de esa época y construye una narrativa que se afirma como expresión dominante en el imaginario social.

Estas cuestiones se plasman en relatos, especialmente novelas, que van desde la existencia de protagonistas individuales o colectivos relacionados conflictivamente con su entorno, hasta héroes y villanos determinados indefectiblemente por el medio social o la herencia biológica.

De esta manera, el sentido de las obras literarias realizadas desde estas corrientes construyen una nueva relación entre sociedad y naturaleza. Esta relación se da en diferentes aspectos. Por un lado desde lo estético, donde sobresale la descripción. Pero por otro, la estética abre una especie de nuevo camino explicativo hacia los problemas sociales. El método naturalista literario proviene de las ciencias naturales. Allí es donde sobresale la metáfora de las relaciones causa efecto tomadas desde el paradigma anatomopatológico o la revolución bacteriana.

Desde esa lógica se construyeron las bases de la posible resolución de esos problemas sociales, tanto desde medidas de orden general como a partir de propuestas de carácter interventivo. En el naturalismo y el realismo, los hombres no son libres, están determinados por el entorno y su herencia genética. Una nueva forma de atadura los contiene como un manto invisible, deberá ser visualizada por una mirada experta y fundamentalmente externa que propondrá las formas de resolución del problema. Esa falta de libertad es justificada a través de las ideas de evolución social. En este aspecto, tal vez haya un punto de encuentro entre conservadurismo y el progresismo de la Argentina naciente en el fin del siglo XIX.

La noción de medio social aparece aquí como un elemento central. Se transforma en un punto de arranque necesario y definitivo para la construcción de marcos explicativos y comprensivos teñidos inevitablemente de fatalismo. Esa visión de lo social pintará de gris, tristeza y melancolía a los escenarios de la desigualdad, transformándola en un hecho donde se entrelazan estética y ética.

Así, quienes los habitan tendrán dificultades insoslayables que sólo podrán ser resueltas a partir de grandes transformaciones individuales. Éstas se logran desde diferentes caminos: por medio del milagro de la bondad de los otros, es decir desde una conversión filantrópica, el enamoramiento y la aceptación por alguien de otro estrato de la sociedad; o una transformación social constituida por actores individuales y externos a ese medio, quienes aparecen como los únicos capacitados para resolver la situación de imposibilidad de los desposeídos.

El naturalismo y el realismo, como movimientos culturales, se construyen en la sociedad burguesa europea del siglo XIX. Desde los valores de esa ascendente categoría social se describirán los conflictos sociales, la desigualdad y la vida cotidiana de los sectores más expoliados de la sociedad. Su mirada intentará objetivar el escenario, entenderlo científicamente desde fuera, construyendo también una nueva forma de involucrarse en la vida política apoyada en el cuidado de sus intereses de estamento social.

Esta nueva construcción discursiva tiene la particularidad de presentarse -en forma contradictoria- como transformadora y cuidadosa del orden. De este modo, la desigualdad se constituye en un problema de una parte de la sociedad que es víctima de sus propias circunstancias y determinaciones.

La crítica social naturalista será ideal para la academia universitaria, especialmente en el campo de la medicina, desde donde surgirán más y nuevas denuncias, apoyadas ahora en la ciencia; en discursos políticos hasta ese momento desconocidos, que en el caso argentino se enrolan en un socialismo científico que coincide -en los temas de fondo- con los sectores más conservadores.

Como nuevo actor social europeo en esa etapa, la burguesía se alejaba del idealismo romántico mientras que lentamente se aferraba a una pretendida objetividad científica. De este modo, a los pobres se los asociaba a la pasión, a la irracionalidad, a estadios anteriores de la evolución humana. Estas asociaciones eran presentadas en narrativas tanto literarias como científicas como un fenómeno mancomunado con el determinismo, descripto a nivel individual como producto de deformaciones del sistema nervioso por las influencias del medio o la inferioridad racial.

El naturalismo y el realismo también se apoyaron en la observación fáctica y precisa de la realidad, desde un punto intermedio entre cercanía y objetividad de los hechos sociales, pero

siempre por fuera del subjetivismo. En estas corrientes, el narrador es omnisciente, es decir que maneja absolutamente todos los componentes del relato, posee capacidad predictiva y se dirige al lector desde una perspectiva didáctica, proponiéndole una lección social o moral.

De allí que gran parte de las propuestas de intervención, herederas de esas corrientes, se relacionen con la idea de educar al otro entendiéndolo como incapaz de resolver sus propias dificultades. La educación como forma de transformación de la sociedad tendrá diferentes acepciones en las distintas décadas de gran parte del siglo XIX, llegando a la actualidad casi con el mismo vigor.

En ese período, bajo la escuela de Emilio Zola, el naturalismo francés trató de convertir a la literatura en ciencia, cuyo objeto de estudio era el medio social, utilizando el método de la observación y experimentación. Como científico, el narrador naturalista debía ser impersonal y objetivo. La opción por la narración en tercera persona recuerda a las descripciones de los informes sociales de los inicios del Trabajo Social, la Sociología, la Antropología o la Medicina. La predilección del naturalismo y el realismo por los escenarios de la desigualdad, la pobreza y la miseria, de alguna manera explica la necesaria organización de las metáforas sociales y las relaciones entre biología y medio social. De este modo, el naturalismo y el realismo como corrientes de pensamiento producen un extraño encuentro entre reforma, transformación y filantropía que aún atraviesa gran parte de los imaginarios sociales de las políticas públicas, las intervenciones, el discurso político y las instituciones.

La relación con la fisiología, campo de conocimiento descubierto casi a la par del nacimiento del naturalismo, dará elementos para comenzar a describir a la sociedad como “cuerpo” con sus respectivas células, tejidos y conjunto de órganos. Así la familia será la célula básica de la sociedad y la organización de la sociedad será constituida desde la metáfora del tejido social.

En este encuentro inesperado entre medicina experimental y literatura, el determinismo pasa rápidamente de lo biológico a lo social. Lo atraviesa y le confiere una dirección insoslayable. Pero ese “cuerpo social” no está aislado, se encuentra en un medio que también será construido desde la lógica de las ciencias naturales. Así, medio social será sinónimo de “medio experimental”, pero especialmente como espacio de análisis y estudio de los ahora llamados determinantes de la conducta de quienes los habitan, como una especie de fisiología aplicada a las características sociales y culturales de los individuos que habitan esos territorios cercados por la pobreza y la desazón.

La novela experimental como base del discurso naturalista intenta -desde la explicación de sencillas relaciones entre causa y efecto- construir una cadena de connotaciones que van a construirse a partir una arbitraria descripción de la desigualdad hasta la explicación de esas causas en tanto determinantes irresolubles. La explicación de las conductas de quienes habitan esos lugares predefinidos, en los que cohabitan la maldad, la desigualdad, las salidas individuales, casi siempre aparecen, en el relato, ligadas a posibles resoluciones de los problemas.

Las posibilidades de transformación de ese “medio social” y de la sociedad toda será una imposibilidad atravesada por las dolorosas características de los pobres que deambulan desorientados por los grises y opacos senderos de barrios oscuros, fétidos y lejanos del progreso, por ser víctimas de éste.

El naturalismo, en tanto que se vincula desde sus orígenes con el realismo al surgir como una tendencia opuesta al romanticismo, lleva a la literatura a la consumación del sueño occidental y burgués de la construcción de un mundo desde bases científicas, organizado a través de una nueva religión que conjuga ciencia y naturaleza, reviviendo -en clave del pensamiento positivista- los ideales de la Ilustración.

Además, el naturalismo incorpora temas y componentes que se relacionan con el clima de época en el que desarrolla su obra. Así, el materialismo influye en esta forma de literatura, dejando de lado la visión espiritual, los ideales y los sentimientos. La comunión entre materialismo y ciencia se sostiene fuertemente en el relato naturalista. De esta manera, los ideales y sentimientos son entendidos como productos de la fisiología del organismo humano, de allí que se los reduzca a un hecho "natural" y con posibilidades de ser conocidos y transformados desde lo científico.

De la misma forma incorpora el determinismo desde la perspectiva que indica la inexorable marca que deja la herencia biológica y las influencias del medio social.

Otro rasgo que caracteriza al naturalismo es su relación con el método experimental hipotético deductivo, en el que las situaciones de cualquier tipo sólo pueden ser explicadas desde ese lugar. El novelista, de la misma manera que el científico, ubica a sus personajes en diferentes lugares, siempre demostrando que su comportamiento depende de la herencia y del medio. Todo está de algún modo predestinado, salvo que una intervención externa, desde una lógica diferente, logre cambiar taxativamente la situación.

La oposición entre naturalismo y romanticismo y el triunfo del primero sobre el segundo en la explicación de los problemas sociales, tendrán como consecuencia inmediata la pérdida de la centralidad de "lo otro", de las culturas diferentes, de otras lógicas, en tanto posibles lugares de verdad y valoración de sus propios aspectos sociales. La única salvación posible pasará entonces por la imposición de un orden racional y científico de la cotidianidad, que para algunos será útil para mantener la disciplina sobre los márgenes de la exclusión y para otros una especie de garantía "evolucionista" para llegar a la transformación y los cambios sociales. De allí que en relación a la mirada hacia América, muchos reformistas del siglo XIX planteaban que nuestro continente debía transitar, antes que llevar adelante una revolución, por diferentes etapas para llegar a la cúspide prerevolucionaria que como fantasma atravesaba a Europa. De esta manera, la historia repite a la evolución de las especies. En esa narrativa, América se encuentra en un estadio inferior que deberá transitar de manera inexorable. En otras palabras, las etapas -desde esa perspectiva- indefectiblemente deberán pasar primero por la revolución burguesa y luego por la liberación y la independencia.

Desde estas ideas, la intervención en lo social comenzará a orientarse a la observación rigurosa de la vida cotidiana de los sectores "determinados" por la pobreza y la desigualdad, aplicando un método experimental que atraviesa desde las ciencias naturales a la literatura, la sociología y la psicología. Esta narrativa requiere ir al terreno como un observador externo, desde donde logrará documentarse, realizando meticulosos trabajos de campo que, en forma tautológica, ratificarán las visiones de la pobreza y la desigualdad, sugiriendo salidas y propuestas en los que quienes padecen esas circunstancias no tienen la palabra y mucho menos la capacidad de acción. Las costumbres y los ambientes serán el lugar predilecto de observación y de señales que marcan la necesidad de cambios. Desde allí se construirán perfiles psicológicos, formas de pensar, ratificación de la imposibilidad de salir sin la ayuda de alguien que no pertenezca a ese ambiente atravesado por determinaciones. El habla

popular, en su expresión literaria, muchas veces será utilizada para hacer decir lo que sea necesario en la ratificación del fatalismo naturalista. Desde ese lugar se construirán los personajes, escenarios y situaciones.

La literatura y la medicina comparten -desde ese clima de época hasta hoy- una serie de curiosas coincidencias. La construcción de lo “sano” y de lo “enfermo” como formación discursiva sostiene al saber médico desde una suma de factores históricos y culturales que le otorgan cierta validez “científica”. Las metáforas de “curar la sociedad”, “realizar una operación de cirugía mayor”, entrecruzan política y sociedad sosteniendo las características de un modo de hacer. Basada en el naturalismo, la literatura se muestra capacitada para componer y describir, desde la estética, una figura de la sociedad y de los actores sociales que atraviesan esos escenarios, como así también representarlos, explicar sus conductas, actitudes y formas de comprender y explicar el mundo.

Un Cuento de Navidad. Naturalismo y Filantropía

En esta novela publicada en 1843, Charles Dickens conjuga algunos elementos que pueden ser interesantes para analizar. Uno de los protagonistas (Scrooge) es un empresario que mantiene una relación conflictiva con sus empleados, no los escucha ni comprende. Su avaricia marca el sentido de su vida, en la que su principal objetivo es obtener ganancias y disminuir los gastos que pueda ocasionarle cualquier eventualidad propia o ajena. En la noche de navidad tiene un sueño en el que toma contacto con un fantasma, el que le muestra el futuro a través de un sueño. Scrooge se horroriza al ver en él su destino: por culpa de su avaricia, su casa será saqueada por los pobres. Durante el sueño intenta convencer al espíritu de que él está preparado a cambiar si el destino también cambia.

Al despertarse, Scrooge se convierte en un hombre amable y generoso, decide celebrar la navidad y le envía un pavo a uno de los empleados (Cratchit), al que había despedido, le da un aumento de sueldo y lo ayuda en el tratamiento de la enfermedad de su hijo. Desde la esfera individual y especialmente a partir del temor a perder lo que se tiene, el protagonista muestra un mundo de desigualdad, prepotencia y avaricia que podrá ser cambiado desde su actitud individual. Scrooge se vuelve filántropo por el temor que nace a partir de un sueño que logra develarle los efectos de la desigualdad.

La vida de sus empleados es miserable y ellos también lo serán, dado que el ambiente los condiciona desde diferentes aspectos. Una pobreza que de alguna manera los transforma en niños inocentes que podrán ser redimidos desde dos lugares posibles, el empleador o un cambio social, pero nunca con ellos como protagonistas. La filantropía o la ciencia se encargarán de llevar adelante las diferentes formas de la redención.

En “Un cuento de Navidad” no hay leyes sociales, ni Estado, pero fundamentalmente el destino de los empleados de Scrooge sólo puede resolverse a través de un otro que no pertenece al mundo de ellos. La Justicia Social como concepto recién se está acuñando.

La idealización de la pobreza, en tanto su relación con la inocencia, la ubica en el lugar de la imposibilidad de la resolución o la elaboración de propuestas desde allí, ya que se encuentra minimizada. En ese relato, los pobres son como niños, seres inferiores que necesitan de otros que pueden ser filántropos o revolucionarios. Pareciera que desde la imposibilidad que certifican los factores del medio, siempre necesitarán de ayuda externa.

Extrañamente, “Un cuento de navidad” forma parte de la obra mas difundida de Dickens. Durante años, en el Reino Unido fue una costumbre que se lo leyera durante las fiestas de navidad a toda la familia reunida. Tuvo más de quince adaptaciones cinematográficas y tal vez forme parte de la construcción mítica de la sociedad sajona occidental del siglo XX. Es de alguna manera la fundación de la filantropía desde la literatura, pero las metáforas de “Un cuento de Navidad” llegan de diferentes maneras a nuestros días.

Domingo Faustino Sarmiento. El naturalismo americano en forma de proyecto de nación

Es posible considerar al “Facundo” de Domingo F. Sarmiento como uno de los primeros ensayos sociológicos novelados escritos en la Argentina. La novela abarca aspectos pedagógicos, sociológicos, políticos y filosóficos. La presencia del paisaje, la tierra como determinante fatalista de conductas y cosmovisiones, servirá para la construcción de un proyecto político en el que la oposición entre civilización y barbarie tensiona los relatos. El triunfo de la “civilización” llevará a la oligarquía terrateniente al gobierno y a los llamados bárbaros a la periferia de la sociedad.

Tal vez no sea casual que Sarmiento pretenda ser un educador, pero como tal sabrá cuáles son sus límites, no dudando en proponer el exterminio de aquellos que de tan atravesados que están por los determinantes del medio deben ser aniquilados, dado que no sólo su situación es irresoluble sino que por sí mismos representan un peligro en potencia para el todo social civilizado.

Civilización y Barbarie implican dos formas de vida irreconciliables, sin posibilidades de síntesis. Ambas son presentadas desde una lejanía tal que las hace totalmente ajenas y antagónicas. El método naturalista le dará la razón, Luego de las masacres producidas por las contiendas entre unitarios y federales, se desarrolló una actitud compasiva para los hijos de los derrotados que se apoya en su imposibilidad de ser otra cosa.

Cuando Sarmiento, en el Facundo, afirma que: “*en Facundo Quiroga no veo un caudillo simplemente, sino una manifestación de la vida argentina tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno*” (Sarmiento, D.F.,1991.pág 12) está ratificando la necesidad de un proyecto político excluyente de un sector definido de la sociedad.

En el caso de Sarmiento, *lo Otro* como amenaza o lugar de la imposibilidad, no se ubica territorialmente en el suburbio de la gran ciudad, se encuentra en la inmensidad de la pampa. En ese paisaje -indescifrable para el autor- germina la barbarie. La ciudad en este caso será la posibilidad de salvación o redención. El gaucho, en tanto habitante de la pampa, no podrá nunca ser civilizado conjugando medio social y herencia biológica dentro de un encuadre de fatalidad. El problema está en la sangre, que como herencia genética, se contamina minuto a minuto por efecto del paisaje como determinante del medio. Así:

“Las diferencias de volumen del cerebro que existen entre los individuos de una misma raza, son tanto más grandes en cuanto más elevadas están en la escala de la civilización. Bajo el punto de vista intelectual, los salvajes son más o menos estúpidos, mientras que los civilizados se componen de estólidos semejantes a los salvajes, de gentes de espíritu mediocre, de hombres inteligentes y de hombres superiores.”
(Sarmiento D.F. 1991, pág. 48)

Para Sarmiento, el gaucho lucha contra la naturaleza sin lograr dominarla, sencillamente porque es parte de ella, como contraposición el hombre civilizado que, si bien también lucha contra la naturaleza, forma parte de un proceso histórico inexorable.

Guerra y literatura en los escritos de Sarmiento

Civilizados y Bárbaros, Unitarios y Bárbaros: son narrados como contendientes dentro de una guerra en tanto participantes de una puja entre dos vertientes diametralmente opuestas.

La relación entre guerra política y literatura que plantea Sarmiento será similar a la de Clausewitz. En ambos, la guerra es un instrumento de la política. Pero Sarmiento profundizará la idea de que una u otra modalidad de hacer la guerra hablan de las características de los contendientes, explicando su cotidianidad y visión de mundo.

En este aspecto, el enfrentamiento no se produce sólo entre dos fuerzas. Unitarios y federales son presentados como dos mundos opuestos. El uso de la artillería y la infantería serán para Sarmiento sinónimo de civilización, en oposición a la caballería que representará a la barbarie:

"En La Tablada de Córdoba, se midieron las fuerzas de la campaña y de la ciudad, bajo sus más altas inspiraciones, Facundo y Paz, dignas personificaciones de las dos tendencias que van a disputarse el dominio de la República. Facundo, ignorante, bárbaro, que ha llevado por largos años una vida errante que sólo alumbra, de vez en cuando, los reflejos del puñal que gira en torno suyo, valiente hasta la temeridad, dotado de fuerzas hercúleas, gaucho de a caballo ...no tiene fe sino en el caballo, todo lo espera del valor, de la lanza, del empuje terrible de sus cargas de caballería" (Sarmiento, D. F.1991:198).

El uso de la caballería como modalidad prominente en la guerra será sinónimo de barbarie, de una Argentina atada al pasado, a sus orígenes, tanto españoles como indios; una Argentina que no había sabido interpretar las luces de Rivadavia, que amenazaba y ocupaba Buenos Aires, la futura metrópolis europea enclavada en América del Sur. En el "Facundo" de Sarmiento ya se vislumbraba que el proyecto político de los federales no podía ser solamente derrotado en el campo de batalla. No bastaba con el triunfo en la guerra. Se necesitarían nuevos dispositivos, tecnologías, formas, estrategias, aprendizajes, que ya se percibían aún en medio de la contienda de disciplinamiento. Esos gauchos, ya en la paz, serán "civilizados" y el proyecto educativo de Domingo F. Sarmiento será una de las formas instrumentales para ese objetivo.

Tanto en el "Facundo" como en el libro "Educación Popular", las nociones de civilización y barbarie no son solamente sinónimos de proyectos y voluntades políticas opuestas sino que también estarán claramente territorializados, en lo que este autor denomina la puja entre el campo y la ciudad. Dos territorios, dos mundos que se enfrentan;

"¿Pudo prever Dorrego y su partido que las provincias vendrían un día a castigar a Buenos Aires, por haberles negado su influencia civilizadora; y que a fuerza de despreciar su atraso y su barbarie, ese atraso y esa barbarie habrían de penetrar en las calles de Buenos Aires, establecerse allí y sentar sus reales en el fuerte?". (Sarmiento, D. F.1991:191).

De ahí que el triunfo de la civilización no se lograría sólo en el campo de batalla sino en una nueva territorialización y en una imperiosa imposición de una voluntad política de los vencedores. La visión de la guerra en Sarmiento empezaba a anunciar que luego de su finalización en el terreno de lo formal, comenzaría a desplegarse hacia la periferia y delineaba su continuidad en la paz.

Al igual que Clausewitz, Sarmiento verá en la guerra un instrumento de violencia para alcanzar una finalidad política: la guerra será un acto de fuerza para imponer la voluntad al adversario. Es decir, gana quien desmantela al enemigo, quien le quita toda voluntad política.

Pero este juego con la voluntad, que Clausewitz expresa cuando comienza a definir a la guerra equiparándola con el duelo, retornaría en Sarmiento luego de la victoria en el campo de batalla y se expresaría en el disciplinamiento. Así, éste sería como una nueva arma, un nuevo medio que se proyecta en la guerra. Un medio que, como conjunto de instrumentos, se irá construyendo para el momento en que se llegue a la paz.

Sarmiento equipara a la violencia con Rosas con los federales, con el desmantelamiento de los cuerpos, con la guerra sin tácticas modernas, con la simbiosis entre el gaucho y el caballo. Rosas es para Sarmiento una continuación de la violencia aún en la paz, una forma de gobierno que se mantiene a través de la fuerza sin disciplina.

En este aspecto, Sarmiento ve en Rosas la encarnación de un poder sin el orden de la modernidad, sin los mecanismos de control de la civilización, la puesta en marcha de un proyecto político que sólo se sostendría por la violencia. Rosas es la expresión de un medio “científicamente” imposibilitado de resolver sus propios problemas y producir transformaciones en clave de la modernidad.

En la noción de guerra que diferenciaba a unitarios y federales, el conocimiento técnico, el manejo de lo táctico, los movimientos ordenados de la tropa, según Sarmiento caracterizarán a unos, siendo casi lo exactamente opuesto en los otros. Pero esa idea del manejo y funcionamiento de la guerra en el bando de los unitarios adelanta también el sentido de las formas disciplinares. Éstas aparecen como en una especie de laboratorio que muestra su eficacia en la guerra, pero también en la preparación de ésta;

"...el ejército será la primera institución en donde se capitalizará la superabundancia vital del gaucho, en donde su violencia antisocial se transformará en un poder de Estado y fuerza productiva..." Scavino, D.1993:73).

El ejército será propuesto como una forma de adoctrinamiento, castigo y exilio. Desde allí se modelarán los cuerpos de los otros para ingresar a la modernidad. Tiempo después, la conquista del desierto bajo el mando de Roca y la creación de un ejército nacional mostró cómo esos primeros esbozos de la búsqueda de disciplina en la tropa sería una forma de control con proyección a toda la sociedad.

Para Sarmiento, uno de los obstáculos para el progreso se encontraba en la propia gente que habitaba el desierto, la pampa. Lo enunció como incapacidad para el trabajo, lo sistemático para el orden necesario de los tiempos que venían. Para ello, haría falta un complejo de prácticas, explicaciones, instituciones y actores que disciplinen a los otros, siempre desde el “afuera”, ingresando a los oscuros territorios de la barbarie bien pertrechados, con conocimientos profundos, desarrollados desde doctrinas educativas

europeas y estadounidenses. Sarmiento trajo a maestras estadounidenses para la formación en la Escuela Normal.

Las formas disciplinares mostraban así que también podrían servir en la paz:

"La fuerza cambia aquí de naturaleza: la violencia era una fuerza que procuraba descomponer los cuerpos, fragmentarlos y limitar o neutralizar, con ello, la fuerza del enemigo; la disciplina será la fuerza que busque combinar o componer los cuerpos de manera que aumente su poder de obrar" (Scavino, D.1993:21).

Terminada la contienda, ese cuerpo de tropa vencedor será casi una metáfora y un anuncio de cómo deberán ser disciplinados los cuerpos de los vencidos y de toda la sociedad. De ahí que la ley dará un marco: las conocidas leyes para "vagos y mal entretenidos" que comenzaron a aplicarse a partir de 1854 y la instrucción se mostrarán como instrumento para alcanzar la nueva finalidad política.

"Cuando decimos pueblo entendemos a los notables, activos, inteligentes, clase gobernante de 1810 a 1831 y de 1851 hasta ahora..." (Sarmiento, D.1953:334) *Sólo a "una minoría ilustrada poseedora de la propiedad"* le correspondía gobernar. (Sarmiento, D.1953:27).

La idea de desigualdad "necesaria" en la visión de Sarmiento es justificada en relación con los resabios de barbarie que quedan aún después de la victoria política y militar de la civilización y se enuncian en el texto "Educación Popular".

Según Sarmiento, para civilizar no alcanzaba la igualdad ante la ley, que llegaría después, cuando los efectos de la maquinaria de la civilización mostrasen que la barbarie había sido derrotada realmente, es decir también en el terreno de la paz:

"Una Constitución pública no es una regla de conducta para todos los hombres. La constitución de las masas populares son las leyes ordinarias, los jueces que las aplican y la policía de seguridad. Son las clases educadas las que necesitan una Constitución que asegure las libertades de acción y de pensamiento; la prensa, la tribuna, la propiedad"... (Tamagno, R.1963:146).

La guerra en Sarmiento separa el objetivo político del militar. El objetivo político es la civilización, la revitalización de las ciudades tomadas y destruidas por la barbarie. Es decir, la búsqueda de re-imposición de un orden en el territorio tomado por el enemigo. Un orden cuyo origen o semilla Sarmiento lo ubica en el gobierno de Rivadavia y sus reformas.

La guerra también será un instrumento de la violencia para alcanzar una finalidad política. Pero ésta no se agotará en la contienda. La victoria final de la civilización vendrá después, cuando se imponga al enemigo la voluntad política. Y, finalmente, cuando éste sea nuevamente derrotado podrá hablarse de igualdad ante la ley, cuando el enemigo reconozca el sinsentido de su lucha y acepte a la civilización, la incorpore, la internalice, en definitiva, la aprenda.

Según Sarmiento, las fuerzas en la guerra son los medios para lograr un objetivo político: la civilización, la derrota del desierto, la vuelta del orden de las luces a las ciudades y la proyección hacia el futuro en una nueva sociedad en la que el origen indiano y español fuese sólo un antecedente, una etapa, un estadio superado. De este modo, la narrativa naturalista se construirá en los inicios del Estado moderno argentino como una forma de explicación de la

realidad, pero también del sentido político de la intervención sobre ella. En ambas cuestiones hay un común denominador: la incapacidad de los “otros” para resolver por sí mismos sus problemas, siendo esta incapacidad un determinante que los convertiría en potenciales factores disolventes del todo social que se estaba creando.

Las “manifestaciones de la herencia” y las “circunstancias ambientales” serán los factores causales de los problemas sociales. Los desheredados, los pobres, los marginados por este nuevo modelo de sociedad, serán una imitación nefasta de la naturaleza que debe ser transformada. La intencionalidad política de la conjunción de realismo y naturalismo logra una extraña síntesis entre progresismo y conservadorismo, conjugándose en el relato la descripción de la realidad para mostrar su degradación reclamando una resolución ligada al racismo y al problema de la población, en la que esta realidad se constituye en el obstáculo hacia un nuevo mundo, ratificando un fatalismo que atravesará el ensayo positivista argentino, el de la idea de que el hombre está determinado por las leyes de la naturaleza. Esta explicación será un justificativo que habilitará todo tipo de acciones sobre quienes portan esa determinación, desde sus pautas o aspecto físico. La conjunción entre naturaleza y sociedad embrutece al individuo y la descripción de quienes son los que poseen esa forma de deterioro moral queda circunscripta a un solo sector social, el dominante.

En el escenario de fondo del naturalismo argentino no hay una burguesía naciente, ni siquiera una revolución industrial. Este será entonces el instrumento de otra clase política, la Oligarquía Terrateniente. Esta nueva clase conserva algunos ritos y costumbres del pasado, adopta otros provenientes de los sectores más económicamente poderosos de Europa, especialmente de Inglaterra, articulándolos con los valores del dinero, la competencia y el pragmatismo.

De esta manera, el relato naturalista también encierra una especie de lección moral que facilitará la justificación y aplicación de más y nuevos instrumentos de intervención social desde una perspectiva aleccionadora conjugando, extrañamente, control y transformación, construyendo desde allí algunas formas discursivas que se pierden a través del tiempo y a veces se esconden en la filigrana del discurso de la transformación social.

Bibliografía

Carballeda, A. “Sarmiento. Guerra, Disciplina y Escuela”. Mimeo, 1997

Foucault, Michel. “Microfísica del Poder”. Edit. La Piqueta, Madrid, 1980

Foucault, Michel. «Genealogía del Racismo». Editorial Altamira, Bs. As., 1994

Scavino, D. “Barcos sobre la Pampa. Las formas de la guerra en Sarmiento”. Bs. As. Ed. El cielo por asalto, 1993.

Sarmiento, D. “Educación Popular”. Librería de la Facultad. Bs.As., 1915

Sarmiento, D. “Facundo”. Buenos Aires. Editorial. Losada, 1963.

Tamagno, R. “Sarmiento. Los liberales y el imperialismo”. Edit. Peña Lillo. Bs. As. 1963.

Zolá, E. “La novela experimental en El Naturalismo”. Península, Barcelona, 1976

Capítulo 4

La Fundación Eva Perón. Política Social, subjetividad y poder

Necesidades y derechos: la Acción Social en la Argentina 1945/1953

Las primeras intervenciones claras del Estado dentro del campo de las Políticas Sociales comienzan en nuestro país a partir de 1943. Los intentos anteriores en ese campo se muestran como esporádicos, mal organizados y con un bajo nivel de impacto real en las necesidades de la población.

La Política Social empezará a dar un nuevo sentido a las instituciones de salud, acción social y educación, incorporando nuevas modalidades de intervención y generando una nueva simbolización de éstas que aún hoy permanecen en el imaginario colectivo.

Desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, durante la gestión del entonces Coronel Juan D. Perón, el Estado asume por primera vez un papel de mediador entre el capital y el trabajo, ordenando y legislando esa relación y por otro lado gestando lo que más tarde será denominado como Derechos del Trabajador. El Estatuto del Peón es uno de los antecedentes más destacados.

La puesta en marcha de una clara demarcación de la jornada de trabajo en los convenios que se van elaborando, la extensión del sueldo anual complementario, la jubilación, muestran algunos ejemplos de los cambios en la política de de Previsión Social en aquellos años. Años más tarde, los Derechos del Trabajador se incluirán dentro de los Derechos Sociales y tendrán forma constitucional (1949).

Esas primeras medidas novedosas para la época constituyen a su vez un anuncio de las 309 leyes laborales y 109 de seguridad social dictadas entre 1945 y 1955. Por otra parte, debido a una marcada política proteccionista en la economía, sumada a favorables factores externos, entre 1943 y 1947 en la Argentina se llegó a la ocupación plena, pasándose de 846.111 obreros ocupados en 1943 a 1.553.309 en 1947. El mismo crecimiento se da en la sindicalización de los trabajadores, que pasan de 80.000 a la agremiación casi total en 1947. A su vez, el salario obrero se incrementó entre 1943 y 1947 un 99.8%. (Chávez, Fermín y otros, 1994)

a partir de 1946 podemos hallar la aparición, en forma más sistemática, de Políticas Sociales a través de programas y planes de gobierno, en especial desde las acciones de la Fundación Eva Perón, el Primer Plan Quinquenal y la gestión del Ministerio de Salud de la Nación.

El particular impacto de las Políticas Sociales en nuestro país puede relacionarse con la forma en que éstas atravesaron a todo el entramado social, no solamente en términos de eficiencia sino en la generación de nuevos sentidos, tanto en las propias instituciones como en aquellos que eran cubiertos por éstas.

La aparición de nuevas formas de promoción social junto a nuevas modalidades organizativas, o el resurgimiento de otras (sindicatos, cooperativas etc.) transformará la trama social argentina. Por otra parte, la producción de cambios significativos en la estructura social, que van desde la vida cotidiana hasta los indicadores de lo macro, harán que el Peronismo irrumpa en la vida política argentina como una práctica novedosa que ponía gran

énfasis en sus ejes doctrinarios: la Justicia Social, la Soberanía política y la Independencia Económica.

La erradicación del paludismo, la disminución de la incidencia de las enfermedades infecciosas, el decrecimiento de la mortalidad por TBC, el descenso del analfabetismo, la construcción de 217.000 viviendas en cinco años, la inauguración de 21 policlínicos, la creación e impulso a las cooperativas agrarias, la extensión de las obras sanitarias (pasan de cubrir a 5,7 millones de personas a 7,6 millones en 1951), el incremento del número de beneficiarios en el Instituto Nacional de Previsión Social, etc. (Chávez, Fermín y otros, 1994) son algunas de las cifras que caracterizan a esa época, como corolario de una aplicación sistemática de fuertes acciones de Política Social, pero también acompañadas por importantes transformaciones sociales.

Las formas de intervención estatal a través de la política social de ese período se caracterizaban por un marcado centralismo, lo que implicaba una mayor presencia del Estado en cuanto a diseño y ejecución de políticas sociales, generando además un nivel de operatividad pocas veces alcanzado en todo el país. De esta manera la Salud, la Acción Social y la Educación se nacionalizaron dependiendo del presupuesto de la Nación y no de las variantes de las economías provinciales y municipales.

A partir de 1946, el Dr. Ramón Carrillo -a cargo del recientemente creado Ministerio de Salud- llevará adelante políticas sanitarias que en principio buscaban extender la cobertura de salud a prácticamente todo el país.

La elaboración y aplicación de éstas fueron definidas por Carrillo como subsidiarias de la Política Social:

"Los problemas de la medicina como rama del Estado no podrán ser nunca resueltos si la política sanitaria no está respaldada por una política social. Del mismo modo que no puede existir una política sin una economía organizada en beneficio de la mayoría, tampoco puede existir una medicina destinada a la protección de la colectividad sin una política social bien sistematizada para evitar el hambre, el pauperismo y la desocupación. De qué le sirve a la medicina resolver los problemas de un individuo enfermo, si simultáneamente se producen centenares de casos similares por falta de alimentos, por viviendas antihigiénicas, que a veces son cuevas, por salarios insuficientes que no permiten subvenir debidamente las necesidades". (Carrillo, Ramón. 1974)

La asistencia legitimada

Las acciones de Política Social relacionadas con el gobierno Justicialista en el período 1945-1955 pueden analizarse desde dos perspectivas. Por un lado, nos encontramos con los planes quinquenales. Éstos abarcan todas las cuestiones del Estado, incluyendo la Política Social, la Política Sanitaria, la Política de Educación, etc. Por otra parte, la Acción Social también se expresa en la Fundación Eva Perón. En esta última nos encontramos con una forma de hacer que, en una primera etapa no planificada, fue definida por la propia Eva Perón como "...llegar a los lugares donde la Justicia Social aún no ha llegado" (Perón, Eva. 1952)

Desde esta perspectiva, la Fundación se enunciaba como un estamento de la Acción Social que tenía una tarea por cumplir, pero que terminaba, estaba delimitada, cuando la Justicia Social abarcara a toda la población.

"Pero me causa gracia la discusión, cuando no se ponen de acuerdo ni siquiera en el trabajo que yo hago. No. No es filantropía ni es caridad, ni es limosna, ni es solidaridad social, ni es beneficencia. Ni siquiera es ayuda social, aunque por darle un nombre aproximado yo le he puesto éste"... (Perón, Eva. 1952)

Es importante tener en cuenta además que la Fundación ocupó el lugar que había tenido hasta entonces la Sociedad de Beneficencia, surgiendo con una clara postura crítica hacia ésta, apoyada en cambiar la concepción de caridad o filantropía por la de dignidad, derechos sociales y ayuda social específica. Posiblemente el fuerte impacto de esta forma de Política Social que articulaba los planes quinquenales con la espontaneidad y la "urgencia" de la Fundación centrado en una nueva concepción de sujeto de las políticas sociales, proponía ahora la consideración sobre un sujeto de derecho social. Lo que ese sujeto recibe ya no es obra de la caridad o la filantropía sino que es simplemente una cobertura que el Estado está obligado a otorgar por definición y por derecho constitucional.

Ese nuevo sujeto ahora comienza a ser leído desde otra perspectiva. Por lo menos desde el enunciado de las políticas y las instituciones ya no es alguien moralmente enfermo o débil, sino que la acción social lo coloca en otro lugar, digamos de acreedor de una deuda que la sociedad tiene para con él:

"Porque yo pretendo al menos que ningún hijo de oligarca, aún cuando vaya al mejor colegio y pague lo que pague, sea mejor atendido ni con más cariño que los hijos de nuestros obreros en los hogares de la Fundación. Por eso también ningún oligarca. por más dinero que tenga podrá ser mejor atendido en ningún sanatorio del país, ni tendrá más comodidad y más cariño que los enfermos en los policlínicos de la Fundación. La razón de mi actitud es bien sencilla: ¡Hay que reparar un siglo de injusticias!" (Perón, Eva. 1952)

Tengamos en cuenta que estamos analizando este proceso en un contexto signado por la segunda parte de la década de los cuarenta y que las definiciones de derecho social comenzaban a ser enunciadas a nivel mundial. Terminada la II Guerra, las Naciones Unidas recientemente conformadas, van a declarar una serie de derechos sociales, tal vez como forma de paliar los estragos el conflicto o ante la preocupación de las guerras de Independencia y Liberación que comenzaban a multiplicarse en África y Asia.

De todas maneras, esto significó una lectura diferente en cuanto al origen de los problemas sociales, ahora relacionados mucho más específicamente con el medio, el contexto y -en el caso argentino- con la desigualdad. Si pensamos en un marco conceptual, una aproximación teórica para este modelo de la acción social y su aplicación en nuestro país, la referencia inmediata se dirige a la idea de Justicia Social, ratificando ahora globalmente la cuestión de los derechos sociales y generando desde allí Políticas Sociales de cobertura universal pero con un sentido de dignidad, si se quiere reparador.

"Además, tiene mucho de profundo sentido de reparación de injusticias. Por eso yo no tengo ningún escrúpulo en hacer obras que construye la Fundación, incluso con lujo, tal vez podría cumplir igualmente su misión con menos arte y menos mármol, pero yo pienso que para reparar el alma de los niños, de los ancianos y de los humildes, el siglo de

humillaciones vividas, sometidos por un sistema sórdido y frío, es necesario traer algo de mármoles y de lujo. Es decir, pasarse si se quiere un poquito al otro extremo en beneficio del pueblo y de los humildes..." (Perón, Eva. 1952)

Este "pasarse al otro extremo" será una de las críticas que la Fundación recibirá en casi toda su existencia. La llamada Revolución Libertadora, en su informe del 5 de diciembre de 1955, atacó ampliamente a la Ciudad (se refiere a la Ciudad de los Niños Amanda Allen):

"...la atención de los menores era múltiple y casi suntuosa. Puede decirse incluso que era excesiva y nada ajustada a las normas de la sobriedad republicana que convenía, precisamente para la formación austera de los niños. Aves y pescados se incluían en los variados menús diarios. Y en cuanto a vestuario, los equipos mudables renovados cada seis meses se destruían". (Ferioli, Néstor. 1990).

Desde los organismos internacionales o desde las experiencias de otros países, si bien comenzaba a declamarse por los derechos sociales y por la búsqueda de acción social que paliara las desigualdades, estas cuestiones no pasaban -en muchos casos- más que por el enunciado.

Eva Perón viajó a Europa en 1947, en principio con el objetivo de tomar contacto con organismos de Asistencia Social en el momento en que la Fundación aún no se había creado. Recorrió España, Francia, Italia y Portugal, tal vez con la idea de aprender de la experiencia en Acción Social del viejo continente, pero volvió decepcionada:

"...las obras sociales de Europa son, en su mayoría frías y pobres. Muchas obras han sido construidas con criterios de ricos...y el rico cuando piensa para el pobre, piensa en pobre..." (Perón, Eva. 1952)

Si analizamos las diferentes disciplinas que se desenvolvían dentro de estas nuevas instituciones creadas por el Estado, en ellas aún perdura una modalidad anterior, más relacionada con los parámetros de la década de los treinta y cierta conformación liberal-positivista. La práctica de los asistentes sociales, visitadoras de higiene, médicos, educadores, etc., ahora se verifica dentro de un nuevo marco y con nuevos condicionamientos explicativos de los problemas y con su forma de resolución, vinculándose fuertemente con la Política Social y con la idea de dignidad que les daba un nuevo sentido. La vinculación de las disciplinas con los derechos sociales marca así una nueva lógica y direccionalidad. Es conveniente tener en cuenta que la aparición de las Políticas Sociales determina nuevos sentidos y en este caso nuevas direcciones que atarán a las prácticas del campo de lo social a éstas y en especial al Trabajo Social.

Con respecto a este punto, la Fundación contaba con las llamadas "Células Mínimas", cuya función era detectar necesidades o, en el lenguaje de la época, situaciones de injusticia social.

"Para establecer un orden de prioridades, Eva Perón comenzó por encomendar a varias decenas de mujeres a relevar las provincia, municipios y regiones. La organización del trabajo tuvo su primer escalón en las "Células Mínimas" que tenían la función de detectar necesidades. Recorrieron los lugares más alejados del país, elaborando fichas asistenciales y estadísticas, generalmente en compañía de médicos que elaboraban breves diagnósticos sobre el estado sanitario de la población infantil. Luego del informe socioeconómico del lugar, la Fundación planificaba la construcción y finalmente, Eva Perón determinaba la construcción del Hogar." (Ferioli, Néstor. 1990)..

Este hecho tal vez sea uno de los primeros antecedentes de elaboración comunitaria o regional de diagnósticos sociales, mostrando por otra parte el antecedente de una primera separación de lo que serán en el futuro las prácticas del Trabajo Social con respecto a la concepción para-médica o para-jurídica en las que había sido fundado. La preocupación por lo social conformará este desprendimiento, apareciendo quizás como precursor de las primeras prácticas relacionadas con la ejecución de Políticas Sociales.

Por otra parte, podemos encontrar datos más concretos con respecto al Trabajo Social en la conformación administrativa de los Hogares. Éstos contaban con un Director, un Jefe del Servicio Médico, un Jefe del Servicio Social, una Secretaria Técnico Administrativa y un Encargado de Conservación. El Servicio Social trabajaba en relación al personal docente y al personal médico, dividiéndose la tarea en dos etapas, preingreso y asistencia, la que abarcaba *"la atención del niño en lo moral, social, económico y físico"*. En esa segunda etapa, una de las funciones del Servicio Social -en el caso de los niños huérfanos- era la de ubicar un tutor para el niño:

"Evita no quería que el niño se 'aislara del mundo'; por lo tanto todos los niños internos debían tener un núcleo familiar, con el cual compartir los fines de semana y las etapas de receso escolar" (Ferioli, Néstor. 1990).

Era función del Asistente Social mantener el vínculo de los niños internados -cuando lo tenían- con su grupo familiar de origen, ubicar empleos para los familiares, obtener subsidios, agilizar la cobertura médica, etc., con la idea de sustentar a esa familia. Resulta interesante pensar que al igual que los enunciados referidos a la política social, el paso de los menores por los Hogares de la Fundación era visto como una transición o etapa, de ahí la permanente vinculación con el contexto de las instituciones de minoridad o con las normas internas de funcionamiento, por ejemplo en la arquitectura. De este modo se planteaba que los edificios de los Hogares no debían estar aislados, tenían que tener un muro de no más de un metro de alto para que la institución pudiese ser observada desde afuera y viceversa. Se prohibía que los niños internados concurrieran a la escuela dentro del establecimiento, buscándose que lo hicieran en escuelas cercanas al Hogar. No existían los uniformes, las ropas debían ser variadas y de buena calidad. No se permitía que los comedores de los hogares tuvieran largas mesas tipo internado sino que éstas eran pequeñas y con capacidad para cuatro niños. A su vez, los hogares escuela funcionaban con niños internos y externos:

"Desde la admisión se les otorgaba a todos la vestimenta de calle, la escolar o deportiva, los útiles escolares, las comidas diarias, medicamentos, etc."... (Ferioli, Néstor. 1990)..

Otro elemento interesante para el análisis de tipo institucional es el de la inserción de los menores en ceremonias y celebraciones de tipo cultural o religioso;

"La vestimenta de los niños era confeccionada por las modistas y costureras que empleaba cada hogar... Incluso cuando los niños católicos estaban en edad de realizar la Primera Comuni3n, las autoridades del Hogar Escuela les hacían confeccionar los trajes rituales y se encargaban de que la ceremonia se hiciera en la Catedral o en la Iglesia más importante del lugar"... (Ferioli, Néstor. 1990).

Podemos encontrar ejemplos de este tipo en otras instituciones creadas por la fundación. En el Hogar de la Empleada encontramos ideas similares:

"Desarraigado por completo todo espíritu de uniformidad que diera la apariencia de una filantropía de asilo, se ha cuidado de otorgar a cada detalle la amplitud necesaria de características de estilos, de formas de colores, de movimiento, para que todo individuo encuentre la réplica de sus gustos y aspiraciones. La variedad de cortinados, de decoración en los ambientes, de alfombrados, de cuadros, dan un ritmo vital e intenso, como respondiendo a las manifestaciones vitales de las quinientas obreras y empleadas que han encontrado aquí un hogar..." (S.I.P.A. 1950).

También se plantea la acción del Servicio Social;

"...la presencia periódica de visitadoras sociales que escuchan los problemas de las empleadas u obreras alojadas en él, y buscan las soluciones adecuadas a los mismos... Se trata no sólo de encontrar soluciones esporádicas de carácter material para quienes se enfrentan con una dura realidad en la vida diaria, sino que se intenta llevar a buen término la integración de todas las mujeres que asisten a este Instituto con todos los órdenes de la vida..." (S.I.P.A. 1950).

Algo similar es posible encontrar en los Hogares de Tránsito;

"No hay métodos estrictos ni normas inquebrantables que pesen sobre aquellos a quienes son impuestas ni obliguen a doblegarse a nadie. No hay nada que menoscabe la dignidad. Para responder a este propósito era necesario huir de normas establecidas y apartarse de la humillante uniformación de principios, de estilo, hasta de ropas"..." (S.I.P.A. 1950).

En ese caso también puede observarse la presencia de visitadoras sociales:

"Ninguna de ellas abandona la casa hasta que no se ha encontrado una solución que inspire confianza. A veces es la necesidad de tener un sitio en que vivir, otras la falta de trabajo adecuado y muchas veces un cambio de ambiente... Un grupo de visitadoras de la Fundación tiene a su cargo la tarea de buscar estas soluciones en el terreno práctico y concreto de los hechos"..." (S.I.P.A. 1950).

En los Hogares de Ancianos ocurría algo similar. La Fundación definía a los antiguos asilos de ancianos dependientes de la Sociedad de Beneficencia como una cabal prueba de *"la falta de moral capitalista"*, porque no proporcionaba a los ancianos nada que los hiciera sentir parte de la sociedad. Para la Beneficencia -según la Fundación- un anciano era alguien que ya había dado todo lo que podía dar. La fundación se disponía a *"otorgarles un hábitat digno"*, y también a *"emplear prácticas de terapia ocupacional a fin de que el anciano se sintiera productivo de acuerdo a su capacidad"* (S.I.P.A. 1950).

Los ancianos que se ubicaban en el Hogar podían trabajar, pero el trabajo era optativo y remunerado. Los asistentes sociales también participaban en ese proceso a través de charlas y entrevistas de orientación. Situaciones similares pueden estudiarse en las instituciones educativas o sanitarias de aquellos años.

Acción social – dignidad - poder

Desde una perspectiva eficientista, hoy se podría decir que los gastos eran excesivos e innecesarios. Diseñar un Policlínico como el Eva Perón, incorporarle una sala de

cinematógrafo para los pacientes internados, disponer dinero para la decoración de las salas de internación, incrementar el personal. Etc.. O sin ir más lejos, los ejemplos de aquellas instituciones que ya mencionamos, nos marcan de alguna manera la relación Política Social-Subjetividad. Porque es en estos detalles, más ligados a la cotidianidad, desde donde se construyó una Acción Social que impactó en forma relevante en la subjetividad.

Las Políticas Sociales del Gobierno Peronista no sólo coadyuvaron para lograr indicadores sanitarios o sociales importantes sino que transformaron la vida cotidiana. Es decir, estructuraron un modelo de país atravesado por la idea de Justicia Social. Ésta nos plantea tal vez una nueva forma de relación con el Estado, en la que una necesidad se transforma en un derecho social no cumplido. Hasta ese momento, las necesidades estaban fuera del lugar de lo legal, del "derecho". Y eran cubiertas por la filantropía, la caridad y el asistencialismo. En el caso de la Asistencia Legitimada, tanto las necesidades como los derechos se mantuvieron fuertemente en ese espacio definido como legal y ratificado desde la Constitución cuando ya estaban en marcha y no en forma declamativa. Las prácticas, de esta forma, funcionaban como articulantes entre los derechos sociales y la política social. Ahora bien, si nos ubicamos en el plano de lo formal, la capacitación de los asistentes sociales, como así también de otras prácticas, se encontraba alejada de esa perspectiva, con influencia (en el caso de la asistencia social) de las escuelas belgas, francesas y el Social Work de los EE.UU. originado en la década de los 40.

Desde esta perspectiva, la formación de los asistentes sociales pasaba por la detección de problemas y el armado de estrategias de socialización o resocialización desde una mirada más micros social y vinculada a la idea de sociopatía. Si analizamos este proceso, veremos que desde las ideas -si se quiere "académicas" de la época- se planteaba a la pobreza como asociada a la "desviación social". Pero, ¿eran las prácticas los únicos articulantes?

Tal vez podríamos responder en forma afirmativa si analizamos esto desde un plano únicamente técnico. Desde una lectura centrada en las nuevas relaciones de la cotidianidad, las nuevas formas organizativas, la movilización y el nuevo impacto simbólico del Estado (asociado a la soberanía nacional y a la independencia económica como camino hacia el bienestar), generaron un nuevo lenguaje institucional, que impactaría en el imaginario social.

Por este camino posiblemente podamos hallar la ratificación de la relación Política Social-Subjetividad. Por otro lado, el fuerte impacto de este tipo de Política Social se asoció a correr a la Acción Social del lugar de la asociación pobreza-desviación. De esta forma, la pobreza no se penalizaba, al universalizarse las acciones. Mientras que se valorizaba la cotidianidad cultural de los desposeídos, no se ponía el acento en cambiar el ethos popular, solamente se hacía hincapié en la cuestión de la dignidad. Pero tampoco se trataba del modelo jurídico de la soberanía al estilo de los enunciados contractualistas, si bien los sujetos eran entendidos desde una perspectiva de derechos -en este caso de derecho social- no era la ley la manifestación fundamental del poder. La manifestación del poder se expresaba en términos de cotidianidad. Siguiendo a Foucault en "Genealogía del Racismo", podríamos plantearnos que estas nuevas relaciones dentro del Estado Social Argentino determinaban los elementos por donde los extremos del contrato se debían mover, dándole nuevos sentidos, generando nuevos entrecruzamientos, planteándose estas múltiples conformaciones en las que prevalecía una revalorización del ethos popular en términos de la relación construida entre la dignidad y la acción social.

Es en este punto intermedio en el que el sujeto se resignifica y se funde en lo colectivo. Donde quizás podamos hallar una idea de Comunidad, donde los nuevos juegos y significaciones van avanzando y dejando de lado los conceptos de Sociedad, Contrato e Individuo. La Comunidad reemplaza a la Sociedad en la Acción Social, es este punto transitorio de inflexión y lucha donde pueden aparecer los conflictos que más tarde se llamarán de oposición entre el "país formal" y el "país real" o, en la historia, la puja entre civilización y barbarie. Ese sujeto no aparece creado a través del contrato o el derecho natural. Sus nuevos derechos sociales son producto de una irrupción inesperada y conflictiva en la historia, pero continuará en medio del conflicto reafirmandose o desvaneciéndose en la medida en que las condiciones de la lucha le sean favorables o adversas. Su condición será asimétrica, por fuera de verdades universales o del derecho general. (Foucault, Michel. 1992)

Desde las relaciones de poder podemos analizar esta irrupción de nuevos sujetos en la historia. Considerando que los derechos enunciados en la Constitución de 1949 son producto de una puja permanente y no de la finalización de la construcción de un Estado de derecho social. Ese sujeto se moviliza, litiga, apoya, y básicamente se posiciona en forma diferente dentro de la sociedad, de ahí que esos derechos no sean estáticos, fijos o firmes. Es la Comunidad la que aparece como reaseguro posible de un desarrollo favorable en la lucha. Pero esa idea de Comunidad, enunciada por el peronismo, no es algo fundado dentro de la ley sino que, como la Justicia Social, es algo a conseguir a través de la lucha, de la puja entre intereses opuestos o a veces aliados.

De ahí la figura de la asimetría, de la posibilidad de analizar las relaciones de poder en términos de relaciones de fuerza y no desde el esquema jurídico de la soberanía. La política laboral iniciada desde la Secretaría de Trabajo y Previsión Social en 1943 impactó desde lo formal, pero a su vez lo hizo la generación de nuevas formas de litigar, organizarse y obtener fuerzas desde el sector del trabajo. Allí las nuevas relaciones de poder que se construyen.

La referencia a la dignidad y los derechos sociales que plantea la práctica de la Fundación Eva Perón hablaría enunciativamente de "derecho natural", pero en definitiva es un llamado al litigio, justamente dentro de las relaciones de poder. Esa lucha se presenta nuevamente como un camino hacia la idea de "comunidad organizada". Pero tengamos en cuenta que se trata de un nuevo enunciado, una situación de Justicia Social a conseguir, una nueva sociedad, una nueva conformación social. Si intentamos pensar el poder en términos de relaciones de fuerza, podríamos visualizar la conformación de estos nuevos sentidos. Es desde ese juego que se va construyendo una nueva subjetividad que delimita los diferentes espacios de la lucha, territorializando a los oponentes, construyendo nuevas representaciones.

Si dejamos de lado la posibilidad de analizar y estudiar al poder desde su localización central, podemos ver cómo en este período que estamos analizando aparecen en la sociedad argentina nuevas manifestaciones del poder y que éstas se relacionan con la vida cotidiana, la movilización y el Estado Social. Esto no quiere decir que nuevos actores poseen poder, sino que éste es ejercido por ellos dentro de relaciones que cambian de sentido y que éstas tienen conformaciones desiguales que torcerán la realidad hacia uno u otro lado. (Terán, Oscar. 1985).

Es quizás en la oposición entre necesidades y derechos donde se recrean los espacios de la lucha y de nuevas relaciones de poder, siendo esa relación la que determina los elementos entre los cuales se mueve. Y es justamente esa relación la que conforma nuevos sujetos que posteriormente pueden ser enunciados en términos de derecho. (Foucault, Michel. 1992).

En definitiva, estos procesos son los que fueron construyendo una nueva subjetividad, relacionada con el Estado Social pero fundamentalmente con esas luchas en cada institución, en cada conflicto, en cada movilización, pero direccionada hacia la idea de Justicia Social.

Conclusiones

Hemos tratado de sistematizar las formas de la acción social y, en parte, la vinculación de éstas con el Trabajo Social en un período de nuestra historia. Las fuertes impresiones de este modelo de acción social en los sectores populares nos llevaron a la necesidad de reflexionar sobre éstas, intentando algunas explicaciones, generando nuevas preguntas.

Podríamos plantearnos si la adhesión de importantes sectores de la población al peronismo se debe sólo a la existencia de un Estado asistencialista que otorgaba derechos y daba beneficios o a una nueva conformación de la Argentina que implicó nuevas relaciones de poder.

Entendemos que estas expresiones del Estado Social Argentino, contextualizadas en un período de importante participación política, sirvieron para generar nuevos espacios de poder para inaugurarlos, para abrir nuevas expresiones de litigio, de confrontación.

A su vez, el Estado quedó ligado a la nación, dentro de un proyecto concreto que le hizo retomar sentido o refundarlo, ahora desde una nueva construcción en la que las instituciones e cargaron de proyectos, comenzaron a hablar un nuevo lenguaje que las articulaba en forma diferente con toda la sociedad.

Nuevas significaciones, nuevos espacios de poder, nuevas formas de lucha, conllevan a una nueva subjetividad.

No nos interesó en este trabajo enumerar acciones, logros o realizaciones. Ellas están aún impresas en la memoria colectiva. Nuestro interés fue tratar de analizar este período en relación a su significación en la trama social, como generador de sentidos que hoy se mantienen presentes.

Por otro lado, el Trabajo Social se debe una investigación sistemática de este período tan discutido de nuestra historia. Tal vez este trabajo sirva como aporte a nuevas discusiones y reflexiones.

Bibliografía

Chávez, Fermin/otros. Historia Argentina. Ed. Oriente. Bs. As. 1994.

Chávez, Fermín. Perón y el Peronismo. Ed. Oriente. Bs. As. 1988.

Chavez, Fermín. Eva Perón. Ed. Oriente. Bs. As. 1987.

Focault, Michel. Genealogia del Racismo. Ed. Altamira Nordan. Buenos Aires, 1992.

Terán, Oscar. El Discurso del Poder. Ed. Folios. Bs. As. 1985.

Pichel, Vera. Mi país y sus mujeres. Ediciones La Campana. Bs. As. 1983.

Ferrara, Floreal. Teoría Social y Salud. Ed. Catálogos. Bs. As. 1987.

Feroli, Néstor. La Fundación Eva Perón. CEAL. Bs. As. 1990.

S.I.P.A. Los hogares de tránsito. Bs. As. 1950.

Pres. de La Nación. El segundo Plan Quinquenal. Bs. As. 1953.

Carrillo, Ramón; Teoría del Hospital. EUDEBA. Bs. As. 1974.

Capítulo 5

La Intervención y el dilema entre la coerción y la libertad

Las tensiones de la Intervención en lo social

La intervención en lo social nace en la Modernidad. Su condición le imprime una contradicción que la tensiona hasta nuestros días. La promesa de la emancipación moderna que se encuentra ligada a la sujeción y a la coerción marca sus orígenes y ha generado hasta la actualidad una serie de discusiones y rupturas, a veces explícitas y en otras oportunidades no dichas.

En los inicios de las Ciencias Sociales durante el siglo XIX, se organiza de manera diferente a la intervención en lo social, orientándose hacia el problema de la solidaridad y la aparición de nuevas formas de la cuestión social. En ese momento, lo social como intervención se ubica en el medio de la contradicción entre la mano invisible del mercado -donde el liberalismo se presenta como el gran ordenador de la sociedad- y los postulados anarquistas y comunistas vinculados con el Estado y la propuesta de desaparición de éste.

En otras palabras, ubica su lugar en un campo concreto de la práctica (lo social), de la misma manera que otras formas de conocimiento se habían emplazado en el cuerpo y la mente, como la clínica médica y la psiquiatría. Lo social, a partir de ese momento fundacional del Trabajo Social y las Ciencias Sociales, nace también en el inicio de una profunda necesidad de reflexión acerca del lazo social y el contrato, a veces contradictorios y otras complementarios, estableciéndose como formas constitutivas de la sociedad. Así, lo social toma la forma en ese contexto como producto de la contradicción entre fragmentación e integración de sociedades que desde el siglo XVII se hacían cada vez más complejas.

Ese escenario de construcción moderno y reciente de la intervención está signado por una marcada tensión entre derechos civiles y garantías políticas en un momento en el que el contrato social se quiebra en la emergencia y visibilidad innegable de las desigualdades, cuando la noción de solidaridad nace en el medio de una alta conflictividad social, cultural y política. En ese campo de contradicciones, la intervención en lo social se proponía salir de los estrechos marcos de la filantropía como última herencia de la Ilustración, para ingresar en los territorios de la igualdad y los derechos que serán llamados sociales en poco tiempo.

De este modo y desde diferentes visiones, la intervención en lo social puede ser entendida como una práctica orientada a la reparación y reproducción de la fuerza de trabajo o como la preparación de un espacio en los márgenes de la sociedad en la que el señalamiento de la anormalidad determina con claridad el terreno de lo aceptado y lo patológico.

Pero pocas décadas después, a partir de Jane Adams, surgen otros horizontes que tratan de superar -desde el estudio de casos- la preocupación por la anomia o el orden social y ponen su acento en la reparación del padecimiento y el conocimiento en profundidad, tratando de comprender lo social desde la singularidad.

Estas tradiciones de pensamiento serán retomadas en diferentes momentos históricos con la idea de entender la sociedad e intervenir sobre ella. Así, desde lugares disímiles, dialogando con la Escuela Crítica, los trabajos de E. Goffman, Foucault, a veces en diferentes encuentros con el psicoanálisis, intentan nuevamente superar las tensiones fundacionales entre

emancipación y coerción, tratando de salir de la contradicción entre interpretación y transformación, utilizando el estudio de casos tratando de establecer tipologías, biografías, trabajando con narraciones, que en algunos casos derivaron en la observación participante y la investigación – acción.

De esta manera, la llegada de la Crisis del 30 muestra el inicio de una orientación hacia los derechos y más tarde una preocupación concreta desde la noción de ciudadanía. En Argentina, estas cuestiones se expresan con claridad a partir de 1945 a través de una resignificación de las instituciones desde la contradicción necesidades y derechos dentro del Estado Social, para desembocar en intervenciones activas en la búsqueda y consolidación de la utopía igualitaria que marcaba las promesas de su origen.

La derrota de los totalitarismos que comienza luego de la II Guerra Mundial y la economía motorizada por el modelo Keynesiano, apoyaron la multiplicación de mecanismos de igualdad social y civil, tratando de superar el totalitarismo y el liberalismo como una tercera opción.

Intervención, Poder, Legitimidad

En esos diferentes escenarios, la legitimidad de la intervención se presentaba como terreno de conflicto. La discusión acerca de la legitimidad es tal vez uno de los aspectos más sobresalientes de la conflictividad política desde el siglo XVIII hasta nuestros días. Estas cuestiones también impregnaron a la intervención a partir de la importancia de limitar su poder. O de entender a ese poder que mana desde una práctica, como la esencia de una promesa de redención.

En ese juego contradictorio, la intervención en lo social -al igual que la intervención de otros campos como la medicina, la psiquiatría o la pedagogía- implica una idea de límite que, en los inicios de la Ilustración, se planteaba la necesidad de separar los territorios de la pasión, la razón y las ambiciones humanas. Esa idea de poner límites como garantía de un individuo libre fue marcando el diseño de las instituciones desde donde se interviene en lo social y se condice con la lógica institucional de la división de poderes en el terreno de la política, la estratificación como una forma de limitar al poder.

El pensamiento de la Física Moderna aportó la noción de la dinámica de los fluidos como metáfora política y también como elemento preparatorio del ingreso de las ciencias naturales para explicar lo político y lo social. Desde el conocimiento se justifican las restricciones a determinadas formas de poder que se transformaron en dispositivos institucionales que explicarían, como otra vía de entrada, la necesidad de las especializaciones ligadas al principio de separación entre cuerpo, mente y contexto. Pero esas limitaciones tuvieron una dirección delimitada y estrechamente ligada a quienes detentaban el poder político en ese contexto. Así, las especializaciones como diques de contención tienen una dirección definida, una metáfora política clara, de la mano de la moralización, de una racionalidad política que transformaba el poder pastoral en razón de Estado, haciendo que la individualización y la totalización fueran dos de sus efectos inevitables **-I-**.

Esa forma de construcción de legitimidad del hacer, centrada en el recorte de las voluntades arbitrarias sobre quienes se interviene, se presentaba como una forma de aprender la vida en sociedad. La intervención se liga al poder cuando se alía con la estrategia de las limitaciones, dando una dirección definida desde la promesa emancipadora de ingreso a la

modernidad. En esos primeros escenarios que marcan la prehistoria de la intervención en lo social en el siglo XVIII, la intervención nace ligada a la virtud de quien la ejerce. Esa virtud tenía diferentes forma de expresar su legitimidad, era su esencia, especialmente desde el poder que delimitaba su lugar pero se expresaba en una necesaria estructura legal e institucional.

De este modo, y a partir de sus orígenes, la intervención desde diferentes lugares de poder intentaba oponer el fanatismo (pasión) a la virtud (razón). Moro, Voltaire, Spinoza, Locke, Montesquieu, de diferentes maneras plantearon la necesidad de enseñar la tolerancia. Se podría agregar que a cualquier precio, ya que la promesa futura es la emancipación, y desde allí todo vale.

Los pueblos originarios y mestizos de nuestra América vivieron en carne propia esa contradicción Ilustrada. Se trataba de ser libres abandonando las tradiciones, la cultura, las enseñanzas de los mayores, la lengua, perdiendo territorios, pasando por diferentes formas de sumisión y desigualdad.

La libertad se encarnaba en la razón y, como elemento opuesto, la pasión fue asociada con nuestra cultura. Se trataba de “emancipar” a cualquier precio. La intervención Ilustrada reenlazaba poder y legitimidad.

Intervención, razón, virtud y redención

En ese contexto socio histórico surge el concepto de virtud asociado a la figura del gobernante, del maestro, del médico; en definitiva, de quien tiene atributos de intervenir de diferentes maneras en la sociedad. La combinación entre virtud y poder generó entre, otras cosas, más mecanismos de coerción, como el cambio en las prácticas manicomiales, el surgimiento de la cárcel, la salud pública como dispositivo de disciplinamiento. La virtud como atributo político que la intervención se concedía a sí misma permitió justificar -ahora desde una perspectiva más ligada a la aplicación de tecnologías- el poder cuyo fin era la emancipación, la cura o la salida de la alienación mental.

Entre los siglos XVIII y XX se presentan diferentes formas de legitimar la coerción. Nuevamente el conflicto que se exterioriza es el de su propia legitimidad, desde una noción de poder limitado, poder como redentor de la naturaleza, poder como producto de la evolución, poder como un elemento racional o desde un poder que pone límites. La relación poder intervención va tomando una forma más definida, siempre dentro de la misma conflictiva.

Nuevamente la contradicción coerción - emancipación se hace presente y cobra forma institucional a partir de la necesidad fundacional de aplicación del poder en la intervención. También el concepto de “cambiar al hombre”, entendiéndolo como sujeto universal cargado de sentido, atraviesa diferentes etapas de la historia de Occidente y se inscribe en este juego de contradicciones.

Crear a ese sujeto desde el poder, construir a ese sujeto desde la intervención, aún hoy es presentado como posibilidad de cambio social.

Esta idea de redención suele reaparecer cuando se vincula linealmente a la intervención en lo social con la construcción de autonomía, entendiendo a la falta de esta condición como una carencia impuesta, propia o ligada a pautas culturales que ratifican esa condición o falta.

De este modo, las dificultades de la construcción de la autonomía en un contexto de desprotección social, en el que los sujetos excluidos deben tornarse autónomos por mandato de programas sociales o estrategias de intervención, configuran nuevas formas de coerción ligadas a las políticas sociales focalizadas. Esta paradoja de autonomías impuestas entra en contradicción con las características contextuales de nuestras sociedades actuales, donde la pérdida de derechos sociales conlleva a una reducción de la autonomía y una pérdida de ciudadanía. Así, la construcción de sujetos autónomos desde el poder de las Políticas Sociales o desde la perspectiva redentora de la intervención se hace compleja en un escenario atravesado por diferentes paradojas.

Intervención en lo social y ciudadanía

Las relaciones que se construyeron entre poder e intervención en las últimas décadas se dieron en sociedades fragmentadas, en territorios arrasados por la economía de mercado, en instituciones que no encuentran su sentido y que perdieron su solidaridad entre sí. Esa trama se erigió en nuevos escenarios donde lo que sobresale son nuevas formas de expresión del padecimiento, desde la pérdida de espacios de socialización hasta el malestar producto de no sentirse parte de un todo social.

Se interviene en lugares en los que se fueron mutilando sistemáticamente infinidad de capacidades y habilidades, sencillamente por efecto de la desigualdad social, la injusticia y el hambre. En nuevos escenarios de intervención en una sociedad atravesada por relaciones violentas, por el enfriamiento de los lazos sociales, la desconexión con los otros, con la historia, con la memoria colectiva, en otras palabras, desde la necesidad de una reparación del daño generado por décadas de injusticia y desigualdad.

Teniendo en cuenta que el Trabajo Social como disciplina clave en los procesos de intervención en lo social se ha constituido en un dominio de saber que por su dirección histórica ha estado comprometido con la defensa de los ideales democráticos, de libertad, de justicia social y por la defensa de los Derechos Humanos, se reafirman y construyen desde allí nuevos compromisos.

Surgen de este modo una serie de interrogantes hacia la práctica cotidiana, desde: ¿cuál es su aporte a la soberanía popular?, ¿cómo se articula con lo económico, donde la producción se oriente hacia una justicia redistributiva?, ¿cómo desarrolla lo sociocultural desde la recuperación de la identidad, la pertenencia, la inscripción - reinscripción y la socialización?, ¿desde dónde recupera capacidades, habilidades: artísticas, tecnológicas, creativas y científicas?, o ¿desde dónde se relaciona con los recursos naturales y el medio ambiente?

Estas cuestiones implican una necesidad de la recuperación y reconstrucción de una visión estratégica de la intervención en lo social. Es decir, la definición clara de su sentido dentro de las posibilidades y limitaciones que muestran sus contradicciones actuales y fundacionales.

Pero en definitiva, la intervención está atravesada por todas esas cuestiones. De allí que su ejercicio y estudio se presenten hoy como elementos sumamente interesantes.

En otras palabras, la intervención nos permite ver las contradicciones de una civilización que desde sus propios límites logró una victoria a lo Pirro, adueñándose del planeta, sus recursos naturales, para -desde esa dominación- generar probablemente su propia destrucción.

Trabajo Social e Intervención. Algunos caminos posibles

Mirar al Trabajo Social desde lo que hace implica una necesaria reflexión que se aparta de los discursos ampulosos que se agotan en la denuncia de los “determinantes” sociales. Revisar lo que se hace da cuenta de que la intervención es posible aún dentro de sus contradicciones fundacionales y actuales. La intervención es, en definitiva, aquello que la gente que concurre a nuestros lugares de trabajo nos demanda. La realidad de las desigualdades sociales y los nuevos padecimientos nos interpelan día a día en nuestra práctica cotidiana. Y desde allí creamos, construimos, resolvemos, compartimos y aprendemos con el “otro”, en un espacio de diálogo y encuentro entre el hacer y la reflexión.

El trabajo social desde la intervención “denuncia” desde su práctica, porque hace visible el padecimiento como expresión de la desigualdad social en los espacios de lo micro, construyendo desde allí nuevas formas de agenda pública.

En definitiva, hacer ver la desigualdad y sus efectos al otro, a la institución, a la sociedad. El trabajo social desde la intervención está allí, en innumerables lugares, donde el desconcierto, las nuevas formas de subjetividad y el padecimiento se comparten con ese otro sufriente, en instituciones y espacios de intervención atravesados muchas veces por el sinsentido.

De allí que la sola presencia de un trabajador social en un hospital, una escuela, un tribunal, está diciendo -y vaya si lo dice- políticamente que hay algo más que un cuerpo enfermo, un sistema educativo en crisis o una ley deslegitimada. Es en estos escenarios de intervención, complejos y turbulentos, donde las preguntas acerca del sentido de lo que hacemos los trabajadores sociales resuenan con mayor fuerza y estruendo. La Intervención se torna en un lugar de construcción de nuevas preguntas, donde aquello que es construido desde la injusticia y la desigualdad puede ser desarmado, rehecho y transformado.

La intervención en lo social desde esa perspectiva implica una generación de acontecimientos, de instalación de un espacio (político) que interpela en forma intensa a la desigualdad, a la sinrazón de ésta a sus justificativos, tanto desde los determinantes como desde la lógica del mercado. La intervención en lo social desde esta perspectiva reconoce su propia contradicción fundacional y propone a la práctica cotidiana como posible lugar de puesta en escena de ella, para superarla junto con ese “otro” que construye su propia realidad y sostiene nuestra identidad como campo disciplinar.

La intervención se sale de los mandatos fundacionales esperados de la institución, en tanto hace visible lo que la injusticia oculta. Lo logra en la medida que pueda “decir” con otra gramática, con otro orden, “alterando el establecido”, transformando lo dicho, construyendo la apertura de nuevos espacios para el hacer.

Intervenir es intentar reinscribir los textos y guiones que se presentan como inamovibles, expresando una escena marcada por el determinismo naturalista, en la que los caminos de lo necesario se muestran como lo imposible.

La intervención reinscribe en la medida que sepa qué decir, qué recuperar, en definitiva qué escribir en nuevos textos que marquen una orientación hacia lo propio, lo genuino, donde nuevamente lo “otro” se presenta como lugar de verdad. La intervención dialoga intensamente con la política cuando su orientación se relaciona con la identidad, teniendo en cuenta que la pregunta por la identidad surge en momentos de crisis, de cambio histórico y cambio social. Y

que la identidad, tal vez sea en nuestra América el campo de conflicto más importante, dado que nuestras identidades fueron masacradas, fragmentadas, diluidas por la expresión de diferentes formas de la dominación.

La intervención expresa su relación con lo micro social, con lo cotidiano, con estar allí donde lo macro social atraviesa lo subjetivo y construye el padecimiento y la desigualdad, reconociendo que estamos actuando en una América donde reconocemos que somos lo otro, lo innombrable para los dispositivos de dominación.

En la medida que volvamos a hablar para nosotros mismos, recuperando la palabra y podamos definir nuevamente nuestro lenguaje, el horizonte de la intervención desde nuestra historia de luchas y de dominaciones podrá ser una guía posible hacia un camino a recorrer.

Tal vez la intervención del Trabajo Social sirva para promover nuevas formas de subjetividad que se enfrenten y opongan al tipo de individualidad que nos ha sido impuesta durante muchos siglos.

En nuestro caso se trata de una reconexión con los otros, con nuestra historia, con nuestro propio mestizaje americano, interpelando a la fragmentación cultural desde la memoria histórica, relacionando a la intervención con el desarrollo de lo propio, de lo que el otro tiene; una intervención que no agregue ni quite nada, solamente que permita hacer ver aquello que se tiene inscripto en la memoria.

Notas

-1- Foucault, Michel. La vida de los hombres infames. La Piqueta. Madrid.1990

Bibliografía

Botana, Natalio. “El siglo del miedo y la libertad”. Ed. Sudamericana. Buenos Aires, 2001.

Carballeda, Alfredo. “La intervención en lo social”. Editorial Paidós. Buenos Aires, 2002.

Carballeda, Alfredo. “Escuchar las prácticas”. Editorial Espacio. Buenos Aires, 2007.

Foucault, Michel. “La vida de los hombres infames”. Editorial la Piqueta. Madrid, 1990.

Capítulo 6

Las formas actuales del colonialismo. Una Mirada desde Nuestra América

“En América el saber es rito”

Rodolfo Kusch

La exaltación del egoísmo

¿Cómo se explica que numerosas personas que se beneficiaron con las Políticas de Inclusión Social, Redistribución de la riqueza, ingreso, empleo, educación, derechos, etc., se muestren como fervientes militantes opositores al Gobierno que generó esos logros y desean su destitución o derrota en las elecciones? ¿Desde dónde se construye esa lógica? En definitiva, qué cambios en la subjetividad de nuestras sociedades se produjeron en las últimas décadas, y desde dónde es posible analizarlos.

Indagando en estos temas me encontré con un libro muy interesante escrito en 1961 cuyo título es “La Virtud del Egoísmo”, cuya autora es Ayn Rand. La primera impresión que uno tiene frente a ese texto es la de encontrarse con una pieza clave de las bases del neoliberalismo como expresión de una forma de vida, trascendiendo ampliamente su faceta económica, una especie de anticipación de lo que llegó con la reforma conservadora que se inicia a mediados de los años setenta en todo el mundo capitalista. Incluso, pareciera que la mayoría de los libros de auto ayuda, antes de ser escritos, visitaron de una u otra forma esas páginas.

No se trata de afirmar que un cambio de época o de construcción de subjetividades se funda a través de un libro. Pero, hasta esos años, antes que la llamada posmodernidad europea ratificase el concepto de “muerte del autor”, muchísimos textos iban construyendo diferentes formas de influencia que constituían nuevas expresiones contextuales. La multiplicación de ese discurso a través de conferencias, seminarios, grupos de estudio, medios de comunicación masiva, estética cinematográfica, literatura y publicidad, dan por lo menos, alguna dirección y penetración a las ideas, especialmente si éstas están deslizándose por el clima de época correcto.

También, “La Virtud el Egoísmo” se inserta dentro de un sistema de creencias, representaciones sociales e imaginarias, que pueden ser resignificado y discutido, pero sin dudas impregna de alguna forma las subjetividades de las últimas décadas. En otras palabras, seguramente los cambios en las ideas son mucho más penetrantes en contextos de Terrorismo de Estado y Terrorismo de Mercado, instalándose de forma progresiva. Los puntos básicos de estas ideas podrían resumirse en que la realización personal se consigue a través de la satisfacción de pequeños propósitos personales y materiales de cada individuo. La propuesta se completa desde la idea de que no pensamos en beneficios para los demás, sino solamente en el propio y de este modo es posible acercarse a nuestro fin último: la propia sobrevivencia y la propia felicidad.

Estas ideas recuerdan el utilitarismo de Jeremías Betham ya descripto por Foucault en Vigilar y Castigar y algunas bases del pensamiento liberal. El egoísmo queda así, no sólo

justificado, sino exaltado. Se transforma en algo “necesario” para un funcionamiento social que se apoya en una especie de necesidad de la desigualdad. En sociedades escarmentadas y aterrorizadas por el neoliberalismo, donde el lugar de lo Otro está atravesado por el temor, la competencia y la incertidumbre, y cuando la noción de sociedad se desmorona, estas ideas aparecen como una especie de ficticia tabla de salvación, que obviamente no salva a nadie, pero genera una nueva forma de disciplinamiento mucho más sutil y efectiva. Se disciplina desde una certeza apoyada en algo ficticio y esa nueva forma de control se inscribe en la subjetividad que como una especie de tumor logra devorar la necesidad de solidaridad, encuentro, diálogo con los otros, con la cultura, con lo diverso, lo diferente, como algo monstruoso, siniestro, que vive a través de la desigualdad. Esas formas de otredades constituirán así como algo ajeno y amenazante de un ficticio bienestar logrado desde lo individual.

Paulatinamente, desde el discurso neoliberal se instaló el modelo de sociedad meritocrática como el más virtuoso. De ahí que subjetivamente la desigualdad se transforme en muchos casos en una especie de “necesidad” construida desde una lógica que es más siniestra que la naturalización de la misma. Desde ese pensamiento, la desigualdad se torna necesaria y fundamental para el funcionamiento de la sociedad. Así, es posible que se vote en favor de la desigualdad. La desigualdad se instala a partir de una profunda crisis de solidaridad donde la explicación de ésta se orienta hacia atributos, capacidades y características de orden individual apoyada en una lógica que se sustenta en la igualdad de oportunidades como mito que reemplaza de manera eficiente a la fraternidad y a la solidaridad. Es decir, como una serie de creencias que son consideradas verdaderas, asumidas como tales a partir de la posibilidad de explicación que logra especificar por qué una situación se da de una determinada forma y no de otra, constituyendo un arco de justificaciones. En una nota del diario La Nación de 2007, surgen una serie de comentarios relacionados con estos temas bajo la nomenclatura de “Objetivismo”, con el título “Egoísmo como estímulo” “Bien Propio y Bien Común, se plantea: *“Uno de los devotos más famosos de Rand es Alan Greenspan, ex presidente de la Reserva Federal...”*, *“...Jeff Britting, el archivista de los papeles de Ayn Rand. Britting dijo que Greenspan se sintió atraído por “la defensa moral del capitalismo” que hacía Rand. Tal vez lo más interesante pase por la “conexión” Argentina de esta especie de logia o secta de Objetivistas...”*

En Argentina, por diversas razones, la recepción de su pensamiento es muy distinta. Hay “círculos randianos” sueltos, por así decirlo, o thinktanks liberales que sin definirse tajantemente como randianos, estudian los textos de Rand, entre ellos, además de muchas ONG, las fundaciones Atlas y Hayek, el Foro Liberal de Recrear, el partido que fundó Ricardo López Murphy. La reciente reedición de sus textos en nuestro país, la circulación de su obra entre empresarios y políticos, donde Mauricio Macri también parece ser uno de los admiradores de la escritora. Evidentemente, la obra de Rand está bien realizada, posee alto impacto en un sector de la política de derecha de la Argentina y hasta podría ser equiparable al documental sobre las Olimpiadas de Berlín de 1936 llamado “El Triunfo de la Voluntad” de la realizadora cinematográfica nazi Leni Riefenstahl, que junto con toda la acción de propaganda del nazismo, logró generar cambios relevantes en el clima de época de la Alemania de los años treinta y llevó a ese país a cometer atrocidades que quedarán inscriptas en la historia posiblemente para siempre.

Esa lógica propagandística también logró construir subjetividad, se introdujo en lo cotidiano, elaboró la visión de lo Otro, en este caso como chivo expiatorio, y

fundamentalmente consiguió disciplinar cuerpos y mentes, especialmente desde la instalación violenta de sus condiciones. Así, lo siniestro, nacido en Europa mucho antes y fortalecido desde los EE.UU., siguió recorriendo el mundo, fundando una nueva etapa de atrocidades que aún no se detiene. Estas cuestiones no explican de manera unicausal las circunstancias actuales pero tal vez aporten a una ampliación de la mirada hacia aspectos contextuales que nos cuesta muchas veces comprender y explicar.

Neoliberalismo y violencia

Transitamos y actuamos en escenarios sociales en los que el neoliberalismo va logrando instalar e imponer sus condiciones en la construcción de subjetividad. Pareciera que la colonización en el siglo XXI logró adaptarse a las formas de comunicación actuales. Esta reinstalación, o continuación del coloniaje, conlleva la aparición y el retorno de nuevas y viejas formas de la violencia donde se conjugan lo simbólico y lo real desde nuevas formas de construcción de subjetividad.

Así, la propuesta que recibimos en forma permanente desde muchos medios de comunicación se transforma en violencia hacia lo Otro. Por otra parte, pareciera que nos dirigimos a una sociedad donde la fragmentación social va más allá de los lazos sociales y comienza a imbricarse en el contrato social. Sentimos en nuestros cuerpos la caída de la ley y la del contrato social como metáfora de la organización social que se ratifica en cada fallo judicial que se construye ligado a las necesidades de grupos económicos concentrados o las del capitalismo financiero internacional. Nuestras sociedades comienzan a desembozar su azoramiento ahora en estos dos niveles de ruptura. Por un lado, la fractura, enfriamiento, quiebra de las formas de sociabilidad a partir de la lógica neoliberal y por otro, desde los condicionamientos y complicidades entre el mercado, parte de la política y la justicia.

Las democracias del siglo XXI se encuentran nuevamente acosadas y restringidas, ahora con más claridad por sus condicionamientos económicos y la expresión de éstos a través de los procesos de subjetivación que el neoliberalismo lentamente continúa construyendo en forma persistente y solapada, generando rupturas donde antes había solidaridades, construyendo formas de conflictividad que en muchos casos llevan a la violencia como expresión política y de la vida cotidiana. Una violencia construida que atraviesa cuerpos y subjetividades, constituyendo formas de comprensión y explicación que separan y generan diferentes donde antes había iguales, que se entromete en la sociabilidad.

La violencia es negación,. El neoliberalismo, al imponer sus condiciones en la esfera de la subjetividad, violenta nuestros cuerpos, nuestro pensamiento, nuestra historia, e instala nuevas reglas en la cotidianidad. La ruptura de la noción de fraternidad, del sentimiento de pertenencia a un todo articulado desde la memoria y la historia, es lo que construye nuestra noción de sociedad en América.

No hay sociedad sin Patria, como tampoco sin ella hay libertad ni igualdad. La ruptura de la relación entre esos conceptos, incluso la antinomia que se generó entre ellos, sirve como otra vía de entrada para justificar la desigualdad. Así, la libertad de unos, desde esa lógica impuesta por la violencia, es condicionada por la igualdad de otros, mientras que desde la excusa de la llamada globalización, la fraternidad y la noción de Patria se difuminan. Tal vez por ello se hable de la “gente” y se haya desvalorizado la palabra Pueblo. Los perros de la codicia fueron desatados, promueven conductas, construyen lógicas, explicaciones y

justificaciones; un modo de estar en lo que llamamos sociedad, donde predominan el egoísmo y lo banal como virtud.

Esas construcciones se expresan culturalmente, otorgan sentidos y significados a trayectorias, cotidianidades, instituciones y lenguajes. De este modo, lo cultural se presenta como un campo de disputa en la lucha por el sentido y la forma de construcción de acontecimiento implicando, tal vez de esta manera, un nuevo desafío para las Ciencias Sociales. Lo cultural interpela a las prácticas, acaso desde la necesidad de construir espacios que generen disrupción, que permitan reflexionar de manera situada, que logren desordenar para ordenar nuevamente los discursos que construyen las disoluciones de las solidaridades y -desde allí- la justificación de la desigualdad.

Esa puja, contienda, se va construyendo en diferentes esferas que trascienden las formas típicas de comunicación. De ahí la necesidad de la Intervención en lo Social. El neoliberalismo logra construir, tanto las condiciones objetivas como las subjetivas que nos atraviesan. De manera sutil, va introduciéndose en la lógica de construcción de sentidos. Está entre todos nosotros como un espectro invisible que se presenta marcando de manera coercitiva o vanidosa nuestro sentido de la acción. De ahí que la Intervención en lo Social se pueda transformar en una estrategia de construcción de nuevas subjetividades, de una forma de subjetivación que interpele el orden impuesto de manera material y simbólico. La noción de acontecimiento introduce, en clave de Intervención en lo Social, la importancia de un papel activo de los sujetos de intervención y la necesidad generar rupturas y de construcciones de situaciones para permitirnos armarlas desde otros órdenes.

El acontecimiento también expresa el trasfondo, lo no reconocible o negado de una situación que está allí esperando para ser visibilizado. En la intervención del Trabajo Social tal vez sea posible construir una forma americana de elucidación, en la que el pensar lo que se hace y saber lo que se piensa sea puesto en acto desde un saber situado, encarnado, en las complejidades de nuestra historia y nuestro presente. La posibilidad de hacer visible aquello que es ocultado, negado, sometido, desafía e interpela a la intervención del Trabajo Social a entender su sentido diacrónico y sincrónico. Es decir, que nos permita entender que en América se es presente, pero a la vez también pasado, historia, memoria. Esa posibilidad de ser ahí, del ser americano, es siempre posible si hay otro que nos construya, nos cargue de sentido en forma permanente, constante, desde la intersubjetividad que se elabora desde la palabra, la mirada y la escucha.

Dentro del lugar de la intervención en lo social, el tiempo y el espacio cobran significaciones singulares que se adentran en la subjetividad desde lo histórico y social. De este modo, el Otro, en tanto sujeto de intervención, está ahí dando cuenta y haciendo visible la existencia de diferentes formas de conflicto, de expresión de la diversidad, de lo histórico, como lugar donde lo colectivo se hace cuerpo a partir de que es contado, narrado.

La intervención del Trabajo Social como dispositivo que se construye a través de una red compleja de relaciones entre diferentes elementos heterogéneos posee un orden que se expresa según los diferentes marcos conceptuales que utilizemos. Si a esa trama le conferimos una visión situada en nuestra América, quizá sea posible incorporarle la voluntad de generación de acontecimientos, para -desde la organización de ese orden de elementos- promover la posibilidad de recuperar la pertenencia a un todo social que tenga la capacidad de producir disrupciones. Y constituir un Trabajo Social implicado, comprometido de manera

situada con la realidad, a través de expresiones de intervención que pongan la centralidad en el lugar de lo Otro. En otras palabras:

- alterar un orden y proponer uno diferente, distinto, que permita pensar alternativas centradas en América, donde ese sujeto de intervención, despojado de la palabra y de la historia, las recupere desde su condición histórica y social sencillamente al ser narrado por otro
- habilitar la posibilidad de cimentar acontecimientos
- desordenar, ahora desde una nueva lógica, situada, atravesada por una perspectiva decolonial que permita construir, generar cambios en subjetividades arrasadas, desposeídas, negadas, a través de diferentes procesos políticos y económicos
- generar una apropiación de lo que ocurre, acontece, como una mayor posibilidad de saber, donde el despojo de la posibilidad discursiva de representarse culturalmente se transforme en resistencia
- generar discursos que logren hacerse cuerpo, construyendo nuevas ritualidades que propicien más formas de saber.

Capítulo 7

El Enfoque de Derechos. Un diálogo posible con la Intervención Social

“Los derechos humanos son derechos inherentes a todos los seres humanos, sin distinción alguna de nacionalidad, lugar de residencia, sexo, origen nacional o étnico, color, religión, lengua, o cualquier otra condición. Todos tenemos los mismos derechos humanos, sin discriminación alguna. Estos derechos son interrelacionados, interdependientes e indivisibles”

Organización de las Naciones Unidas

Algunas cuestiones conceptuales

El enfoque de derechos puede ser abordado desde diferentes puntos de vista. Desde una mirada orientada hacia la intervención en lo social, otorga posibilidades más amplias para comprender y explicar los problemas sociales, aportando a su vez líneas de análisis que logran sostener las prácticas, especialmente desde la idea de interrelación que se presenta en el sentido de su definición.

De este modo es viable pensar que un enfoque de derechos apoyado en los Derechos Humanos tiene capacidad de dar contención a los Derechos Sociales e incluso enriquecerlos, especialmente desde la posibilidad de conferirle movilidad e interacción a éstos y -desde allí- más y mejores perspectivas de aplicación.

Así por ejemplo, el diseño de Políticas Públicas concebidas como parte de obligaciones estatales para el cumplimiento efectivo de los DDHH le facilita a éstos una lógica que implica una dirección diferente y más amplia a la Intervención del Trabajo Social. Como consecuencia de estas cuestiones, la intervención tiene posibilidades de hacerse más compleja y abarcadora de diferentes expresiones de los problemas sociales, atravesando diferentes sectores como salud, educación, vivienda, acción social, etc., generando de esta manera una posibilidad de visión transversal y singular de todos estos temas y posibilitando más alternativas para su comprensión en términos de construcción de líneas, formas de intervención social.

Desde la comprensión de la Intervención en Lo Social como dispositivo, el enfoque de derechos otorga un orden nuevo a éste, en el que cada uno de los componentes se ve atravesado o interpelado por esta perspectiva.

La posibilidad de integralidad que esta configuración posee, tiene la capacidad de resolver en forma más concreta la superación de la consideración de las personas como meros “beneficiarios” de programas sociales asistenciales, para que éstos sean conceptualizados como titulares plenos e integrales de derechos cuya garantía es responsabilidad del Estado y en la que su expresión es la aplicación y no el enunciado.

Esta noción de “titular pleno” se presenta como una opción interesante a la de titular de un derecho social. Desde esta visión, la acción de las Políticas Sociales y la Intervención del Trabajo Social se centralizan en el sujeto de Intervención en tanto sujeto de derecho, desde una visión que se presenta como ampliada y que se funda en una nueva doble centralidad: Sujeto - Estado.

De este modo, el Derecho es tal desde que se aplica y no a partir de su enunciado. La articulación de las nociones de DDHH y Derechos Sociales potencia ambas cuestiones. Por otro lado, el enfoque de derechos le otorga un nuevo sentido a las Políticas Sociales y a la Intervención del Trabajo Social. A partir de este enfoque las Políticas Sociales:

- a) se definen desde la Igualdad,
- b) son Progresivas/ No regresivas y desde allí, requieren conceptualizar nuevas categorías, marcos conceptuales, impactando en los aspectos teóricos e instrumentales de la Intervención del Trabajo Social.

El Enfoque de Derechos

Desde el enfoque de Derechos se considera que el marco conceptual que da sentido y orientación tanto a las Políticas Sociales como a la Intervención, se apoya en las posibilidades de respaldo y garantía que brindan los Derechos Humanos en tanto derechos legitimados por la comunidad internacional. Y desde allí tienen la potencialidad de ofrecer un conjunto coherente de principios y pautas que pueden ser aplicables en las Políticas Sociales y en la Intervención del Trabajo Social.

Desde esta perspectiva, los Derechos Humanos son pensados como una serie de propuestas que pueden guiar y orientar a las Políticas Sociales de los Estados y contribuir al fortalecimiento de las instituciones democráticas.

Los principios que dan forma a los Derechos Humanos han fijado con mayor precisión tanto las obligaciones negativas del Estado como así también una serie de obligaciones positivas. En este aspecto, es posible pensar que los Derechos Sociales tienen cierta limitación en función de que enuncian atribuciones dentro de la esfera del sujeto, pero no se amplían en función de aquello que el Estado -como garantía de éstos- debe o no hacer, y se presentan como atribuciones sectoriales.

Esto significa, en otras palabras, que el enfoque de derechos ha definido con mayor precisión no sólo aquello que el Estado no debe hacer a fin de evitar violaciones, sino también aquello que debe hacer en relación a intentar facilitar y construir una realización plena de los derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales.

El principio de Interdependencia muestra algunos puntos interesantes en este nuevo juego de relaciones que se plantea entre los Derechos Sociales y los Derechos Humanos. El mismo fue aprobado en la Declaración y Programa de Acción de Viena, ratificada por la Conferencia Mundial de Derechos Humanos en junio de 1993. Ésta establece en su artículo quinto que:

“Todos los derechos humanos son universales, indivisibles e interdependientes y están relacionados entre sí. La comunidad internacional debe tratar los derechos humanos en forma global y de manera justa y equitativa, en pie de igualdad y dándoles a todos el

mismo peso. Debe tenerse en cuenta la importancia de las particularidades nacionales y regionales, así como los diversos patrimonios históricos, culturales y religiosos, pero los Estados tienen el deber, sean cuales fueren sus sistemas políticos, económicos y culturales, de promover y proteger todos los derechos humanos y las libertades fundamentales”.

El Enfoque de Derechos se ratifica desde una perspectiva abarcativa e integral, proponiendo un sistema completo y estructurado por principios, reglas y estándares de Derechos Humanos que intenta operar en términos de otorgar efectividad a las medidas comprometidas por los Estados y que además fija estándares específicos que son aplicables a los sistemas internos de cada uno de los países de la región. Así, son de destacar las posibilidades de abordaje transversal de las Problemáticas Sociales Complejas que otorga esta perspectiva. Así también, algunas aproximaciones a la definición del enfoque de derechos nos permiten comprenderla como un conjunto de estándares y categorías que emergen de diferentes interpretaciones realizadas a partir de tratados internacionales de Derechos Humanos, a través de los órganos de aplicación, y desde de la interpretación realizada de los tratados internacionales de Derechos Humanos.

“El enfoque basado en los derechos humanos es un marco conceptual para el proceso de desarrollo humano que desde el punto de vista normativo está basado en las normas internacionales de derechos humanos y desde el punto de vista operacional está orientado a la promoción y la protección de los derechos humanos. Su propósito es analizar las desigualdades que se encuentran en el centro de los problemas de desarrollo y corregir las prácticas discriminatorias y el injusto reparto del poder que obstaculizan el progreso en materia de desarrollo... En un enfoque de derechos humanos, los planes, las políticas y los procesos de desarrollo están anclados en un sistema de derechos y de los correspondientes deberes establecidos por el derecho internacional. Ello contribuye a promover la sostenibilidad de la labor de desarrollo, potenciar la capacidad de acción efectiva de la población, especialmente de los grupos más marginados, para participar en la formulación de políticas, y hacer responsables a los que tienen la obligación de actuar”.

Estos estándares específicos se pueden enumerar como el contenido de los derechos, su universalidad, su situación de progresividad y no regresividad, el impacto en términos de igualdad y no discriminación, cómo logran o no generar la Producción de información y formulación de políticas, la relación entre los derechos y la participación de los sectores afectados en el diseño de las políticas públicas, como así también el acceso a la justicia y mecanismos de reclamos. Para la CEPAL, por ejemplo, el Enfoque de Derechos tiene características que fundamentalmente implican una serie de nuevos mecanismos de intervención estatal de diverso tipo y que abarcan lo jurídico, lo ético y los contenidos de diseño de las Políticas Públicas.

El Enfoque de Derechos y la noción de Responsabilidad

El enfoque de derechos puede ser pensado también como una forma de anudar, articular, imbricar las nociones de ley y responsabilidad. De esta manera es posible pensar la función de los derechos en relación a la integración de la sociedad. Los efectos del neoliberalismo, la aparición de los derechos subjetivos y especialmente los del consumidor, generan una visión de derechos sin otro, sin sociedad, que deviene inevitablemente en una subjetividad que puede

constituirse en sólo demandante y con importantes dificultades para visibilizar a la sociedad como un todo integrado; en definitiva, aquello que surge de una construcción de sociedad con sujetos sin deberes.

El enfoque de derechos permitiría incorporar la noción de responsabilidad asentada en la necesidad de un todo social que se fortalece y se integra a partir de visibilizar que los Derechos Humanos y Sociales mejoran la sociedad más allá de quienes se benefician directamente con ellos, donde el Derecho implica una responsabilidad de integración, no de obligación ligada a lo punitivo.

En procesos de intervención social es posible visibilizar esas cuestiones desde algunos dispositivos que apoyan la reconstrucción de los lazos sociales en términos de reciprocidad, integración, identidad y pertenencia. Es allí donde el otro se hace necesario para la construcción de identidad. De allí que en la relación con éste se construye una forma de responsabilidad que integra y sostiene lo social desde el lazo.

Capítulo 8

La Intervención Social en los escenarios actuales.

Una mirada al Contexto y el Lazo Social

La zona de angustia (así la denominaba Erdosain)... era la consecuencia del sufrimiento de los hombres, como una nube de gas venenoso se trasladaba de un punto a otro...sin perder su forma; plana y horizontal... Angustia en dos dimensiones que guillotinando las gargantas dejaba en éstas un registro de sollozo...

Roberto Arlt. Los siete locos.1930

Lo social y la angustia

Pensar los escenarios actuales de intervención social implica una inevitable mirada y reflexión a la singularidad del encuentro entre lo macro y lo micro social; ubicarla dentro de un contexto caracterizado por el agotamiento y la última etapa del discurso neoliberal que se expresa en diferentes formas de malestar.

Por otro lado, hay otro discurso que va surgiendo en nuestro continente, una forma de enunciado que aún no está del todo escrito y que puja en diferentes terrenos con el neoliberalismo, produciendo una serie de choques y enfrentamientos que son generadores de una multiplicidad de contradicciones franqueadas por certezas y dudas.

Esa pugna, en tanto constructora de acontecimientos, posee dos órdenes de mediación. Uno de ellos es el territorio, tanto desde lo material como lo simbólico, siendo atravesado por lo macro social. El otro se expresa en la singularidad de cada actor social. El contexto de la intervención en lo social, de esta manera, se encuentra marcado por una serie de inscripciones que generan nuevas y más preguntas. Tal vez, los ejes más relevantes de éstas pasen por los efectos del neoliberalismo en la trama social, tanto desde lo objetivo a partir de los relevantes efectos de las desigualdades, como en la construcción de nuevas y más formas de subjetividad.

La idea de pérdida de anclaje material y simbólico, la caída de las referencias, de la previsión, la precariedad de la vida cotidiana y la movilidad descendente en una cultura que pareciera sólo ofrecer objetos como forma de satisfacción, construyeron y siguen erigiendo desde hace décadas un modo de padecer que integra lo social con lo subjetivo.

En esas cuestiones, las sociedades arrasadas y paralizadas por el terrorismo de mercado sufrieron y aún sufren formas de cimentación de subjetividades que se expresan de diferentes maneras, pero fundamentalmente dando cuenta de la fragmentación de la solidaridad, los lazos sociales y las relaciones de intercambio y reciprocidad, en definitiva, de la sociabilidad. Una nueva forma de malestar se presenta en un contexto que algunos autores definen como de hipermodernidad. Pareciera que lo que sobresale como expresión del malestar es una especie de afirmación que se hace desde los profetas del mercado que culmina en una salida que

podría sintetizarse en la creencia de habitar en una civilización donde pasa “todo y nada” a la vez. El movimiento acelerado de imágenes, discursos, bienes, propuestas y múltiples posibilidades, transforma la velocidad en inmovilidad a partir de tornarse imposible obtener cualquiera de esas propuestas sin que éstas se transformen en antiguas y sin valor al instante de ser alcanzadas.

El Neoliberalismo deja una extraña sensación de orden en medio del caos, generando una idea de mundo conocido y ordenado a través del temor al otro y la máxima exacerbación del individualismo como su expresión más relevante. De este modo organiza nuestras sociedades en una conjunción que oscila entre el miedo y las promesas de placer efímero.

La ruptura y estallido -en múltiples formas- de la amalgama entre igualdad, libertad y fraternidad que dio forma a los pensamientos utópicos y transformadores durante todo el siglo XIX y gran parte del XX, sirvió para naturalizar y hacer invisibles las desigualdades sociales, la ruptura de la sociabilidad y el aislamiento.

La noción de desigualdad como derecho, utilizada por la cruzada neoconservadora iniciada a mediados de la década de los setenta del siglo pasado, sintetiza de alguna manera esas ideas. De este modo, la igualdad en algunos sectores de nuestras sociedades sigue siendo percibida y presentada como un peligro, riesgo o abuso, que puede coartar o terminar en forma definitiva con la libertad. Así, se suele hablar de exceso de derechos o de la utilización de las Políticas Sociales como forma de abandono, ociosidad o proto delito.

Las desigualdades sociales construyeron otras formas de relación social en las cuales la inclusión genera temor, especialmente desde la imposición de un discurso en el que la sociedad es un pequeño espacio para pocos mientras que los territorios de la exclusión social la rodean, acechan y a veces la invaden. Éstos son presentados -especialmente desde los medios de comunicación y los imaginarios sociales- como áreas de guerra, puja y violencia de los cuales sólo se puede huir desde diferentes formas de encierro espacial y subjetivo.

A su vez, la exclusión social opera como un ordenador de la sociedad, donde cada “incluido” acepta cualquier condición o propuesta para seguir perteneciendo a una espacialidad metafórica que se asocia a la posesión de objetos, bienes y cierta idea de estabilidad laboral. En esta tensión entre inclusión y exclusión, planteados los territorios en puja, tensión y guerra, la incertidumbre generada desde diferentes formas discursivas impide, en diferentes sectores de nuestras sociedades, proyectar ideas de futuro y transformación, tornándose en formas subjetivas de padecimiento y temor. Aun así, en la aceptación del aislamiento de los otros, las sociedades construidas desde el temor -con la única promesa del hiperconsumo como resolución hedonista del deseo- están franqueadas por la decepción. La angustia como “zona” no sabe de inclusión o exclusión social.

La caída del discurso neoliberal genera una serie de nuevas tensiones entre dos modalidades discursivas. Una, la neoliberal, asociada a un devenir signado por la fatalidad y la impotencia donde las ideas son presentadas como sinónimo de conflicto y fracaso, que propone al mercado como única verdad. Enfrente, otra que señala un fuerte resurgimiento del discurso de la voluntad como camino de transformación política, económica y social, planteada desde una vuelta de lo colectivo, de la pertenencia a proyectos como sinónimo de certezas y seguridades.

El Lazo Social como lenguaje

El Lazo Social, aun así, se fue construyendo en forma dificultosa, precaria, compleja, en el temor a la exclusión social. El lazo social se fue conformando como un lenguaje que habla en forma balbuceante de tramas sociales, pautas y códigos, donde es posible -y muchas veces necesario- reconocer retazos de relatos e historias negadas por años de dictaduras militares y económicas.

El neoliberalismo contaminó la sociabilidad imponiendo la lógica *costo - beneficio*, el temor al otro, incluso su objetivación, ratificando más y nuevas dificultades en las relaciones sociales, impactando de forma diferente en el Lazo Social.

De este modo, el Lazo Social se presenta como un lenguaje a develar en cada circunstancia interventiva. El Lazo Social es un lenguaje en sí mismo que “habla” en cada escenario de intervención. Esta expresión del habla, desde la sociabilidad, se presenta como un observable tanto desde la pérdida y el deterioro de ésta como de la posible resignificación de diferentes espacios de socialización que nuestras culturas fueron construyendo en contextos de lucha y resistencia política, social y cultural. Esos espacios de socialización, perdidos o desmantelados, también nos muestran otra cara de este proceso de sumisión: la crisis de los sistemas de código y sanción, la separación entre cultura y regulación social. El lazo Social de esta manera se transforma en una forma de relación social mediada por la cultura, el lenguaje y la historia.

El Lazo Social es un lenguaje, posee un orden, pautas, formas y multiplicidad de posibilidades. El Lazo Social está allí, nos precede desde la historia y los mandatos sociales. Desde papeles, guiones, pre escritos y significados, desde una estrecha relación entre cada actor social, el escenario de intervención y sus componentes. Es también un observable de la interacción, las relaciones sociales informales y la vida cotidiana. El Lazo Social es, de esta manera, un mecanismo atravesado por lo simbólico, que da cuenta de la relación entre sujeto y mundo social. Es singular y está compuesto por elementos materiales y múltiples significaciones que lo hacen necesario en la construcción de subjetividad, dado que actúa como mediador en la conformación de diferentes sistemas de significados y valores que nos hacen sujetos.

En la actualidad, la mirada al lazo social se torna más compleja, ya que la intervención social nos muestra nuevos relatos alrededor de éste. Los mismos hablan de su condición efímera, su relación con la sobrevivencia, el atravesamiento de la búsqueda de beneficios en su constitución, en definitiva de sus diferentes formas de resquebrajamiento.

La Protección Social

El retiro del Estado como instrumento de Protección Social que produjo el Neoliberalismo como doctrina política y económica, no implicó su ausencia sino una nueva presencia desde el poder punitivo, generando más y nuevas rupturas. La sanción y el código, ahora desde otra esfera, comenzaron a ser impuestos desde lógicas ajenas a nuestras culturas, pautas y formas de comprender y explicar los problemas sociales, en general a partir de una perspectiva tecnocrática y normativa que convocaba y convoca a la intervención sólo desde su aspecto coercitivo.

Con el retiro, tecnocratización y achicamiento de la protección social, también se fueron deteriorando los sistemas de regulación provenientes del aparato estatal que habían sido resignificados a partir de múltiples luchas, pujas y tensiones. La erosión institucional de lo público generó un desgaste que fue desde la vida cotidiana hasta las propias lógicas de las instituciones “estalladas” y con pocas posibilidades de comprender los escenarios complejos en las que se asientan.

También surgieron nuevas formas de malestar, relacionadas con una sensación de ausencia del todo social como lugar de cobijo, pertenencia y construcción de identidad. Como telón de fondo, la incertidumbre y la idea de no futuro generan nuevas formas de lenguaje que se inscriben en el lazo social, que van desde lo verbal hasta lo corporal. Lo que sobresale es la pérdida de la palabra, su ausencia o recorte.

El cuerpo se presenta como un nuevo lugar del habla. Los cuerpos muestran la identidad, desde diferentes marcas e inscripciones que van desde los cortes -a veces auto infringidos para hacer objetivo el padecimiento subjetivo- hasta las marcas de las múltiples formas de la violencia que atraviesa nuestras sociedades.

De este modo, el neoliberalismo logró alterar un orden discursivo e imponer otro que puede leerse en la textualidad del lazo social. En otras palabras, por la fuerza hizo “estallar” una forma de gramática que se presentaba como producto de luchas y tensiones. La recuperación de la gramática perdida por efecto de las dictaduras y la represión se muestra como campo de intervención desde diferentes disciplinas que intervienen en lo social, como un mandato político que simplemente implica el rescate de la historia y lo colectivo en nuestras sociedades. Sin esa recuperación, el malestar simplemente se actúa, se queda sin palabras, se transforma en nuevas formas de la violencia que atraviesa la cotidianidad. La no circulación de la palabra llevaba y aún lleva al acto violento, al padecimiento expresado como efecto de represiones que, desde el contexto, se entrometen en la subjetividad.

El retorno del Estado como garantía de Protección Social comienza a construir nuevas certezas, algunas todavía no visualizadas, otras enmarcadas en las dificultades de los dispositivos clásicos de intervención social dentro de instituciones arrasadas por la lógica neoliberal.

El Lazo Social como territorio de puja y conflicto

El lazo social se presenta como una forma de campo de tensión y disputa entre el discurso neoliberal y el colectivo. También es posible leerlo, conocerlo en la sociabilidad, en su orden, en su forma de codificación.

La intervención social enlaza una necesaria recuperación del habla, del lenguaje, de las formas de decir a través de diferentes dispositivos que intenten revincular al sujeto con la cultura, con los otros, con su historia. Esto implica también una mirada hacia las diferentes profesiones en la perspectiva de recuperar el sentido de modalidades de intervención que dialoguen con la historia, lo lúdico, lo expresivo, la pertenencia y la identidad.

En la complejidad actual puede involucrar nuevas miradas hacia lo grupal, lo territorial y la recuperación de la mirada hacia lo singular como formas de intervención abierta que permitan o faciliten un encuentro con el otro de manera profunda e intensa.

Para poder intentar recuperar y reconstruir nuevas formas del discurso junto con los otros como sujetos de intervención, se hace necesario que las distintas disciplinas que intervienen en lo social generen la recuperación de su propia palabra.

El neoliberalismo recortó también la gramática y el orden discursivo de las prácticas, impuso manuales de procedimientos, formas de decir y de registrar que rápidamente se transformaron en modalidades de intervención. La recuperación de la palabra por parte de la intervención social se vincula no sólo con nuevos glosarios y conceptos, sino también con modalidades de escritura, de decir, en los que la recuperación de la metáfora tenga la posibilidad de generar un abandono progresivo de tecnicismos copiados de otros campos y que sólo pueden ser útiles para hacer “fotografías”, como descripciones a veces pormenorizadas del presente de una situación que, incapaces de comprenderla desde su construcción histórico social como proceso, mutilan la capacidad de intervención.

El orden del discurso neoliberal impactó de manera relevante en las ciencias sociales. Paradojalmente las dejó sin escenario, sin contexto, haciéndolas ingresar en el terreno de lo abstracto, de ideales de sujeto, familias, barrios muchas veces contruidos desde perspectivas dramáticamente alejadas de nuestras realidades.

Recuperar la palabra también sugiere una nueva relación con lo territorial. Para ello tal vez haga falta aprender de nuevo a escuchar las voces del territorio, de sus actores, significaciones y sentidos, para desde allí reconstruir y recrear nuevos lenguajes y subjetividades.

La discusión acerca de las palabras en la intervención social lleva, por otra parte, a revisar conceptos, categorías, variables, indicadores para poder, desde ese proceso, renombrar y transmitir de otras formas, tanto desde nuestro lenguaje escrito como verbal. En este aspecto, sobresale la necesidad de interpretar, de conocer en profundidad las diferentes situaciones de intervención y su impacto subjetivo.

La intervención social se refuerza como espacio intersubjetivo, atravesado por las representaciones sociales que rodean al problema o necesidad que generó la demanda de intervención. Así, tal vez sea posible pensar en la intervención con más y nuevos horizontes que van desde la desnaturalización de la desigualdad hasta la recuperación de ciudadanías.

En este punto se inscribe el compromiso ético de las profesiones actuales, desde diferentes esferas, reconociendo en principio que la intervención es una “deliberación”, es decir una práctica que necesita nitidez en el sentido, definiendo con claridad desde dónde y para qué se interviene, delimitando de esta forma su lugar en la tensión entre el discurso del devenir sin sentido o la recuperación de la épica de la transformación.

Bibliografía

Arlt, Roberto. “Los 7 Locos”. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1998.

Carballeda, Alfredo. “Los cuerpos fragmentados”. Editorial Paidós. Buenos Aires. 2008.

Carballeda, Alfredo. “Escuchar las Prácticas”. Editorial Espacio. Buenos Aires. 2007

Comas, Corina. “Tesis de Maestría (FLACSO) Lo Social y el padecimiento Subjetivo”, (Mimeo). Buenos Aires, 2005

Lipovetsky, Gilles. “La Sociedad de la decepción”. Ed. Anagrama. Buenos Aires, 2008.

Capítulo 9

La Intervención en lo social desde una perspectiva americana. Algunos aportes de Enrique Dussel y Rodolfo Kusch

“La Modernidad se originó en las ciudades europeas medievales, libres, centros de enorme creatividad. Pero "nació" cuando Europa pudo confrontarse con "el Otro" y controlarlo, vencerlo, violentarlo; cuando pudo definirse como un "ego" des-cubridor, conquistador, colonizador de la Alteridad constitutiva de la misma Modernidad”.

Enrique Dussel

La intervención en lo social y las demandas actuales

La intervención en lo social se encuentra en la actualidad atravesada por una serie de nuevos desafíos e interpelaciones. A su vez, las nuevas expresiones de la cuestión social se singularizan en nuestro continente, tanto desde la demanda hacia las diferentes disciplinas que intervienen en lo social, como así también a partir de las posibilidades de comprensión y resolución de éstas.

El neoliberalismo y su inevitable secuela de fragmentación social, ruptura de lazos sociales, incertidumbre, terrorismo del mercado, desigualdades sociales naturalizadas, derechos restringidos y nuevas formas de exclusión, construye escenarios complejos y cambiantes que invitan y reclaman más y nuevas formas de intervención.

El modelo neoliberal se entromete de manera violenta y descarnada en diferentes elementos constitutivos de lo social, generando rompimientos, separaciones y reestructuraciones en la constitución de los lazos sociales que, desde allí, muestran nuevas formas de interpelación hacia la intervención social.

La violencia de un modelo económico y social en el que el mercado se presenta como un Dios al cual se deben rendir sacrificios, traicionar solidaridades y construir lo social a su imagen y semejanza, explica con qué mecanismos esa intimidación fue montando lentamente nuevas formas de vacío, angustia y padecimiento. Por otra parte, como fuerza de distinto signo, han surgido signos de solidaridad, nuevas formas de encuentro y resistencia que se ligan con la posibilidad de un pensar situado en América como forma de construcción de otras búsquedas y respuestas.

El impacto del discurso neoliberal sobre el lazo social implica una serie de rupturas y discontinuidades que se singularizan en nuestro continente y permiten encontrar espacios de intervención social que parecieran novedosos pero que están sustentados en nuestras propias tradiciones. Es justamente en el lugar del lazo donde tal vez se presenten las alternativas de reconstitución de solidaridades y de un todo social agredido y disperso desde los inicios de la conquista de nuestro continente, pero que retornó en las últimas décadas con más y nuevas formas de virulencia.

De este modo, la “ausencia” de sociedad que se expresa desde la incertidumbre y la lógica neoliberal, genera una serie de padecimientos que pueden ser el eje de las nuevas demandas hacia la intervención social. Desde lo cultural, el mercado construye nuevas subjetividades asentadas en una alteración en las vinculaciones con la naturaleza, lo sagrado, los otros y con uno mismo. Esas nuevas conformaciones del lazo social constituyen resignificaciones que van desde la singularidad hasta lo territorial.

América, la cuestión social y los problemas sociales

La historia de América da cuenta de una forma singularizada de construcción del concepto de Cuestión Social. De este modo, los problemas sociales americanos requieren de una mirada y análisis diferenciado.

El origen de la Cuestión Social en América está marcado por la conquista, la violencia y la imposición forzada de una forma de interculturalidad, transformada en más y nuevas formas de integración en terrenos de lucha y resistencia. La conquista implicó la ruptura de los mecanismos de protección social, generando expresiones de la desigualdad que se impusieron a través de relaciones coloniales de dominación diferentes a las que se habían constituido en Europa.

La desigualdad social en América tiene una construcción singular. Ésta implica formas diferentes de resistencia que confluyen en un sentido que puede relacionarse con la búsqueda y recuperación de sociabilidades que se perdieron en la imposición violenta de la conquista; formas de encuentro que fueron surgiendo desde diferentes formas de desgarramiento que impactaron de manera permanente en la integración social construyendo formas de la individualidad por la fuerza, de modo diferente a Europa donde la construcción de subjetividades se produjo a través de procesos históricos diferentes.

De modo tal que las luchas políticas y sociales en nuestro continente muestran una serie de rebeliones y resistencias que amalgaman muchas veces a los pueblos originarios, afroamericanos y mestizos de todo tipo. Desde las primeras sublevaciones contra los conquistadores, pasando por las luchas por la independencia, las diferentes expresiones de resistencia y combatividad de los trabajadores y estudiantes, la búsqueda de una integración violentada por los conquistadores, el colonialismo y las formas que éste se desarrolló en el siglo XX y en los inicios de este siglo, generaron resistencia y conflictividad mientras que ese desmantelamiento forzado de la integración social y cultural construyó más y nuevas formas de la Cuestión Social en nuestro continente.

Los problemas sociales americanos son singulares. Pueden ser comprendidos y explicados desde un pensar situado; desde allí tal vez sea posible construir nuevas formas de intervención en lo social que tengan en cuenta el devenir histórico para poder interpretar las complejidades que construyen demandas en el presente.

El pensar situado y la intervención en lo social.

El pensar situado en términos de intervención social implica un nuevo diálogo con el territorio, con la cultura y con el sujeto de intervención, intentando aproximarse a la realidad sin preconceptos, es decir partir de la cotidianidad para pensar la sociedad.

Pero por otro lado, también es un ejercicio y trabajo de crítica y deconstrucción de las categorías externas al pensamiento americano. Esta perspectiva desde la intervención en lo social no pretende reemplazar los pensamientos que se gestaron fuera de nuestro continente, se trata de tamizarlos a través de una mirada crítica para poder readaptarlos a nuestra realidad, es decir una mirada que se apropie de esos pensamientos desde una perspectiva estratégica y situada en nuestro continente.

La intervención en lo social se asienta en una forma de comprender desde el Otro, entendiéndolo no sólo como presente en acto, sino como un sujeto en movimiento histórico social. El tema del Otro implica la construcción de una ética de la alteridad *-I-*, donde la otredad implica una necesidad de lo diferente para poder constituir la identidad desde lo histórico, social y cultural.

En otras palabras, registrar la experiencia del pasado implica una aproximación a la comprensión de presente y una proyección al futuro. De este modo, el futuro es leído como producto de la interpretación entre el pasado y el presente. La comprensión de la otredad se constituye como un fundamento del ser, dado que éste es en la medida que interpreta y explica su situación. En ese aspecto, ese Otro implica un lugar de lo verdadero, el espacio donde se expresan tanto la dificultad como la resolución de ella.

La intervención en lo social implica también un hacer observables una serie de tensiones relacionadas con la forma de construcción de conocimiento, la percepción subjetiva de los problemas sociales, las mediaciones de éstos -tanto desde lo histórico como desde lo territorial- y su expresión simbólica en diálogo con la noción de experiencia. La experiencia que ese Otro porta, se transforma en un espacio de resolución.

La experiencia como instrumento y sentido de la intervención social conlleva a la noción de un estar ahí en el lugar del padecimiento, desde la perspectiva que este “Otro” lo visualiza y lo carga de sentido, en cómo lo percibe, lo explica y entiende que debe ser resuelto.

Desde un pensar situado, la intervención en lo social se relaciona con una ubicación concreta, una topología que es producto de coordenadas que se inscriben en la memoria colectiva y que incorporan una relación intensa e inseparable con lo cultural y lo histórico. De allí que el lazo societario se presente como un eje estratégico significativo en la intervención social, en principio desde la idea de que el lazo social construye sujetos y subjetividades. Pero esa constitución de sociabilidad implica que el lazo, si lo entendemos como discurso, es situación, es decir que pertenece a un lugar y a una época.

El Trabajo Social está allí, en el lugar del sufrimiento que genera la desigualdad, en un estar inevitablemente situado que puede permitirse una particularidad de la mirada generando procesos de intervención singulares y territorializados, pudiendo lograr una nueva forma de integración de la escisión individuo y sociedad desde el lugar del lazo social.

De esta manera, el Trabajo Social se asienta en una inevitable relación con la cultura, teniendo desde allí nuevas oportunidades de reconocer la construcción de procesos, discerniendo acerca de las diferentes formas de comprensión y explicación de los problemas sociales desde lo micro social, reconociéndolo como atravesado y condicionado por lo territorial, lo macro social y fundamentalmente lo histórico.

Así, esa multiplicidad de vectores que franquean la construcción de demandas de intervención social también se inscribe y registra en ese otro, dándole peculiaridad a las demandas, transformándolas en temas a dilucidar.

Nuevas Subjetividades, en la búsqueda de dispositivos de intervención

“Hoy, en cambio, la cuestión es completamente distinta. Cuando hablamos de violencia, es la violencia que se ha establecido entre los grupos de sicarios. Ellos ejercen una violencia completamente injusta, corrompida por el business de la droga articulado perfectamente con el capitalismo norteamericano, donde el lavado de dinero en los grandes bancos es parte normal de la acumulación de riqueza. Pero junto a ésta, hay otra violencia que ya no está ligada a la droga, sino que es provocada por una teoría económica estudiada en Estados Unidos, que produce la destrucción del campo, la inexistencia de la industria, el desempleo y, entonces, la juventud, para poder vivir, debe dedicarse al crimen”. Enrique Dusell -2-

El modelo neoliberal también fue gestando una lenta y compleja construcción de nuevas subjetividades que impactan en la cotidianidad, construyendo nuevos sentidos. Se suele descreer de ellas en los caminos de la Promoción ligados a los sistemas de Protección Social. El vaciamiento del Estado Social generó una fuerte crisis de legitimidad sobre éste y sus instituciones. Las décadas signadas por políticas neoliberales construyeron una realidad en la que el Estado renunció a su posibilidad y significación de ofrecer garantías. Las instituciones que se originaron bajo la lógica organizadora y constructora de sentidos dentro de los Estados Nación se muestran azoradas al ver alteradas sus representaciones sociales.

“El agotamiento de su capacidad metaorganizadora desalojó las certezas colectivas y convirtió a las instituciones en fragmentos sin centro en su estatuto simbólico”. (Lewkowicz, 2002: 32)

Por otra parte, la noción de trabajo como valor sacrificial y promocional estalla desde el discurso de la opulencia azarosa y sin sentido que promueve la lógica de un mercado que por la fuerza del terror impone sus lógicas, apropiándose de los medios de comunicación, los relatos y el sentido de éstos.

Una subjetividad construida en la idea de que “no hay futuro” plantea que el presente es la única salida, explicación y posibilidad de satisfacción tal vez a cualquier precio, ya que ante su ausencia se difumina la noción de sociedad a la cual se le deben dar explicaciones o respuestas.

Las solidaridades que se construyen en estos escenarios suelen ser efímeras, compulsivas, muchas veces sin sentido o ligadas a la idea de costo y beneficio, como resultado de la ruptura -desde la lógica del terrorismo de mercado- de la tríada *libertad, igualdad y fraternidad* que sostuvo o confirió sentido a las sociedades impregnadas del discurso occidental durante más de dos siglos. Esta disolución genera otra serie de impactos que se expresan en una tensión entre esos conceptos. De este modo, el individuo es esencialmente consumidor, propietario de sí mismo, no siente que pertenece a un todo social siendo sólo responsable para sí, habiendo construido de esta manera fuertes aspectos de su subjetividad fuera de la historia, la sociedad y la cultura. En esas formas de nuevas subjetividades es donde se resaltan el hedonismo, la juventud y la belleza del cuerpo como valores en sí mismos. Allí donde lo Otro es sinónimo

de ajenidad, se continúa construyendo una forma de subjetividad atravesada por la soledad, el vacío y el desencanto.

El consumo, el confort y el dinero se constituyen como valores en sí mismos, dando forma a subjetividades encerradas dentro de la lógica del mercado con un gran temor a salir de éste, sacrificando libertades, relaciones y convicciones, con tal de seguir perteneciendo.

A su vez, estas nuevas subjetividades se gestan en un contexto de relaciones sociales violentas, en barriadas desgastadas por la falta de trabajo, sentido y protección social. Pero también vemos cómo se constituyen los espacios de la inclusión en los que predomina la violencia simbólica y real para poder seguir perteneciendo.

La intervención en lo social necesita reconocer esas nuevas formas de comprender y explicar que atraviesan nuevas formas de demanda, intentando visualizar las perspectivas y posibilidades de recuperación desde lo social de un sujeto escindido brutalmente por la lógica del mercado.

Una perspectiva histórica social en la Intervención

“Un individuo cualquiera no solo consiste en una unidad biológica concretada en su cuerpo, sino que trasciende a este cuerpo y se prolonga en su cultura, ...sus costumbres, su religión o incluso su falta de religión”...“La cultura significa lo mismo que cultivo. Pero no sabemos que cultivar. No sabemos dónde está la semilla. Será preciso voltear a quien la está pisando. Pero pensemos también que esa semilla está en nosotros” (Kusch, Rodolfo. 1984).

Como oposición a la universalidad abstracta de la filosofía de la modernidad, Rodolfo Kusch afirma que toda cultura, todo modo de pensar, está siempre situado. Toda cultura está arraigada a un suelo que gravita sobre ella, que la construye y es construida por quienes lo habitan. De este modo, el territorio es construido y a la vez, construye subjetividades.

La intervención en lo social está formada por diferentes relatos, que remiten a diferentes formas de comprender y explicar y que poseen una construcción histórica. En ese aspecto, la intervención -en tanto proceso- implica una revisión de las narrativas sociales en clave de biografías. Desde allí es posible pensar que intervenir es una forma de aprehender, asir, apropiarse, desde la relación social que se construye para, de ese modo, capturar el sentido, la historia que condicionó y cimentó la situación que genera la demanda. Así, este proceso de reapropiación del pasado -como recuperación de la historia desde la singularidad del sujeto- se transforma en un espacio de conocimiento y transformación.

Si todo discurso es situación, incluso en aquellos que pretenden ser universales se hace necesario que se contextualicen, que se ubiquen en una realidad definida. Indagar, analizar y conocer acerca de la “situación” de la demanda desde el discurso de ese Otro con el cual el Trabajo Social lleva adelante sus acciones de intervención, muestra una forma posible de recuperar prácticas y reconstruirlas en relación a las problemáticas actuales.

La noción de situación connota un pensar latinoamericano descolonizado, intentando aproximarse a la realidad que habita sin prejuicios con las mediaciones de categorías de análisis que dialoguen con diferentes corrientes de pensamiento desde América, intentando lograr una aproximación sin prejuicios a la realidad donde el proceso de intervención social se

presenta. Se trata de comprender la alteridad, el mundo de lo Otro, no sólo desde una perspectiva ética sino *histórico - ética*, es decir “*socialmente estructurada e históricamente situada*”. Esto es pensar -desde la intervención- en el sujeto latinoamericano más allá de la negación a la que lo somete la racionalidad europea.

La intervención en lo social se constituye como un camino de exploración de las múltiples causalidades que generaron la demanda. La relación de ésta con lo cultural muestra la posibilidad de acceder a diferentes planos de conocimiento de ese Otro que se presenta en el lugar de la demanda. Así, la escucha, la palabra y la mirada, involucran reconstruir, contextualizar el sentido de la acción de aquello que fue reprimido, obturado, limitado por condicionantes de orden social, cultural, histórico y político.

En otras palabras, la intervención en lo social se transforma en un proceso que intenta reconstruir para comprender y visibilizar las causas que construyeron la demanda yendo desde lo micro social hasta lo macro.

Conclusión

Los cambios ocurridos en las últimas décadas muestran la importancia de repensar los marcos conceptuales y epistemológicos de la intervención social.

El pensamiento americano tiene posibilidades de aportar una visión amplia que dé cuenta de esa complejidad, tanto desde los aspectos objetivos como subjetivos de ésta.

Notas

-1- Levinas plantea una ética de la alteridad porque el Otro me es necesario para ser yo. No puedo ser yo sin el Otro. Está ahí su rostro y en ese rostro puedo ver que no existo solo y que el Otro no existe para negarme sino para completarme. Esta ética de la alteridad lleva hoy a una ética de la diferencia. Yo no soy yo. Existo en tanto diferencia. En un mundo en que todos son diferentes de mí y yo diferente de todos. Mi presencia no es una solidez autónoma que se inscribe en una historia lineal en la que encuentra su sentido en la medida en que se lo otorga. Feimann; José Pablo. Página 12. Buenos Aires 30 de Junio de 2013.

-2- La violencia es fruto de la pobreza. Entrevista a Enrique Dussel. En: <http://www.pressenza.com/es/2012/11/la-violencia-es-fruto-de-la-pobreza-entrevista-a-enrique-dussel/>

Bibliografía:

Agüero, Sergio. “La filosofía latinoamericana: pensar desde lo propio”. Mimeo. Universidad del Salvador. Buenos Aires, 2010.

Carballeda, Alfredo. “La Intervención en lo social como proceso de análisis”. Editorial Espacio. Buenos Aires, 2013

Feimann, José Pablo. “Alcances y límites del concepto ‘La Patria es el Otro’”. Artículo publicado en el diario Página 12. Buenos Aires, 30 de Junio de 2013.-

Kusch, Rodolfo. “Ensayo de una antropología filosófica americana.” Buenos Aires, 1984.

Lewkowicz, Ignacio. “Pensar sin Estado”. Editorial Paidós. Buenos Aires, 2003

Seoane Toimil, Inés. “Subjetividades Situadas”. Tesis de Maestría en Trabajo Social. Facultad de Trabajo Social. Universidad Nacional de La Plata, Argentina, 2013

Capítulo 10

Política Social y Cuestión Social.

La problemática de la integración como característica fundacional de la emergencia de los problemas sociales en nuestra América

Pasado y Presente

Los fuertes cambios sufridos en Argentina y en el resto de América en las últimas décadas se muestran en diferentes esferas y órdenes social: institucional, cotidiano y organizativo, en los que el común denominador es la expresión y aparición de nuevas y más formas de padecimiento. Estas cuestiones dan cuenta, por un lado, de la necesidad de incrementar las políticas de inclusión social, pero también de una necesaria reflexión sobre las características de éstas.

Los efectos de la desigualdad y los cambios institucionales que aplican diferentes formas de la Política Social impactan de una manera novedosa en los escenarios de la intervención en lo social. Resulta posible encontrar una vía de entrada a estas cuestiones desde el análisis de la fragmentación social, tanto desde sus expresiones más diversas como desde los condicionantes sociales desde donde se establecen los escenarios actuales de la intervención social.

La fragmentación social como problema, en la esfera de las instituciones típicas de intervención, implica una fuerte crisis de representación y legitimidad en ellas. De esta manera, se deslegitima su propio sentido integrador como signo de una sociedad que también se encuentra tratando de resolver su propia crisis.

A su vez, una mirada a la historia reciente de nuestro país marca una serie de momentos que dejan una fuerte impresión en las subjetividades colectivas. Los efectos de la Dictadura Militar en tanto la aplicación sistemática del terrorismo de Estado, la crisis de hiperinflación de 1989, el desmantelamiento del empleo, la caída del Estado en la década de los noventa, la crisis del 2001; dan cuenta de toda una serie de acontecimientos que se encuentran atravesados por un contexto de aplicación de políticas neoliberales con impactos que van desde lo general hasta lo singular. En general, estas expresiones de los efectos del neoliberalismo se centran en miradas macroeconómicas e indicadores sociales globales y muchas veces descuidan el orden subjetivo de éstos. La intervención en lo social dialoga en forma intensa con estos interrogantes desde la vida cotidiana, desde los cambios generados en este espacio. De este modo, por ejemplo, una sociedad atravesada por la lógica del mercado se transforma en competitiva y "justifica" de alguna manera su falta de integración; ese otro se convierte en un enemigo potencial en tanto competidor en una lucha por la subsistencia en la que unos y otros son plebeyos del mercado.

El Mercado se presentó como una especie de Leviatán al que cada día la propia lógica de la desigualdad y, especialmente la inequidad, le deben entregar una serie de sacrificios para mantener su humor y no alterarlo. Ese monstruo pareciera que exige sacrificios y padecimientos extraordinarios tan solo para ofrecer inseguridad a las mayorías y tranquilidad a quienes viven cada vez más encerrados y custodiados. Las miserias que conllevan las desigualdades sociales se expresan en ciudadanías recortadas, en falta de derechos que en

definitiva alimentan la crisis de legitimidad y representación. Tanto en nuestro país como en todo el mundo, los niveles de inequidad alcanzaron indicadores nunca antes vistos de concentración de la riqueza en cada vez menos manos. Tal vez en la historia conocida de Occidente nunca se vieron estos niveles de concentración del capital e injusticia social. Desde esta perspectiva, la desigualdad opera desde lo material y lo simbólico. Es en este último punto donde las políticas de inclusión presentan una gran serie de interrogantes en cuanto al sentido de su aplicación.

La Política Social en estos contextos atravesados por la turbulencia y la incertidumbre, debe en principio recuperar y construir certezas dialogando con nuevas expresiones de los derechos sociales y la emergencia de nuevas necesidades y por consecuencia, nuevos derechos. La construcción de certezas se puede pensar desde la orientación reparadora de la Política Social, centrada en un sentido estratégico que conecte lo singular con lo general, es decir que atravesase a la sociedad como un instrumento de reconstrucción de ésta desde el lazo social perdido, recortado u olvidado como producto de la desigualdad. La revisión del concepto de cuestión social puede ser otra vía de entrada, especialmente para debatir sobre la constitución de ésta y sus efectos desde una perspectiva americana. Así, la cuestión social dialoga con la Política a través de la Intervención y la Política Social.

Neoliberalismo e Historia

Desde la serie de acontecimientos mencionados surgen diferentes miradas en tanto intento de reflexionar y actuar frente a la crisis y la profundidad de los cambios que ésta ha generado. La Política había vuelto a transformarse en un elemento clave en la medida que, al tomar el "control" de la situación, se liberaba de las ataduras del mercado y del terrorismo de los economistas neoliberales.

Quizás el reclamo más claro de las sociedades de Occidente hacia la Política pasaba por que volviera a tener protagonismo, que se impusiera sobre lógicas que lentamente la ataban y amordazaban. Lógicas que, en el caso de nuestros países de América Latina, se iniciaron a sangre y fuego en contextos de aplicación del Terrorismo de Estado, un Estado tomado por asalto como última etapa de un proceso de desmantelamiento que en Argentina comenzó desde mediados de la década de los 50 a partir de un Golpe de Estado que aún algunos "historiadores" continúan llamando "Revolución Libertadora". Es allí cuando se inicia el horror que los argentinos aún estamos padeciendo. Basta con leer a Rodolfo Walsh en "Operación Masacre" para ubicar prácticas que serán masivas en años posteriores. La peor pesadilla soñada en el furor de la década de los sesenta y setenta no llegó a equipararse con lo que realmente ocurrió luego.

Pareciera que hoy, a pesar de todo, la historia se mueve con movimientos más perceptibles y claros, ya no motorizados por el progreso indefinido sino por la búsqueda de reencuentro con el destino en nuestros pueblos del tercer mundo y, desde allí, comienza muy lentamente a articularse aquello que estos casi 50 años de dominación fragmentaron. Los primeros años de este siglo se presentan como inciertos, pero cada vez más cercanos a la construcción a partir de nosotros mismos, desde nuestra historia, nuestra palabra, nuestra memoria.

Pareciera que se ingresa a una época de "visibilidad" en la que lo sistemáticamente ocultado vuelve a mostrarse, ahora desde el rostro de la interpelación apoyada en la memoria; la vuelta del acontecimiento, es decir el retorno de aquello que articula hechos que son

presentados como aislados pero que -integrados- se transforman en suceso y verdad. Así, el propio desarrollo de la crisis muestra, hace visible lo oculto: la exclusión, el saqueo de nuestra economía, la deuda externa y la humillación a que se nos somete. La política del retorno neoliberal se caracteriza nuevamente por la falta de acontecimientos, donde todo vuelve a transcurrir en un mundo apático y fragmentado en el que los actores sociales sólo son vistos desde la estética en un marco de creciente desigualdad social y exaltación de la obscenidad en la concentración de la riqueza.

En la Política llamada Posmoderna no pasaba nada y pasaba todo. El neoliberalismo tiene la habilidad de ocultar su rostro político detrás de diagramas de barras, indicadores supuestamente científicos y movimientos de mercado que se apoyan más en el ocultismo que en el análisis racional.

Cuestión Social

La revisión del concepto de cuestión social se inscribe en ese escenario. El estudio del concepto de cuestión social, entendido como categoría de análisis implica, por un lado, la importancia de acceder a las diferentes maneras de comprenderlo y explicarlo para poder estudiarlo en función de reflexionar acerca de cuál sería la forma más apropiada para entender los diferentes fenómenos vinculados con los problemas sociales en América. Por otra parte, la importancia del tema muestra la necesidad de un conocimiento más profundo y reflexivo, debido a que el horizonte de la intervención social, la comprensión de los problemas sociales y el análisis de éstos se encuentran estrechamente ligados a esta categoría de análisis, como así también la elaboración de Políticas Sociales.

Los problemas sociales tal como son entendidos en la actualidad, nacen en escenarios en los que básicamente se pierden los mecanismos de sostén, reciprocidad y solidaridad. En América, estos procesos se inician a partir de la Conquista, cuando surgen las primeras expresiones de la pobreza generada por las desigualdades que construye la modernidad. En una primera etapa, los primeros desposeídos serán diferentes a los conquistadores. A estos nuevos diferentes que se transforman en desiguales se los estigmatiza como “herejes”, “poseídos por el demonio” y portadores del “mal” propagadores de enfermedades, sencillamente por poseer condiciones de vida, cultura y condiciones económicas que no se adecuan a los nuevos tiempos y que se relacionan con el ascenso de otros grupos sociales beneficiados por las circunstancias económico sociales que se generaron hacia el fin de la Edad Media.

Estas cuestiones no concuerdan con el optimismo moderno ni el ideal de libertad que esa fórmula impone en América. Estas cuestiones implican reconocer que la modernidad generó desigualdad, manteniendo e incluso profundizando desigualdades sociales. Y que el progreso indefinido como promesa, se restringió a grupos sociales mucho más minoritarios en América que en Europa. De este modo, la modernidad no logró cumplir con las promesas de progreso indefinido, bienestar y construcción de sociedades organizadas desde el saber científico y la libertad.

Si lo social se presenta como cuestión, es decir como interrogante, como un conjunto de circunstancias que interpelan a la sociedad, las preguntas no sólo se ligan con la pobreza. Lo social se vincula también con formas específicas de ésta, con los procesos de pauperización, con el impacto en la vida cotidiana, pero también con otros asuntos que interpelan a la

sociedad en su conjunto y que trascienden la esfera de la pobreza, como lo son: la locura, la salud, la enfermedad, la conflictividad, los mecanismos de cohesión, los derechos sociales y civiles, en definitiva aquellos emergentes de la tensión entre integración y desintegración del todo que cada época -desde la modernidad- denomina sociedad.

La cuestión social, definida desde las diferentes tensiones que dan forma a la sociedad moderna, encuentra sus primeros antecedentes junto con la modernidad, especialmente en el Renacimiento, asociada al surgimiento de las Ciudades Estado. Substancialmente, esta aparición está relacionada con el desvanecimiento de los mecanismos de integración de las sociedades precapitalistas y necesariamente como consecuencia de la ausencia de nuevos modos de solidaridad y cohesión. Lo social como cuestión surge como una forma de resolver la distancia entre la promesa de las igualdades cívicas y políticas, los efectos de la desigualdad y la emergencia de nuevos acontecimientos sociales que son problematizados como tales, por ejemplo la locura, la pobreza, la salud o la enfermedad. Éstos cambian de connotación en los imaginarios sociales que atraviesan la etapa de transición entre el Medievo y la Modernidad.

Lo social como espacio de intervención, en tanto escenario ligado a la cuestión social naciente en la modernidad, se constituye como una forma de resolver las dificultades de la integración de diferentes poblaciones, personas o grupos al nuevo escenario de la modernidad. Desde presupuestos e ideas diferentes a las anteriores, si los mecanismos de solidaridad, cohesión, ayuda y organización eran visualizados como naturales, a partir del ingreso a la modernidad se constituyen dispositivos artificiales, centrados especialmente en la nueva noción de individuo, que lentamente se transformaría en el culpable o responsable individual de sus padecimientos.

En la modernidad se transforma lo diferente en desigual y surge la diferencia (individual) donde antes había homogeneidad (cultural).

El capitalismo moderno construyó la supremacía política y social de la burguesía europea, condicionando, reprimiendo o empujando a la conflictividad social y la disolución a los grupos sociales que quedaron por fuera de ese orden, es decir, cuestionando a la organización popular y a los mecanismos de cohesión y solidaridad como poder. Así, los pobres de Europa comenzarían a ser perseguidos por disolventes de las nuevas formas de sociedad que se estaban gestando.

Durante la Edad Media, fundamentalmente en su última etapa, la vida de la mayoría de la población europea estuvo signada por la miseria. El rendimiento de la tierra era muy pobre, el hambre y las enfermedades atravesaban la vida cotidiana. La comida era exigua y los campesinos eran oprimidos por un pequeño sector de nobles y eclesiásticos. Pero las relaciones de solidaridad y fraternidad entre los campesinos europeos que otorgaban ciertos niveles de previsión, sumado a las características de la vida en forma gregaria que hacía que colectivamente se desarrollaran formas de supervivencia y resistencia, generaron diferentes levantamientos políticos en un intermedio entre los ideales de la burguesía naciente y el feudalismo.

En el feudalismo, el eje de lo que hoy se denominaría cuestión social estaba atravesado por la supervivencia temporal. La modernidad produce nuevas formas de pobreza y problemas sociales, ahora relacionados con la noción de progreso y especialmente la idea de individuo. De esta forma, la modernidad construye a los problemas sociales como fenómenos individuales, los despoja de la historia, de la cultura, de la identidad.

Durante la modernidad, la disponibilidad de bienes -tanto desde sus aspectos cuantitativos como cualitativos- se continuó manteniendo dentro de una brecha claramente preestablecida, con la diferencia de que en este nuevo contexto lo que sobresalía era la pérdida de los mecanismos de cohesión. Éstos se comienzan a vincular con la esfera del contrato social y del mercado. Las formas de la desigualdad se mantuvieron con la diferencia que crecía -especialmente desde su poder político- un nuevo grupo social: la burguesía. De ella surgirá la mayoría de los pensadores reformistas.

Junto con la modernidad surgen las teorías acerca de la pobreza y los problemas sociales, que se utilizaron para justificar los valores de libertad e igualdad de oportunidades, enfrentándolos con los problemas sociales. De este modo, la modernidad construye nuevas formas de justificación de la desigualdad, se pasa de una explicación relacionada con lo divino a otra que se relaciona con el individuo. En la modernidad, la “culpa” de la pobreza no recae en la comunidad -sociedad- sino en el propio individuo, que es, de algún modo, el causante de su padecimiento y a su vez es generador de la fractura de la sociedad. La relación individuos o grupos étnicos y pobreza es frecuente en los escritos del pensamiento moderno.

De allí que en el siglo XVII se comenzase a distinguir entre los pobres “dignos” e “indignos”, estos últimos ligados al alcoholismo, la promiscuidad, la vagancia, etc. Por ejemplo, en 1656 se funda en París el Hospital General. Sus funciones se relacionan con hospedar, alimentar a los pobres que se presenten espontáneamente o aquellos que hayan sido enviados por la autoridad policial. Este establecimiento se transforma en un lugar de vigilancia de la subsistencia de aquellos que quedaron fuera de la sociedad. No es un establecimiento médico aún, está ligado al poder de Rey pero funciona como una instancia del orden burgués.

Así, la burguesía comienza a hacerse cargo del mundo de la pobreza, construyendo la arqueología de la filantropía. Estos establecimientos se multiplican en Francia donde la iglesia comienza también a tener un papel dentro de esta trama. Los problemas sociales se relacionan de este modo con lo político, lo social, lo religioso y lo económico. En este contexto europeo surge la política del encierro de los pobres o los portadores de problemas sociales. Ya en 1575, en Inglaterra se castigaba a los vagabundos. El Renacimiento hace que la miseria pierda su condición mística en la que la caridad se equipara a la salvación.

La pobreza, los problemas sociales, al tornarse individuales se transforman en una forma de castigo divino, especialmente luego de la reforma, cuando se cambia la visión de pobreza ligada a la santidad con otra relacionada con la culpabilidad. En una larga saga de intervenciones relacionadas especialmente con la miseria, el dolor no se glorificaría, la salvación dejaría de ser colectiva. Todas esas atribuciones se correrían a la esfera de lo individual, especialmente en clave de deberes con la sociedad.

“En 1662, se escribe con respecto a la miseria: “Contribuir a hacerla desaparecer es una tarea sumamente necesaria para nosotros los ingleses, y es nuestro primer deber como cristianos”, este deber corresponde a los funcionarios, deben establecer casas de trabajo forzoso, nadie deberá mendigar”. (Foucault, Michel: 1974)

En este contexto surge en España Juan Luis Vives, quien recomendaba conocer en profundidad la “vida de los miserables”. Los inicios de la cuestión social en nuestro continente se vinculan con los efectos de la conquista en el marco de una modernidad naciente, dentro de una forma de capitalismo también moderna, no feudal, que marca los

cimientos de lo que hoy llamamos globalización. No hubiese existido desarrollo capitalista, ni revolución industrial, ni supremacía occidental, sin el saqueo de nuestro continente.

Los problemas sociales surgen como consecuencia de esta forma de dominación, singular, brutal y siniestra, estando estrechamente relacionados con la fragmentación de las sociedades conformadas por las culturas originarias. Allí, la diversidad, lo diferente, trocó en desigualdad. Esa desigualdad fue producto de factores económicos, políticos, culturales y sociales. No implicó ni capital ni trabajo (tal como se expresaron en Europa), sencillamente fue depredación, saqueo y desencuentro entre unos y otros.

De allí que la cuestión social se manifieste en América a partir de una hecatombe demográfica, de la que el continente tardará más de tres siglos en recuperarse con la consecuencia del empobrecimiento y disgregación, producto de diferentes formas de explotación y violencia. Se moría -y aún se muere- de hambre en nuestro continente. Enfermedades, masacre de poblaciones, hambre, miseria, estigmatización, son algunos efectos de la cuestión social en América, donde las primeras victorias de los colonizadores no sólo se expresan en lo militar sino en la ruptura del lazo social de los dominados. Mientras que el producto económico del saqueo y la expoliación de América sirvió para financiar la revolución industrial y -por qué no- a la misma clase intelectual que se oponía a ésta pero muy poco miraba hacia nuestro continente.

Desde esa perspectiva, la cuestión social americana es una expresión del colonialismo europeo que comienza a constituirse cuestión nacional a partir de naciones, culturas y civilizaciones agredidas, desvinculadas de sus tradiciones, de sus formas de producción, de su sabiduría y de su historia. La cuestión social americana también abarcará en poco tiempo a muchos españoles y mestizos quienes fueron segregados y puestos en el lugar de la barbarie junto con los aborígenes, por el solo hecho de no pertenecer a la forma de sociedad que se estaba construyendo en América. Luego, las guerras de la Independencia como expresión de la construcción de nuestras naciones en un juego de pujas económicas, políticas, sociales y culturales, fueron construyendo nuestra nacionalidad. Pero desde allí también se generó otra forma de cuestión social en la que la problemática de la integración de los territorios que se iban liberando de España implicó más y nuevos problemas sociales.

Nuestros pueblos lucharon por su integración, participaron en contiendas en las que las formas de construcción de lo que más tarde fue la sociedad, tuvo derrotas y victorias. De allí que la cuestión social se relacione con la génesis de los movimientos nacionales, en los que cada expresión proponía formas de integración y, especialmente, resolución de las diferentes formas de la desigualdad. La Independencia traía consigo una promesa de una vida mejor, un nuevo contrato social, una resolución -al fin- de los problemas sociales.

Política Social y Estrategia. Repensando el Futuro

La Política Social puede ser entendida como medio y no como fin. La política Social, en tanto medio, es simplemente un instrumento que debe contribuir a recuperar la integración perdida, a una mejor distribución del ingreso, es decir que debe ser redistributiva y básicamente instrumento de gestación de una nueva soberanía popular en tanto fortalecimiento de las formas organizativas.

A su vez, la Política Social debe orientarse hacia la reparación de la sociedad, es decir servir como elemento que intervenga en la recomposición de lazos sociales, en la recuperación de identidades, en la comprensión y explicación de las nuevas formas de la pobreza, para desde allí recuperar lo perdido. Debe ocuparse de la alimentación y la salud en tanto que la estrategia reparadora se inscribe en el corto plazo.

En definitiva, la Política Social debe recuperar direccionalidad, volver a la cobertura universal y tiene que ser fuertemente anticipatoria. De allí la necesidad de contar con nuevas formas de Planificación integradas y articuladas con el todo social. La Política Social se debe desprender de la lógica economicista, del juego del *costo - beneficio*. Inclusive, la Política Social debe ser entendida desde una perspectiva estratégica de Nación, insertándose a su vez en la Región en tanto Cono Sur.

Si la Política Social se construye como una estrategia de integración nacional y regional, debe preocuparse por la construcción de un consenso social relacionado básicamente con el concepto de derechos sociales, es decir una lógica que plantee que donde hay una necesidad existe un derecho social no cumplido. Desde esta perspectiva, la Intervención del Trabajo Social implica una nueva serie de cuestiones que tienen en cuenta el sentido de la misma y su articulación desde una perspectiva estratégica. Así, la intervención en lo Social se transforma en un diálogo que genera la posibilidad de nuevas preguntas. Se transforma en un espacio de intercambio entre Estado y Sociedad, pero básicamente como lugar de formulación de nuevos interrogantes, de creación de nuevas formas de la agenda pública; en definitiva, un dispositivo que "hace ver", porque aquello que es visualizado, interpela. Genera en definitiva acontecimientos, desplazando sentidos, desarticulando órdenes constituidos previamente. Se constituye en un lugar de encuentro con los otros, con la historia, en la medida que la Política Social y la Intervención retomen su impronta Histórico Social.

Historia y subjetividad

La historia de América es de alguna manera una puja permanente que genera diferentes formas de interpelación, que en definitiva muestran la búsqueda de una totalidad perdida, de la propia identidad, de aquello que la expoliación separó. Surgen así nuevas necesidades de comprender y explicar lo social, transformando ese conocimiento en acción, en método, en nuevas formas de la intervención en lo Social que permitan comprender y explicar la construcción de nuevas subjetividades, desde los interrogantes que surgen de la práctica o desde preguntarse cómo las prácticas construyen sujetos.

¿Qué subjetividades construye el Trabajo Social?, ¿cómo se prepara para denunciar y deconstruir la sumisión, la opresión, los lazos sociales cimentados en relaciones de desigualdad?

La respuesta se encuentra allí donde podamos hablar para nosotros mismos como americanos, con nuestra propia voz, construyendo una textualidad propia por fuera de la palabra del colonizador, dialogando desde nuestros conocimientos ancestrales y presentes, generando herramientas que nos permitan acceder a verdades que durante siglos se expresaron -tal vez tímidamente- pero que permanecen en la memoria colectiva de nuestros pueblos, signos y graffias del saber que integran lo antiguo y lo nuevo, recuperando y creando nuevas formas de mestizaje. Ello posiblemente nos sirva para seguir sosteniendo nuestra identidad, ahora pasando de la resistencia a la conquista de nuestro propio destino: América.

Capítulo 11

La Palabra, la Mirada y la Escucha. La entrevista como espacio de encuentro

En la formación de los trabajadores sociales se suele equiparar la entrevista de investigación con la de intervención. En este aspecto, es posible pensar que ambas tienen finalidades diferentes: una se relaciona con la construcción de conocimiento y la otra con la transformación. En este capítulo se trabajará con la noción de entrevista desde la intervención en lo social.

La entrevista puede ser entendida como un juego de múltiples interacciones, en el que se construyen diferentes preguntas y respuestas. Asimismo, es posible pensarla como un devenir en el que transcurren una serie de intercambios discursivos a través de otros lenguajes que se expresan en distintos momentos y encuentros. La entrevista está construyéndose ahí, donde los temas que la atraviesan articulan lo público y lo íntimo y suelen expresarse como referidos no sólo a hechos externos sino también a vivencias, significaciones e imaginarios sociales.

La palabra entrevista procede del latín *inter* (entre) y *videre* (vista) que significa "ver". Por tanto, se refiere a observar ajustadamente, como un modo de reconocer, encontrar puntos de acuerdo en relación al entrecruzamiento de la mirada, la palabra y la escucha. Es también una forma de indagación y construcción de conocimiento que posee características dinámicas en las que la información que va surgiendo a través del relato no sólo opera en el orden de transmitir algo que se sabe o padece, sino que además se lo pone en palabras, yendo de lo subjetivo a lo objetivo.

Puede ser entendida como espacio de encuentro de la palabra, la mirada y la escucha y un lugar donde se cuentan historias, desde la mirada, desde el cuerpo, desde el tono de voz. Tienen una estructura narrativa especial, reconocida en los efectos de la cuestión social desde la perspectiva de quien narra, en su expresión territorial y en su relación con los otros, pero también desde quien escucha, desde un perfil profesional, ideológico y conceptual.

En definitiva, la entrevista en Trabajo Social es una característica singular de relato que posee en sí misma las claves de su comprensión e interpretación. Está atravesada por la palabra, la mirada y la escucha, como así también por el sentido que ocupa la intervención en lo social para ese otro. Es también una narrativa que posee una serie de significados que pueden ser revelados en la medida que exista un conocimiento de las características de la demanda. Implica una relación directa entre dos o más personas, lo que entraña una vía de comunicación simbólica con objetivos a veces prefijados, conocidos y otras veces desconocidos, tanto por el entrevistador como por el entrevistado, que van apareciendo y construyéndose en el transcurso de la misma. Como tal, va a generar expectativas en el Otro, incluso en uno mismo.

En el Trabajo Social, la entrevista es una relación signada por la intervención. La relación que se establece se orienta y es atravesada por la interpelación que proponen los efectos de la cuestión social. También puede ser pensada como una forma de análisis de relatos contados desde una modalidad diacrónica, no en orden cronológico sino generando una alteración en el tiempo lineal. Expresa una búsqueda que actúa y hace actuar de diferentes maneras, en la medida que el tema, problema, inquietud que construye la demanda, se hace lenguaje. Desde

allí permite revisar lo histórico en clave de presente y futuro, generando aproximaciones a las posibilidades de comprender y explicar aquello que está ocurriendo.

Es además un camino hacia el acontecimiento, porque permite visibilizar y ser visto, construyendo de esa manera el proceso que le da el sentido y fin último a la intervención, que es el hacer ver, sin quitar ni agregar, sólo intentando hacer que el Otro vea. Como género discursivo, la entrevista construye un orden del acontecimiento y se construye a través de una serie de afirmaciones que organizan, desde la escucha, la expresión del padecimiento:

... "El relato de Lucía me permitió entender por qué Matías nunca tuvo un DNI, ni una partida de nacimiento. Lucía cuenta que su madre nunca inscribió a sus hijos en el registro civil luego del nacimiento. Es decir, tampoco la inscribió a ella. Ella cree que como eran los años de la dictadura militar (Matías nace en el año '77 y su hermana en el '82), su madre abandonaba el hospital por miedo a que le roben a sus hijos. Pese a esto, Lucía sí posee su documento. Cuando tenía 8 años le exigieron que para poder seguir asistiendo a la escuela debía presentar el DNI, por lo que ella se encargó por sí misma de conseguirlo, solicitándole a una trabajadora social que le ayude a tramitarlo. Tal vez esto explica el hecho de que Matías haya realizado la primaria solo hasta tercer grado..." (Fullone, Laura, 2014).

En este caso, el relato se presenta como un procedimiento complejo en el que se construyen diferentes tipos de relaciones y formas de comunicación pero, esencialmente, puede ser entendido como un instrumento que opera más allá de la información que produce. En él, lo efímero se convierte en duradero. Lo que se relata se coloca en otro lugar, ingresa al espacio de lo dicho, pero igualmente es tarea, movimiento, promover la acción; no sólo un fluir de palabras, recuerdos o situaciones que aproximan a una simple veracidad de los datos que surgen de él sino también a sus significados. Es, en definitiva, la facilitación de la fluidez de la información a partir de la apertura a las significaciones, implicancias e imaginarios sociales que se expresan allí.

A su vez, entrevistar en términos de Intervención Social implica un cruce entre datos, indicadores y variables en los que lo cuantitativo dialoga y se entrecruza con lo cualitativo, constituyendo más y nuevas maneras de ordenar y sistematizar el conocimiento, con la diferencia de que se hace junto con el Otro, dentro del mismo proceso.

El uso de la noción de variable se diferencia del uso que hace de ésta la Sociología. En la Intervención Social se la puede relacionar con la dimensión del fenómeno que se está escuchando, analizando sus significados, las características históricas y sociales, constituyendo una forma de relación múltiple que se construye a partir de una serie de interrogantes que surgen en el devenir de la intervención como proceso. Es decir, volver a interrogantes propios de nuestro campo profesional: *¿qué queremos conocer?* y *¿qué necesitamos conocer?* los trabajadores sociales. Allí la entrevista dialoga con diferentes órdenes del proceso de intervención: los efectos de la cuestión social, las tramas sociales que rodean al sujeto de intervención y su relación con el Sistema de Protección Social:

... "Durante las primeras entrevistas con Matías me propongo poder ir conociendo algo de lo que le pasaba, escuchando lo que podía contarme, que no era mucho pero era lo que él podía decir sobre sí mismo. Es así que progresivamente me cuenta que no pudo terminar la escuela primaria, que solo hizo hasta el tercer grado; que su madre falleció cuando era muy chico, que tiene un padre que nunca se ocupó de ayudarlo; que desde su

infancia hasta la actualidad ha estado transitando por diversos hogares e instituciones (hogares para niños, comunidades terapéuticas...” (Fullone, Laura, 2014)

Además, la entrevista en la Intervención Social implica intentar comprender, generando una relación diferente con ese Otro que permita acceder a su interioridad desde la expresión de su padecimiento, habilitando para decir aquello que estaba callado, ocultado, negado por la desigualdad, la opresión o el dolor. En ella además surgen relatos, expresiones, gestos que hablan de otras cosas, de aquello que se posee como capacidad, de momentos de plenitud, de alegrías, en soledad o compartidas, de proyectos colectivos, sueños, posibilidades. En ese aspecto aparentemente contradictorio, se conjugan los diferentes planos que conforman el relato que surge en la Intervención Social. A su vez, en ese ejercicio de interrogación mutuo se desarrolla una forma peculiar de comunicación:

...”Fueron varias las entrevistas en domicilio que tuvimos durante largos meses, con algunos encuentros y des-encuentros, con charlas con mates, con los niños jugando alrededor, días de intenso calor donde en la vivienda de María ese calor se agudizaba por no contar con ventiladores, ni árboles que pongan freno al verano. Y días de intenso frío donde la situación se repetía, pero a la inversa, la vivienda era calefaccionada de forma artesanal, con una salamandra improvisada y no siempre había leña para quemar. Fui conociendo “un abanico inmenso” de necesidades y por lo tanto derechos vulnerados para esa familia...” (de Paula, Celina, 2016)

La entrevista, en tanto relato de la acción, es constructora de la historia. Así, ésta puede ser renombrada, entendida y transmutada. En tanto proceso de comunicación verbal y no verbal, facilita el entrecruzamiento que se produce en todo proceso de Intervención Social entre las emociones, los afectos el pensamiento y la reflexión.

Como uno de los ejes principales del proceso de análisis en la Intervención Social, se convierte en un elemento clave para -desde la aplicación de su capacidad analítica e interpretativa- elaborar aproximaciones conceptuales en las que -a partir de la interpelación que se produce desde las prácticas- se vayan construyendo sentidos y posibles explicaciones que dialogan con diferentes posibilidades de contrastación empírica para producir categorías de análisis singulares fuertemente ligadas a lo empírico. Por otra parte, el carácter performativo la atraviesa y marca el encuadre y sentido de la intervención, en la relación que se establece entre entrevista y construcción de subjetividad.

“...no sirvo solamente para ser un pibe chorro y lo seguirás siendo como que te dicen cada vez que vas al juzgado” -I-.

De este modo se hace posible visibilizarla como una forma de construcción de subjetividad que se inscribe en el Otro. Se constituye desde un relato con diferentes secuencias de tiempos, lógicas, sin necesidad de contrastación empírica. Deviene a partir de evocaciones en las que se recuerda lo que se supone recordar. Se construye desde las significaciones que posee el entrevistado. Así también, es una estructura discursiva donde se entrecruzan dos o más actores sociales.

En síntesis, la entrevista en la Intervención Social es una posibilidad de conocer, a partir de inferencias, correlaciones y contraste empírico que actúa como una construcción de conocimiento singular y cuya finalidad es la transformación de circunstancias, situaciones y no sólo el conocimiento de éstas, lo que marca que posee una finalidad diferente a la investigación.

Notas

-I- César González. Entrevista de Ana Caccopardo en Canal Encuentro https://youtu.be/SOsHH5_Ye0M

Bibliografía

Caccopardo, Ana. “Historias debidas”. Editora Patria Grande. Buenos Aires, 2016

Carballeda, Alfredo. “Escuchar las prácticas”. Editorial Espacio. Buenos Aires, 2008

Carballeda, Alfredo. “Escenarios Sociales, Intervención Social y Acontecimiento”. Editorial de la Universidad Nacional de Moreno. UNM Editora, Moreno, 2017

Fullone, Laura. “Yo No Estoy Preso. Relato de una Internación en la Sala de Hombres”. Artículo en Revista Margen N° 73 (www.margen.org), 2014

de Paula, Celina. “Pasaba a saludar. Recorrido de una intervención en la complejidad desde el Trabajo Social”. Artículo publicado en la Revista Margen, 2016 (www.margen.org)

Uranga, Washington. “Conocer, transformar, comunicar”. Editora Patria Grande. Buenos Aires, 2016

Capítulo 12

Intervención Territorial y Padecimiento Subjetivo.

Neoliberalismo y padecimiento subjetivo

Durante las últimas décadas, nuestras sociedades latinoamericanas sufrieron y sobrellevaron procesos de devastación, acoso y violencia que generaron marcas subjetivas relevantes. De esta manera surgieron más y nuevas formas de padecimiento con la consecuente aparición de nuevas demandas en diferentes espacios institucionales. De este modo, la Salud Mental como campo se presenta como un lugar en el que éstas han cobrado cierta particularidad.

Los terrorismos de Estado y de Mercado produjeron distintos procesos y formas de fragmentación social. La sociabilidad fue atravesada por ésta, haciendo que la incertidumbre atravesara las nociones de proyecto colectivo y futuro, formando muchas veces formas de ajenidad y aislamiento que se transformaron en dolor.

La quiebra del lazo social forjó -y aún expresa- dificultades de pertenencia y construcción de identidades asentadas en lo colectivo, en lo histórico y en la memoria. Las trayectorias, los proyectos, las perspectivas, se transformaron en individuales. De ese modo, las sociedades se fueron ordenando y disciplinando desde la lógica del mercado y desde allí construyeron nuevas formas de control que pasan por lo individual. La ética, al ser absorbida por el marketing, cambió las preguntas acerca de lo necesario hacia la sociedad por lo conveniente hacia el individuo, ratificando -desde otro lugar- su soledad y aislamiento.

La ausencia del todo social como un espacio de arraigo y contención se trocó por pautas de consumo que intentaron construir nuevas formas de identidad, ahistóricas y asociales, centradas en una idea de puro presente que se ratificaba en la ausencia de futuro.

La crisis de los espacios de socialización como la familia, el barrio, la escuela, la universidad, el trabajo, construyó otras expresiones de la incertidumbre, ratificando a la competencia como único sentido o promesa de seguir perteneciendo para no caer en la oscuridad de la desigualdad o la exclusión social.

El neoliberalismo impuso, como discurso único, aquello de que la realización personal se consigue a través de la satisfacción de los pequeños propósitos personales de cada individuo. La propuesta se completa desde la idea de que no debe pensarse en beneficios para los demás, sino solamente el propio y de este modo es posible acercarse a un fin último: la propia sobrevivencia y la propia felicidad -I-.

Todas estas cuestiones construyeron nuevos padecimientos y demandas hacia el campo de la Salud Mental, que no se incluyeron claramente en los tratados de clasificación de enfermedades mentales. Ingresaron en ellos de manera sutil, para ser lentamente cooptados por la industria farmacológica y el encierro en el manicomio, introduciéndose sigilosamente en protocolos de prácticas generadores de más dolor y aislamiento.

La violación de derechos, los itinerarios personales signados por la angustia del aislamiento, las inscripciones del abandono y la desigualdad, fueron despojados paulatinamente de su condición histórica y social y un neopositivismo intentó -e intenta-

explicaciones de orden genético, farmacológico, pero también moral. Estos procesos tienen un claro lugar designado de intervención: las instituciones cerradas.

De esa forma, en los escenarios actuales, la Salud Mental Comunitaria no es sólo una modalidad más de acción sino una posibilidad de resignificar -desde el territorio- alternativas de construcción de nuevas formas de comprensión y explicación del padecimiento subjetivo, para, desde allí, elaborar estrategias de intervención social.

El territorio como lugar de intervención social

Es posible entender al territorio como un lugar cargado de significaciones. De esta forma el territorio se convierte en un espacio de construcción de sentidos, a través de imágenes, metáforas y mitos. El territorio como lugar también implica algo que puede entenderse a partir de dimensiones que se construyen desde la percepción. También, un lugar puede construirse a través de la memoria. Así, el territorio se transforma en una construcción en la que la coexistencia y el entorno construyen diferentes formas de significación.

El territorio le confiere sentido al lugar. De la misma manera, desde el relato se construye una forma de demarcación cartográfica de éste, generando más y nuevos sentidos que van desde los bordes y los márgenes a lo que transcurre dentro de él. También es determinado por distintos grupos sociales, que como consecuencia de procesos históricos, construyen simbiosis, encuentros y desencuentros.

El territorio, desde una perspectiva conceptual, hace referencia a diferentes elementos presentes en él, tanto de carácter material como simbólico. Posee de esta manera, una propia narrativa que implica su constitución singular. Los territorios no podrían existir sin relatos, serían sólo una serie de frías descripciones de catastros municipales, ausentes de sentido, zonas grises sin historia, identidad o pertenencia. Así, el territorio no se restringe a su connotación geográfica o espacial, sino que también contiene componentes relevantes como lo organizativo, lo económico, lo social y lo ambiental.

De esta manera, el territorio, puede ser comprendido como una construcción social, colectiva e histórica, que se encuentra en un permanente proceso de mutación a partir de quienes lo habitan, lo transforman y son transformados por éste.

En ese juego de interacciones es que se elaboran estrategias de constitución y sentido de la vida cotidiana; en definitiva, distintas expresiones materiales y simbólicas de los lazos sociales que implican una dimensión relacional sumamente compleja y profunda.

Es allí, dentro del territorio, donde se construye la singularidad del mismo, donde es posible, a través de la reparación del lazo social, una nueva conexión con lo propio, con lo histórico, con la cultura, con aquello que la lógica de mercado obturó, separó y transformó en un sinsentido.

Territorio Salud y Comunidad

La noción de Territorio, en términos de intervención social, puja con la de comunidad que, según la OMS (Organización Mundial de la Salud, 1998) sería básicamente:

“Grupo específico de personas, que a menudo viven en una zona geográfica definida, comparten la misma cultura, valores y normas, y están organizadas en una estructura social conforme al tipo de relaciones que la comunidad ha desarrollado a lo largo del tiempo”.

Por otra parte, algunos territorios se van construyendo desde procesos de cooperación. Y otros, a partir de situaciones de conflicto de diversa índole. Una mirada a la conflictividad territorial permite aproximarse a las características de los mismos, desde diferentes aspectos.

Por otra parte, la noción de territorio se entrelaza con la de salud que definía Floreal Ferrara:

“Nuestra definición de salud es que el hombre y la mujer que resuelven conflictos están sanos. La salud es la lucha por resolver un conflicto antagónico que quiere evitar que alcancemos el óptimo vital para vivir en la construcción de nuestra felicidad, No tiene nada que ver con esa definición como “completo estado de bienestar físico mental y social” que utilizábamos en aquellas épocas, surgida de los organismos internacionales de salud” (Ferrara, Floreal, 2010).

Asimismo, siguiendo a este último autor, se podría afirmar que la salud es como el río de Heráclito, nunca es la misma, es decir que está siempre asociada a aquello que está ocurriendo. De este modo, Floreal Ferrara plantea una lectura que se acerca a entender el proceso *salud enfermedad* desde lo colectivo. Pero también propone una discusión que puede ser interesante: invita a oponer la idea de conflicto a la de equilibrio que expresada por la OMS. Es decir que no es el conflicto lo que define la enfermedad o el padecimiento, sino que justamente es el bloqueo de los conflictos lo que los certifica. En otras palabras, una sociedad que no construye su salud, que no se organiza, que no disputa por ella: está enferma.

A partir de esa configuración tal vez sea posible revisar las formas de intervención en Salud Mental Comunitaria, analizando desde una perspectiva crítica las prácticas de Intervención a través de redes, servicios, instituciones y recursos territoriales, dando lugar a la emergencia de un sujeto que no es el “esperado” por la mayoría de las instituciones, que atraviesa recorridos institucionales que lo fueron desgastando y desencantando, construyendo más y nuevas formas de abordaje, revisando las prácticas clásicas, intentando construir otras que puedan recuperar a ese Otro como lugar de verdad.

Debe entenderse que las trayectorias son singulares y se construyen a través de nuevas y viejas expresiones del padecimiento, que fueron acrecentadas en las diferentes formas del relato neoliberal.

Territorio y Subjetividad. Recuperando modalidades de intervención social.

Los territorios en los que se llevan adelante las prácticas de salud aún tienen las marcas o se encuentran arrasados y erosionados por los terrorismos de Estado y de Mercado. Estas cuestiones muestran nuevas formas de construcción de sociabilidad, subjetividad y padecimiento.

De ese modo, el territorio se transforma en el lugar del acontecimiento, lo construye como tal, le confiere características singulares, requiriendo de miradas que aporten elementos para

comprender y explicar lo que surge de manera constante y se imprime en la identidad de quienes lo habitan.

Desde esta perspectiva, se es el territorio. Éste es transformado y transforma, pero a partir de que está atravesado por múltiples significaciones, esencialmente construye subjetividad. Así, el territorio deja de ser una zona, espacio o área definidos desde lo geográfico, para convertirse en parte de un dispositivo de intervención social que implica nuevas alternativas a la resolución del malestar y el padecimiento que se generan a partir de la fractura del lazo social, la exclusión, la pérdida de identidad y pertenencia colectivas.

El territorio se transforma en una posibilidad de disrupción, en la que el equilibrio deja de ser un fin en sí mismo, proponiendo otros horizontes quizás más cercanos a la búsqueda de nuevas formas de integración de la sociedad.

La Intervención también puede ser entendida como la posibilidad de desarmar, construir, para armar de nuevo a través de la recuperación de lo público, del espacio, para que éste sea nuevamente transformado, esta vez por nuevas lógicas que recuperen la condición histórica y social de los sujetos de intervención.

Desde una perspectiva territorial, la intervención social se vincula con la búsqueda de nuevas conexiones, encuentros y diálogos. De este modo, por ejemplo, las artes como el teatro, el cine, los murales, la música, se transforman en instrumentos de recuperación del lazo social perdido, de convocatoria a nuevas formas de relación social, dando otros lugares para la palabra, la mirada y la escucha, elaborando de esa forma nuevas instancias de intersubjetividad, tal vez alejadas de la incertidumbre y el individualismo que caracterizan a las sociedades donde el mercado funciona como un Leviatán.

La intervención social se constituye así en un espacio de diálogo, reencuentro entre sujeto y territorio, con su propia historia colectiva, con ese otro que lo complementa, con la cultura y el lazo social que lo contiene y lo configura dentro de una comunión de sentido.

En este aspecto, la Intervención Social se transforma en una especie de catalizador, de fermento que facilita o acelera esos encuentros en la medida que hace ver el conflicto desde su sentido, su significado histórico social, sus conexiones causales y sus posibilidades de resolución, tomando algunos elementos de la Educación Popular, reconociendo que el saber está en el medio que nos rodea, pero fundamentalmente en ese Otro, segregado, excluido, oprimido.

La Intervención en Salud Territorial tiene la posibilidad de generar nuevos intercambios, espacios, lógicas, en espacios de socialización desgastados y a veces ausentes de sentido, construyendo otros, recuperando historias y sentidos:

“...Quizás el desafío de estos tiempos, entonces, esté dado en las formas de que seremos capaces de construir como sociedad, que permitan llevarnos a ese proceso de “desalambrar la comunicación” y por ende desalambrar nuestras formas de pensar y nuestras formas de construir sentido...” (García, Alejo, 2010).

En síntesis, podemos verlo como un dispositivo que hace visible las capacidades, habilidades, lo solidario o lúdico, lo histórico y lo expresivo que posee cada territorio, cada individuo en su conexión con los otros allí donde se proponga un desorden, donde lo que se presenta como aparente -desde el orden de lo real- pueda ser dicho desde otro lado.

De esta manera, la palabra se transforma en un territorio compartido, donde tal vez quien relata aprende de su propia vida, intentando leer los fenómenos sociales en su multiplicidad de similitudes y des-emejanzas, en lenguajes reveladores de identidad (Coutinho, Eduardo, 2015).

Si el territorio es también historia, tiene inscripto en sí mismo las dificultades y también las posibilidades de resolución de los problemas. En la actualidad, la realidad se presenta como entreverada y compleja, pero quizás pueda ser dilucidada a través de formas de conocimiento que no busquen la exactitud objetiva sino formas de aproximación subjetiva que puedan dar cuenta de parte de las imágenes y los sueños que nos rodean. Así, tal vez sea posible pensar nuevas formas de conocimiento de que construyan relatos surgidos de la subjetividad de los actores sociales, dado que la confusión que signa los espacios actuales de intervención requiere de nuevas historias que dialoguen con las viejas, pero también de prácticas que puedan emerger a través de otras formas de expresión en las que la construcción de nuevas subjetividades se constituya en forma de lazo social, en una nueva forma de relación con uno mismo, los otros, la naturaleza y lo sagrado.

Desde una perspectiva territorial, la intervención en lo social implica salir a buscar y despertar las historias y significados que recorren las calles. Las historias del territorio también son las puertas de acceso a los barrios, las calles y las plazas, como así también a la ciudad en general. (Carballeda, Alfredo, 2015).

De ahí que la Salud Mental en Territorio implique una búsqueda diferente orientada a las solidaridades, a la recuperación de las formas de protección social, entendiendo al lazo social como una forma de respuesta, reencuentro, visibilidad y reconfiguración situada de presupuestos y categorías, tratando de construir acontecimiento, como una alteración única cuyos efectos pueden tener la capacidad de transformar el sentido de lo histórico, lo social y lo político.

Notas

-I- Carballeda, Alfredo. ¿Es la virtud del egoísmo? En Bitácora Margen www.margen.org, 2015

Bibliografía

Carballeda, Alfredo. La intervención en lo social como proceso de análisis. Espacio. Buenos Aires. 2013.

Carballeda, Alfredo. El Territorio como relato. Margen. Revista de Trabajo Social N° 72. 2015.

Coutinho, Eduardo. Cine de Conversación y antropología salvaje. SADOP. Buenos Aires 2013.

Dussel, Enrique. El encubrimiento del otro : hacia el origen del mito de la modernidad. Plural Editores 1994.

Deleuze, Gilles ." Posdata sobre las sociedades de control" en Christian Ferrer(comp.). El lenguaje literario. Editorial Nordan. Montevideo. 1991

Página 12. Buenos Aires.19 de Abril de 2010. Ferrara, Floreal “La salud es la solución del conflicto”

García, Alejo. “Creando Zonas Liberadas”. Artículo publicado en el diario “Página 12” del 14 de abril de 2010.

OMS. Promoción de la Salud, Glosario.1998

Rebok, María Gabriela. La actualidad de la experiencia de lo trágico y el paradigma de Antígona. Biblos. Buenos Aires 2012.

Capítulo 13

Institución, y sentido. La aparición de un sujeto inesperado en el lugar de la demanda

... "El servicio de venta se ha convertido en el centro o el "alma" de la empresa. Se nos enseña que las empresas tienen un alma, lo cual es sin duda la noticia más terrorífica del mundo. El marketing es ahora el instrumento del control social, y forma la raza impúdica de nuestros amos. El control es a corto plazo y de rotación rápida, pero también continuo e ilimitado, mientras que la disciplina era de larga duración, infinita y discontinua. El hombre ya no es el hombre encerrado, sino el hombre endeudado"...

Gilles Deleuze, "Posdata sobre las sociedades de control"

Las Instituciones

Las instituciones en general, y las educativas en particular, se presentan como escenarios que se construyen en los restos de una sociedad que se fragmenta día a día a través de los diferentes cercenamientos que produce la lógica neoliberal.

Cada espacio dentro de ellas suele ser vivido como un lugar que otorga una percepción efímera de seguridad y certeza. Contrariamente, el afuera -si es que existe- suele ser algo ajeno, lejano y peligroso. En esas tensiones se construyen diferentes lenguajes explicativos acerca de los que llegan por propia voluntad, mandato, o lo que queda de viejas mecánicas sociales, despojos al fin de lo que fueron sociedades integradas en las que una institución complementaba naturalmente y armónicamente a otra.

Se consolida una sociedad en la que la empresa busca controlar las emociones de sus empleados y, desde allí, mejorar la productividad y la competencia, construyendo una especie de engaño que convierte al trabajo y la explotación en una forma de ímpetu individual.

Un mundo atravesado por la meritocracia convierte a la Escuela como institución en algo ajeno. La institución es la propia voluntad y el mercado el otorgador de sentido. Las instituciones estatales, nuevamente degradadas por el desfinanciamiento, la lógica de mercado y la desacreditación, se inscriben dentro de una lógica que vuelve a reafirmar que lo público es una carga que es sostenida por cada uno de los "incluidos" sociales. También desde allí se genera una nueva crisis de legitimidad y representación que las hace menos creíbles. A su vez, las instituciones no estatales también pierden credibilidad en la medida que no se manejen con lógicas empresariales. Algunas lo hacen haciendo marketing desde los valores, retomando esquemas que recuerdan a la beneficencia, teniendo como bandera una supuesta libertad asentada en la necesidad de auto regulación, donde cada *empresa - institución* construye su propia lógica acerca de lo social, los problemas y la finalidad de su existencia, desarticulada del todo social.

Así, el lazo social se ratifica como fragmentado, ausente y efímero, construyendo una sociabilidad que se rige por el sentido que le otorga el mercado, enunciada desde el costo y el beneficio. Esas nuevas expresiones de lo social construyen nuevas subjetividades que se presentan como ajenas, extrañas, complejas.

A la institución le cuesta reconocerse en ese Otro que llega ahora desde ese lugar que se presenta como inhóspito, de alguna manera abandonado y deshabitado por quienes deberían reclamar su amparo, cobijo, saber, orientación, contención. Los que venían reclamando ese apoyo y buscando la emancipación que genera la promesa del mandato institucional, aceptando que la libertad que otorga el conocimiento se logra a través de la coerción, dejaron de hacerlo, ya no están. Vienen otros. Lo moral es también atrapado por el mercado, que en su propio devenir definirá cómo se relacionan los valores con las ganancias.

Las prácticas institucionales se hallan fuertemente ligadas a la lógica ilustrada atravesada por la promesa libertaria que establece un solo requisito: para poder aprender a razonar y lograr la libertad es preciso obedecer. Tal vez hoy se encuentren en crisis ambas cuestiones, la certeza de que la razón otorgará libertad y la necesidad de la sujeción para lograrla. La lógica sacrificial que construyó el pensamiento ilustrado cae en un sinsentido ante la ausencia de sociedad y la prepotencia del mercado. El sacrificio es pensado como individual, sólo en función de metas y derechos subjetivos. El Otro se transformó en objeto, quedando nada más que la angustiosa soledad de uno mismo. La autoayuda reemplaza a la Escuela. La autoayuda propone la negación, o acaso la eliminación simbólica del Otro. Sus engañosas promesas se presentan como viables y tentadoras. El fracaso en ese camino suele ser ocultado por vergüenza o autoconvencimiento de que aún “se puede”.

El Sujeto Inesperado

El neoliberalismo no es sólo un fenómeno económico, su razón y la persistencia de las desigualdades que genera tal vez se deban a su capacidad de construir subjetividad. De allí que se naturalicen dramáticamente la desigualdad y la incertidumbre y hasta algunos las planteen como necesarias. Esa elaboración genera cambios en la construcción de sentido y significado. Hace, en otras palabras, que la visión de sociedad, la comprensión y explicación de ésta sea diferente a la que se constituyó cuando la institución se fue gestando. Ese sujeto está marcado por el padecimiento que generan la fragmentación social, la dificultad de construcción de pertenencia, la ausencia de certezas, la crisis de los espacios de socialización.

Ese sujeto inesperado surge allí donde la complejidad del sufrimiento marca las dificultades de los abordajes uniformes y preestablecidos, en expresiones transversales de la cuestión social que superan muchas veces los mandatos de las profesiones y las instituciones. Así llega a éstas un sujeto que no es ya homogéneo, sino que más bien es una muestra de la fragmentación y la desorientación que lo constituye, un desconcierto que se presenta como premeditado, impulsado desde el temor y la represión que evoca lo siniestro de nuestra historia. Es otro, no se asemeja al que las instituciones esperan. Se expresa de otra manera, con diferentes lenguajes, tiene una relación distinta con el conocimiento, porta a veces múltiples lógicas. Pero, como la misma sociedad, está fundamentalmente golpeado, fragmentado, desvinculado de su historia, de los otros. Es posiblemente una muestra del triunfo de la lógica neoliberal en la construcción de subjetividad, pero soporta, sufre, sobrelleva ese mandato impuesto por el mercado.

Ese sujeto que llega a las instituciones no es el esperado por éstas. El que esperan, hace décadas que dejó de concurrir. Aún se lo sigue esperando y quizás, en vez de escuchar activamente esas nuevas expresiones de la singularidad, se las fuerza a que cumplan con el mandato institucional, es decir, que sean como deberían ser.

Este encuentro produce muchas veces azoramiento, estupor o rechazo. Pero ese encuentro también es oportunidad, se transforma en la posibilidad de construcción de acontecimiento, en la perspectiva de hacer que genera lo disruptivo. Es, en definitiva, una posibilidad de encuentro, de mirarnos a nosotros mismos, porque de una u otra manera todos somos sujetos inesperados para las instituciones por las que transcurrimos. Tal vez así se puedan generar nuevas formas de institucionalidad que den cuenta de lo heterogéneo, de las posibilidades de acompañar y cobijar que siguen latentes y presentes en nuestras prácticas. Para ello necesitamos implicarnos intensamente en un compromiso que parte de la idea de que no hay sociedad posible sin un Otro.

Capítulo 14

Cartografías Sociales: lenguaje y territorio

La creciente complejidad de los actuales escenarios sociales muestra la necesidad de desarrollar más y nuevas formas instrumentales de producción de conocimiento y transformación que aporten diferentes aproximaciones a la comprensión y explicación de lo social y que, a su vez, puedan ser útiles para el desarrollo de estrategias orientadas a la Intervención en este campo.

En este aspecto, las Cartografías Sociales se presentan como un hacer, como una práctica que surge o dialoga de forma estrecha desde -y con- los interrogantes que generan las diferentes expresiones actuales de la cuestión social, especialmente desde su inscripción en lo territorial, lo que les confiere más y nuevas posibilidades de conocer y transformar.

Asimismo, a partir de su capacidad de integrar lo teórico y lo instrumental, tienen la posibilidad de transformarse en un camino que facilite la constitución de un modo de acceso a diferentes formas de saber donde lo singular, al estar situado en un espacio definido, se expresa cobrando forma de nuevas significaciones, que, al ser reconocidas y reinterpretadas, pueden convertirse en otras formas de lenguaje que tal vez permitan profundizar, complejizar y poner en cuestión lo aceptado como natural, lo conocido, lo transmitido, generando un camino de apropiación crítica y resignificación de lo dado.

Por otra parte, esta forma de construcción de conocimiento propone generar, de manera sistemática y organizada a partir de la relación que se construye entre los actores sociales y el territorio, nuevas maneras de interpelación, mostrando también muchas veces la capacidad de responder a los interrogantes que surgen de ellas en forma situada, es decir a partir de una construcción que se desarrolla en un contexto que le imprime su singular influencia, intentando articular lo espacial con lo histórico social.

De esta forma, es posible pensar a la Cartografía Social como una metodología que facilita la expresión colectiva e histórica, que logra relatarse desde el territorio, desde un orden que surge de éste, o sea de quienes lo habitan, lo construyen y son construidos en él, logrando así proponer una forma de lenguaje que tiene la posibilidad de decir, reflexionar y pasar a la acción desde diferentes perspectivas, visiones y posicionamientos, tanto históricos como sociales.

Desde la construcción colectiva de un lenguaje, las Cartografías Sociales relatan historias en las que la veracidad dialoga y hace síntesis con la representación que se hacen de ella quienes las cuentan.

Las Cartografías Sociales no buscan únicamente, desde esta perspectiva, la exactitud del dato como en un mapa clásico, sino que también tienen la posibilidad de acceder a conocer el impacto del mismo en la singularidad de lo histórico y lo colectivo.

La Cartografía Social tiene la posibilidad de construir un lenguaje que implica también una modalidad de conocer, que facilita la producción de diferentes saberes acerca de aquello que construye nuevas preguntas y posibilidades de acción apoyadas en lo territorial, lo intersubjetivo y las diferentes formas de reciprocidad e intercambio que pueden llevar a procesos de construcción de identidad y pertenencia, facilitando y construyendo otras

modalidades de sociabilidad, de encuentro, donde los lazos sociales pueden ser edificados desde distintas perspectivas que se resignifican en la práctica. Pero también, esa forma de construcción de conocimiento implica una nueva y tal vez más profunda modalidad de apropiación colectiva del espacio, que se facilita a través de la generación de formas de intervención social que lo atraviesan, pudiendo transformarlo, inscribiéndose en éste de manera simbólica y real. De este modo, a través de formas de relación heterogéneas que facilitan los procesos de intervención social, se hace posible la elaboración y comprensión de significados generales y subjetivos, fortaleciendo las interacciones que pueden aportar más y nuevas formas en la definición colectiva de la identidad.

Se hace posible pensar a la utilización de las Cartografías Sociales como una intervención que va mucho más allá de la descripción o aproximación a los espacios habitados, implicando también una posibilidad de apropiación y transformación de éstos, cimentando a su vez, formas de comprensión y explicación de lo que ocurre desde la lógica de quienes los habitan, generando acontecimiento, es decir la reelaboración de los atravesamientos históricos, políticos y sociales, donde la noción de acontecimiento se construye desde la conjugación de hechos y circunstancias que se hacen singulares en la explicación de aquello que está ocurriendo y cuyas causas y consecuencias tienen una expresión objetiva y subjetiva relevante.

Las Cartografías, como una forma de Intervención en lo Social, tienen la capacidad de trabajar desde la aplicación de las distintas formas de procesamiento y sistematización de la información que muchas veces, al salirse de la formalidad del dato empírico e intentando ir más allá de éste, construyen otras prioridades y formas de resolución de problemas en espacios de interacción desde lo colectivo.

Así, las Cartografías Sociales pueden ser entendidas como la posibilidad de construcción de una gramática, de un orden del discurso singular, de un lenguaje territorial en el que los que participan pueden elaborar -desde lo heterogéneo- visiones compartidas, pautando de esta manera diferentes prioridades, jerarquías o inquietudes en los que se visibilizarían los temas, problemas o cuestiones que interpelan la cotidianidad y la atribución de sentidos en esa esfera, pudiendo, a su vez, lograr articular lo macro social y lo micro social en la singularidad del territorio.

Por otra parte, esta modalidad de intervención puede hacer perceptible aquello que pasa inadvertido, aquello que -a veces por cotidiano y repetitivo- desaparece del reconocimiento o de la inscripción subjetiva, sencillamente a partir de la ubicación y reinscripción en el espacio de diferentes miradas que se complementan y muestran la capacidad de potenciarse, reafirmando así la posibilidad de hacer ver, de ver con otros, desde otros, a partir de la propia singularidad.

El manejo del lenguaje gráfico y el sentido colectivo del ejercicio cartográfico permite complementar nociones y construir encuentros frente a una realidad vivida y una realidad deseada. Desde la Cartografía Social se facilita la posibilidad de pensar que los espacios sociales, los lugares, no son estáticos, están en permanente proceso de construcción y deconstrucción objetiva y subjetiva. El hecho de que sean narrados, visibilizados e interpretados los hace inestables, con un movimiento permanente que requiere muchas veces ser asimilado y estudiado en forma de proceso histórico y social y no sólo analizando la visión suspendida de ellos.

Al inscribirse en los imaginarios sociales, lo territorial les da forma y sentido para introducirse en la subjetividad de quienes lo habitan o los visibilizan desde diferentes perspectivas y estrategias de comprensión de la realidad social.

En el proceso de construcción de cartografías también se hace posible develar las significaciones a través de las diferentes interacciones producidas durante ese proceso de elaboración de mapas que implica una revisión crítica del territorio. De allí surge la necesidad de contar con herramientas de conocimiento e Intervención Social que se adecuen a esas características, que logren construir y develar diferentes formas de intersección entre lo imaginario, lo real, la construcción de subjetividad y la visión de lo Otro donde lo territorial implica la suma y construcción de un sentido como significado a un espacio, un lugar, cuya definición es validada por una comunidad.

Si los territorios son una construcción social que se define y redefine continuamente a partir de las significaciones y usos que sus pobladores construyen cotidianamente, a partir de historias comunes, usos y sentidos, las Cartografías Sociales se presentan como una forma de acceso a esa serie de cuestiones. En otras palabras, como un instrumento que tal vez permita conocer -a través no sólo de la descripción de las partes de un todo definido como territorio, sino a partir de las formas de interacción- las relaciones y reciprocidades entre sus componentes.

El hacer mapas en forma colectiva y orientada a objetivos definidos es una forma de dibujar, de reinterpretar y develar lo real desde lo simple, para ir creando un campo de relaciones e intenciones cada vez más complejo que se traduce en la construcción de consensos y disensos para proyectar en conjunto.

Desde una perspectiva cartográfica, no se trataría entonces sólo de describir lo que surge como más significativo, sino que además de hacerlo se presenta la posibilidad de analizar las relaciones entre los diferentes componentes que, en el proceso de puesta en escena de este instrumento de intervención, se muestran como significativos. Esto es trabajar desde el reconocimiento de la movilidad permanente de los elementos que componen aquello que se pretende conocer y transformar, para de esa manera poder visibilizar en forma sistemática y profunda las diferentes formas de relación, unión, similitudes, diferencias e intensidades entre los diferentes componentes heterogéneos que construyen, constituyen y se presentan en perspectiva futura dentro de un espacio territorial.

Esta posibilidad de movimiento también puede ser pensada como una forma de explicación o aproximación a las múltiples causalidades de las circunstancias que les den forma, tendencias y sentido.

La Cartografía Social, pensada como una forma de gramática, tiene posibilidades de aportar al conocimiento de la complejidad de los territorios de Intervención en lo Social y de generar desde allí una estructura con capacidad de organizar -desde diferentes perspectivas- la complejidad de los escenarios sociales actuales y la puesta en escena de éstos desde la configuración, complejidad y perspectiva que le otorgan de los actores que lo habitan.

De este modo, los mapas como producción colectiva, se inscriben como algo más que reflejos estáticos de una realidad sino como la expresión de un mundo construido desde lo social, lo cultural, lo simbólico, lo histórico y lo político, generando una forma diferente de acceso a lo territorial, entendiendo al territorio como una forma de historia que puede ser contada desde las palabras de quienes lo habitan. De este modo, el territorio es una fuente de

conocimiento que da cuenta de las posibilidades de resolución de los problemas sociales, como así también de las dificultades y circunstancias que los construyen, aportando una perspectiva situada.

Las cartografías sociales, en tanto instrumentos de intervención, poseen la capacidad de articular lo teórico y lo metodológico en un mismo procedimiento, fuertemente singular, potenciando de alguna manera las posibilidades de transformación desde las prácticas, generando más y nuevas formas de construcción de conocimiento.

A su vez, las cartografías como dispositivos de intervención en lo social, construyen nuevos escenarios al aportar y reconstruir diferentes miradas y relatos territoriales, otorgando además una mirada compleja y apropiable para desarrollar una tarea que facilita la construcción colectiva de conocimiento. Posibilitan diferentes acciones que tienen la capacidad de transformar escenarios, lugares y espacios diversos, incluso los institucionales.

Las cartografías sociales, en la medida que llevan adelante su capacidad de articular lo territorial con lo micro social desde interrogantes que se construyen en el contexto, poseen la capacidad de trabajar en la construcción de subjetividad, haciendo visible aquello que el territorio, desde su lenguaje, disposición, orden, no deja ver. Las cartografías pueden ser asociadas a diferentes formas de reconocimiento, especialmente desde lo visual, pero también desde el relato. Contar la historia de un barrio y ubicar sus puntos sobresalientes desde lo territorial, permite articular las diferentes formas del relato con lo percibido, donde las imágenes tienen la posibilidad de cobrar formas más relacionadas con las significaciones que les otorgan los propios actores sociales.

Por otra parte, es posible pensar a las Cartografías sociales como una búsqueda de estrategias e insumos de intervención que intentan ir más allá de la observación y se relacionan con la forma de implicarse desde el hacer del Trabajo Social. Si se propone a la intervención como un proceso que tiene por horizonte una forma de mirada que intenta combinar e integrar en función de aquello que se describe, se hace mapa y elabora su propia topología, también es posible pensar en instrumentos de acción que faciliten la construcción de mediaciones que se relacionan con la comprensión y explicación de los motivos en los que se interviene.

Las cartografías sociales se convierten de esta manera en una opción metodológica y conceptual que se orienta a una construcción de conocimiento orientada a lo territorial, con la singularidad de que en la medida en que ese proceso se produce, genera transformaciones de diferente orden, al ser construcciones colectivas que se realizan a través de diferentes representaciones gráficas que son producto de la conjunción entre el dato objetivo, la historia y los imaginarios sociales. Dentro del proceso de su aplicación, también se utilizan otros procedimientos, como la entrevista, la aplicación del dispositivo grupal mediante talleres, recuperación de narrativas desde la integración entre lo simbólico, lo real y la propia vivencia situada en lo territorial.

Apuntes de Intervención en lo Social

**Lo histórico,
lo teórico y
lo metodológico**

Alfredo Juan Manuel Carballada



margen
ediciones